

24
285



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS



EL FUNDAMENTO LEGITIMO DEL PODER POLITICO: POLITICA Y MORAL EN MAQUIAVELLO.

TESIS DE LICENCIATURA
QUE PRESENTA:
GABRIELA SANCHEZ ROJAS
PARA OPTAR POR EL TITULO DE:
LICENCIADA EN FILOSOFIA
COLEGIO DE FILOSOFIA



267679

MEXICO, D. F. FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS NOVIEMBRE DE 1998.



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Dedico este trabajo a:

Mi padre quien con una vida de empeño y dedicación me ha enseñado el valor de la honestidad y la fortaleza.

A mi madre por haberme educado más allá de la tradición familiar, y por quien pude elegir este camino.

A mi hermano Enrique, compañero de siempre, con quien comparto la aventura de ser "intelectual".

A mi hermana Rosita, mi oculta conciencia, sin quien seguramente no hubiera podido poner punto final.

A mis hermanos Alberto, David y Luis quienes me apoyaron más de lo que ellos piensan.

Doy gracias especialmente a:

A mis maestros de hoy, ayer y de siempre de quienes aprendí el verdadero amor al conocimiento.

A mis amigos y amigas quienes presentes o ausentes forman también parte de este esfuerzo.

Al Profr. Antonio Ramos, por su tolerancia y respeto, y a quien antes que maestro considero mi amigo.

Al Profr. Roberto Escudero quien motivo en gran medida la idea que funda esta tesis.

A la Dra. Griselda Gutiérrez C. por su dedicación y paciencia más allá de lo académico.

A la Universidad Nacional Autónoma de México, por quien hoy cumpla uno de mis más grandes anhelos.

A mi país en donde todavía es posible realizar los sueños.

EL FUNDAMENTO LEGÍTIMO DEL PODER POLÍTICO;
POLÍTICA Y MORAL EN MAQUIAVELO.

GABRIELA SANCHEZ ROJAS

INDICE

INTRODUCCIÓN.....	2
-------------------	---

CAPITULO PRIMERO

EL HOMBRE RENACENTISTA

I. EL RENACIMIENTO	8
II. EL RENACIMIENTO ITALIANO	11
III. MAQUIAVELO Y EL RENACIMIENTO	18
IV. LA NATURALEZA <i>MAQUIAVELICA</i> DEL SER HUMANO	22

CAPITULO SEGUNDO

LA LEGITIMIDAD DEL PODER POLÍTICO

I. LA NATURAL TENDENCIA DEL DESEO HUMANO.....	32
II. EL PODER POLÍTICO COMO RELACIÓN DE DOMINACIÓN/SUBORDINACIÓN	35
III. EL FUNDAMENTO DE LA LEGITIMIDAD POLÍTICA	39
IV. LA LEGITIMIDAD DEL PODER POLITICO EN EL PENSAMIENTO DE MAQUIAVELO	43

CAPITULO TERCERO

LA RAZÓN DE ESTADO Y EL USO DE LA FUERZA

I. LA CONFORMACIÓN DEL ESTADO	50
II. LA CENTRALIZACIÓN DEL ESTADO	51
III. LA SECULARIZACIÓN DEL PODER POLÍTICO	55
IV. HACIA EL ESTADO MODERNO	58
V. MAQUIAVELO Y EL ESTADO	60
VI. LA PERSONIFICACIÓN DEL ESTADO-NACIÓN	65
VII. LA RAZÓN DE ESTADO	69
VIII. LA RAZÓN DE ESTADO Y EL BIEN GENERAL	71
IX. EL USO DE LA FUERZA COMO NECESIDAD POLÍTICA	75
X. EL TRASFONDO DE LA RAZÓN DE ESTADO	78

CAPÍTULO CUARTO

LA MORALIDAD DESDE LA OBRA MAQUIAVELIANA

I. EL UNIVERSO MORAL DE MAQUIAVELO	81
II. LA VIRTÙ HUMANA	87
III. LA MISTERIOSA FORTUNA	92
IV. EL IMPERIO DE LA NECESIDAD	96
V. LA PRUDENCIA POLÍTICA	98

CAPÍTULO QUINTO

HACIA LA ETIFICACIÓN DE LA POLÍTICA

I. REALISMO POLÍTICO	108
II. LA CONTROVERSIA MORAL	112
III. LA ETIFICACIÓN DE LA POLÍTICA DESDE LA RESPONSABILIDAD.....	117
IV. MAQUIAVELO ANTE EL FIN DE MILENIO	125
CONCLUSIÓN	127
BIBLIOGRAFÍA	129

INTRODUCCION

“ Maquiavelo sueña con un hombre, con un orden civil, con una patria, hasta tal punto que el “realismo” maquiaveliano es, con frecuencia una simplemente seductora manera de leer ideológicamente la realidad.”

J. M. Bermudo.

El trabajo, han dicho muchos pensadores, es el rasgo distintivo de lo humano; gracias a él podemos existir en el mundo, y vivir en él. Sin embargo, el trabajo intelectual tiene la peculiaridad, no sólo de hacernos vivir el mundo, sino de sufrirlo; pues, quien podría negar la necesidad vital que tiene todo esfuerzo humano por expresar su sentir interno y el paradójico temor de esa experiencia.

Realizar una tesis de licenciatura es clara prueba de este contradictorio sentimiento, ya que, además de ser el punto final de una secuencia académica, también es el encuentro formal de un estudiante con su obra y sus lectores. La presente investigación ha sido producto de este complejo proceso, pese a ello, se procuró siempre cumplir con algo más que un requisito administrativo.

El texto realizado pretende ser un acercamiento a la obra de un autor que, pese al tiempo, no pierde vigencia: Nicolás Maquiavelo. Conocer la obra de Maquiavelo, es algo más que transitar por *El Príncipe* o los *Discursos a la primera década de Tito Livio*, es adentrarse en la atmósfera sombría del siglo XV y XVI en donde sobreviven personajes medievales en franca convivencia con los renovadores del pensamiento.

Nuestro autor, representa una simbiosis de este momento de transición, en parte conserva los esquemas de análisis medievales, pero, también les desafía al innovar formas de acercamiento “cientificistas”. En sentido metafórico, diríamos es un profeta al evocar el renacimiento de los clásico, y un científico, al tomar la realidad en su crudeza. Nuestro primer capítulo, intenta mediante una contextualización histórica explicar precisamente esta dualidad intelectual de Maquiavelo; siendo el Renacimiento el punto de partida.

El Renacimiento, es bien sabido por todos sobrevino tras un proceso de ruptura con la Edad Media en donde la percepción de lo divino y lo terreno se transmutan surgiendo al final un nuevo concepto de lo humano. Maquiavelo, no fue ajeno a este proceso sus textos políticos - *El príncipe* y los *Discursos a la primera década de Tito Livio* - contienen un concepto de lo humano que se aleja abiertamente de las posiciones judeocristianas clásicas. De hecho, hay un evidente acercamiento a los ideales cívicos de la Antigua Roma, desde donde el ser humano más allá del bien y del mal es ciudadano.

Por consiguiente, los otrora antivales: ambición, avaricia, y maldad en el discurso maquiaveliano adquieren una connotación que trasciende lo aceptado hasta entonces; asimismo su concepción antropológica es opuesta a las reconocidas.

La naturaleza humana, para Maquiavelo implica fortaleza, decisión, y ambición para acometer todo con empeño; por ello, dirá los seres humanos nos vemos esencialmente impelidos a imponernos sobre otros y contra otros. Sin embargo, los seres para Maquiavelo, también somos capaces de conformar asociaciones políticas, al aumentar de esta forma nuestras expectativas de vida. Finalmente, se domina así mismo antes que a otros, con lo cual no pierde su naturaleza primigenia sino que aprende a servirse de ella.

La socialización del ser humano marca, como veremos, la aparición del llamado poder político; cuyas características y fundamentos analizaremos en el segundo capítulo. Mostraremos que el poder político se recrea en a través de las relaciones de subordinación, estableciendo formas de gobierno susceptibles de legitimación. El poder, concluimos en este apartado, es impensable sin un proceso legitimador.

Más adelante, apoyándonos en Max Weber intentamos trasladar su estudio sobre la legitimidad política al discurso de Maquiavelo; es así como nos enfrentamos a las diversas creencias que cimientan el poder político concluyendo en todos los casos, que la legitimidad de un gobierno da a los hombres de Estado la certeza de contar con el apoyo de quienes forman la entidad política. El príncipe, en este sentido está obligado a refrendar continuamente el “pacto” político sin el cual su poder sería imposible.

Un poder verdaderamente legitimado, como analizaremos en el tercer capítulo, da al gobernante pleno poder, inclusive puede acceder a aquello considerado la última *ratio* del poder político: la fuerza. La fuerza empleada políticamente, como veremos, tiene alcances insospechados, siendo esencia de la Razón de Estado.

La Razón de Estado, en teoría política es un tema complejo, sin embargo en nuestro estudio nos permite enlazar lo político y lo moral al plantear de lleno la problemática entre el uso de la fuerza y el ejercicio legítimo del poder político. A fin de valorar los alcances del uso político de la fuerza, es necesario primeramente acercarnos a la conformación del Estado, así como a su concreción histórica.

El uso de medios extraordinarios para mantener la integridad del Estado, se denomina genéricamente Razón de Estado, gracias a esta un soberano está facultado a usar las prerrogativas supremas de su posición, incluyendo la fuerza contra los subordinados.

Maquiavelo, en este sentido reconoce la existencia de momentos de “necesidad política” en estos el soberano se ve obligado a tomar decisiones que traspasan los límites comunes de su ejercicio político; siendo momento para demostrar su “sabiduría política” en un cálculo prudente de los beneficios de tal empresa. Analizar la validez de la Razón de Estado en el pensamiento de Maquiavelo resulta trascendente por que nos lleva al lindero de los medios y lo fines en la práctica política. Esperamos mostrar que la obra de Maquiavelo permite una lectura no maquiavélica del poder, en donde es posible replantear la relación política-moral.

En el cuarto capítulo, entramos de lleno al “universo moral de “Maquiavelo” tras haber establecido las líneas legítimas del poder, y las implicaciones morales del uso excepcional de la fuerza, intentamos develar el rostro humano de Maquiavelo. Un hombre

estudioso de la Antigüedad, admirador de los héroes legendarios; doliente observador de la maltrecha Florencia, ansioso de encontrar salidas a la crisis político-moral de su patria.

Nicolás Maquiavelo, finalmente trasciende a quienes le etiquetan sólo como analista político; tendremos ocasión de introducirnos a su espíritu cívico con conceptos como el de Virtù, Fortuna, Necesidad, y Prudencia. Asimismo, Berlin y Villoro nos presentan a un Maquiavelo, distanciado de la jerarquía judeocristiana de valores, en donde prevalece el discurso moral, en detrimento del discurso del poder.

En el quinto y último capítulo, habremos de centrarnos en la posibilidad de etificar la política, desde un concepto rector: la responsabilidad. Primeramente nos acercaremos al realismo político, a fin de ubicar al propio Maquiavelo. El propósito principal en este punto es poder determinar si el realismo político es sinónimo de “cientificidad”, más aún si se debe a Maquiavelo esta visión de la política, o sencillamente al ser una corriente tan diversa en su contenido le compete necesariamente.

La controversia moral la discutiremos tomando como base un artículo de A. Córdova, lo cual tiene como única pretensión reflexionar sobre el legado de Maquiavelo en los politólogos contemporáneos. Veremos como resultado de este ejercicio que la obra de nuestro autor ha trascendido en fracciones, por lo mismo los juicios vertidos sobre él son poco objetivos. Al final del capítulo, entramos a la etificación de la política desde la responsabilidad Weber se convierte aquí en la figura clave de la comprensión del tema al otorgarnos un esquema político-moral del poder, y sus actores.

Un acto político en última instancia, habrá de ser atribuible al sujeto si este vive para la política y se rige por una ética de la responsabilidad, en caso contrario nos enfrentamos a hombres vanidosos, deseosos de poder, e incapacitados para asumir las consecuencias de sus acciones. Maquiavelo, a estas alturas de nuestro análisis se ha convertido en un pensador con posibilidades morales, al ser en su discurso la prudencia un concepto que empata con el de la responsabilidad weberiana; es decir, se logra rescatar su preocupación por las consecuencias de los actos políticos del príncipe, justificando el cálculo político y el juicio moral.

Nuestro trabajo, no pretende reivindicar a Maquiavelo como un excelso ciudadano o un melancólico escritor, más bien es un intento por poner en un primer plano de

discusión la relación entre política y moral. Para lo cual Maquiavelo es un punto de partida inmejorable, pues a él se le ha atribuido el gran acierto de amoralizar la política.

Esperamos mostrar, también que la política por naturaleza involucra el destino de una colectividad y que ello debe obligar a los hombres del poder a responder por sus actos, más aún si recordamos que la política nace con la esperanza humana de lograr el bienestar común.

Precisamente, para Maquiavelo el bien común debe ser la máxima del político, sin embargo tampoco se engaña: sabe de las debilidades humanas; es así como puede describir el quehacer político en toda su crudeza. La relevancia de redimensionar el pensamiento de Maquiavelo proviene no únicamente de poder darle un nuevo cariz a su obra, sino de resaltar un campo no suficientemente explorado en la política, sus repercusiones morales.

A nivel personal la búsqueda de la etificación política es una inquietud surgida de la realidad política de nuestro país, puesto que nadie como nosotros ha sufrido las nefastas consecuencias de la “amoralidad” política y de sus políticos. Finalmente vale la pena correr el riesgo de maniatar a la política si con ello impedimos que hombres enfermos de poder decidan y destruyan el futuro de una nación entera.

Habiendo diversas formas de abordar autores y temas resulta prudente decir que en nuestra investigación preferimos enmarcar al autor en su contexto histórico, y partir de ahí hacia un análisis conceptual. En general, se presupone siempre a Maquiavelo como un autor que trasciende su época, dejando un legado que todavía hoy estudiamos. En cuanto a la bibliografía se optó por reducirla al máximo, teniendo como eje central la obra de Maquiavelo, sin embargo el propio texto nos llevó a autores como Skinner, Weber, Villoro, Berlin, Córdova entre otros.

CAPITULO PRIMERO

EL HOMBRE RENACENTISTA

Crear que sin ti ha de luchar por ti Dios,
estando tú ocioso y de rodillas ... que no
haya nadie de tan poco cerebro que crea, si
su casa se viene en ruinas que Dios la
salvará sin otro apuntalamiento, puesto
que morirá bajo sus propias ruinas.

N. Maquiavelo.

L-EL RENACIMIENTO

La evolución del pensamiento occidental puede comprenderse a través de las diversas corrientes que le han alimentado; el Renacimiento, sin lugar a dudas, ha determinado en gran medida su sentido moderno. Sin embargo la amplitud espacio temporal de la época renacentista hacen difícil la tarea de análisis, como veremos éste implicó toda una revolución cultural que transformó toda una visión acerca del mundo.

El Renacimiento, para algunos estudiosos, denota una larga transición que emerge dentro de la sociedad medieval y alcanza su madurez al alba del mundo moderno. Incluso, en ciertos aspectos, parece que aún vivimos en el Renacimiento, como bien dice el historiador Addington,¹ de quien tomamos y compartimos gran parte de las ideas sostenidas aquí, sobre el Renacimiento.

¹ Addington Symons, J. El Renacimiento en Italia, 2v., trad Wenceslao Roces, en Antología del Renacimiento a la ilustración (Sección obras de historia), México, FCE.

Durante la época renacentista la mayoría de las disciplinas humanas tuvieron un desarrollo inigualable: la ciencia, la filosofía, la literatura, y desde luego la política contaron con personalidades que les dieron un impulso definitivo. Sin embargo, ninguna de estas disciplinas pueden ser en sí mismas el prototipo de las ideas renacentistas; mas bien, digamos que, en conjunto son muestra de los tiempos que se vivían, tiempos de creación y transformación que inspiran a la mayoría de los pensadores, quienes haciendo uso de su libertad, crean la característica que a la postre será bandera de lucha del mundo moderno: la defensa de la libertad individual.

En los pensadores renacentistas defender la individualidad y la libertad son objetivos comunes, implícitos en casi todos los órdenes del saber; consciente o inconscientemente se busca la emancipación de la razón, lo cual se manifiesta a través del deseo continuo de explicarse el entorno por sí mismos, teniendo como único parámetro su propia capacidad intelectual.

Esta nueva actitud habría de tener, desde luego, consecuencias en muchos ámbitos; particularmente el religioso el cual iba a ser sacudido desde sus cimientos, pues el mundo medieval no terminaba de ceder el espacio suficiente para la era que recién se anunciaba; se abre entonces un abismo infranqueable a nivel de la conciencia: lo humano y lo divino. Mediar ambas posturas será, y lo es aún, un reto a la inteligencia humana. Es así como surge un enfrentamiento entre la Edad Media y lo que habría de ser el Renacimiento, dos concepciones del mundo se probaban mutuamente, por un lado se encontraba Dios en la cúspide de todo saber, y por otro la razón humana en su afán de saber. Al transcurrir el tiempo las dos posturas resultaron excluyentes e irreconciliables.

La Edad Media, pese a ser en muchos sentidos una época de cerrazón, debe ser reconocida como un periodo en el cual se hicieron aportaciones valiosas en diversas áreas del conocimiento, sin las que hoy seguramente serían incomprensibles la astronomía, la medicina, las matemáticas, o tantas otras ciencias. Sin embargo, también debemos aceptar que en su fase de decadencia se tornó intolerante, quizá al presentir que la sociedad cambiaba y que Europa se preparaba para una nueva era socio-política.

Los esfuerzos de los medievales por impedir su propia destrucción resultaron infructuosos, pues los seres humanos se encontraban ya en camino de algo que creyeron

les daría muchas respuestas: el uso pleno de la razón. Los juicios y valores racionales fueron en adelante la simbólica luz, que se anunciaba tras una prolongada oscuridad.

Desde luego, las condiciones históricas para el desenvolvimiento de la era renacentista fueron establecidas por los medievales, pues el distanciamiento se da tras un proceso gradual, hasta el punto en donde aparecen dos formas de pensar, diferenciadas substancialmente. Por un lado, los pensadores de la Edad Media, tienden a minimizar las potencialidades humanas a fin de exaltar las cualidades divinas, bajo tal idea el espíritu humano se sume en la inconsciencia de sus capacidades; a lo cual se agregan las predicas sociales y religiosas sobre el pecado, la muerte y el juicio final.

Para quienes fueron formados en los preceptos medievales, la vida “ideal” se acercaba a la de un asceta: lejos de los placeres mundanos. La cercanía con lo divino tenía entonces una sola vía y a los humanos tocaba seguirla; el mensaje medieval penetró en lo más profundo de la conciencia no sólo como seres individuales sino como pueblos que se vieron atados espiritual y políticamente a la Iglesia Romana. Las tendencias despóticas del cuerpo eclesiástico se volvieron con el tiempo un lastre, al cual tuvieron que enfrentarse los pueblos para salvaguarda su “independencia”, hecho que resultó muy común a la víspera del Renacimiento.

Por otro lado, y de forma paralela se va gestando en Europa un movimiento intelectual que rechaza los principios esenciales de la Edad Media. Italia pese a ser una de las ciudades medievales más importantes, ve nacer los primeros pensadores renacentistas, quienes guiaron este movimiento espiritualmente. Dante, Petrarca, y Boccaccio conforman el grupo de vanguardia, cada uno en su género y estilo imponen a sus obras un sello que los distancia de la Edad Media y los acerca al Renacimiento.

Es así como se afirma, que Dante utilizó en sus obras un estilo literario con tintes de lenguaje moderno; Petrarca enseñó a sus contemporáneos el amor por la cultura antigua, viendo ésta como una fuente de educación universal; y Boccaccio llevó a primer plano la valoración de la vida humana, vista como algo que debía aceptarse y gozarse, nunca sufrirla con resignación y dolor.

EL Renacimiento tiene una enorme deuda con este grupo de pensadores italianos; pero curiosamente la dirección definitiva del pensamiento occidental hacia el

Renacimiento vino, como afirma Skinner, de un hecho verdaderamente fortuito, como lo fue el renacer de la cultura clásica. El descubrimiento de algunos textos clásicos a mediados del siglo XV, marcó definitivamente el rumbo de la historia, pues estos se convirtieron en verdaderos maestros a quienes los renacentistas buscan emular e igualar en sabiduría. Los antiguos en este sentido inyectan un aire de renovación a los otrora medievales. El ser humano se afirma así, cada vez más como el dueño y señor del universo, por lo que en adelante querrá :

“...convertirse en el monarca del universo en el que tiene el privilegio y el destino de vivir. El Renacimiento venía [así] a sacar a la razón de su cárcel, era el doble descubrimiento del mundo exterior y del mundo interior.”²

En lo externo, tendremos la exploración de la tierra y las constantes investigaciones acerca del universo; en lo interno el ser humano busca su lugar en relación al mundo y a Dios; bajo estas dos perspectivas brotan conocimientos, que en suma serán el hombre moderno, en donde pensadores como Maquiavelo comienzan a destacar.

II.-RENACIMIENTO ITALIANO

Italia, como hemos referido, durante el Renacimiento logra un gran esplendor político-cultural, muy por encima de otras ciudades europeas, de ahí que los interesados en el análisis político encuentren en ella parada obligatoria, como señala Burkhardt ya, que de hecho *“... fue en Italia en donde se produjeron antes que en ningún otro sitio... una consideración y estudio objetivos del Estado”³* No será, por lo tanto, casualidad que Nicolás Maquiavelo haya sido uno de los primeros analistas políticos.

Skinner insiste refiriéndose al Renacimiento, que éste debe ser visto como un periodo de larga gestación cuyas raíces deben rastrearse varios siglos antes de su manifestación evidente. En el caso específico de Florencia existen datos, desde el siglo XII, sobre tesis políticas que serán fundamentales hacia el apogeo renacentista; incluso se señala que en éstas ya se defiende la libertad en su sentido republicano.

² Addington Symons, J. Ibid. p. 11

³ Mayer, J. *Trayectoria del pensamiento político moderno*. p. 88.

La defensa de la libertad, sin embargo no se da solamente en Florencia, otras Ciudades-Estado como Toscana y Lombardía también hacen lo mismo, pues todas comparten la subordinación política hacia el Sacro Imperio Romano. El revitalizado Imperio Romano tuvo como ideal crear un macro Estado, que unificará toda Europa bajo un mismo poder, este propósito obliga a los pensadores de la época a hallar una forma de argumentación que sustente el derecho de las regiones a la independencia y soberanía política.

En los razonamientos de estos pensadores hay una conciencia política, quizá muy primaria, pero decididamente dirigida a sustentar políticamente la libertad de su pueblo, como Skinner indica hubo un sin fin de personajes que alzan la voz contra el Imperio, desde luego en la medida de sus fuerzas, y apegándose a los recursos legales:

“Durante esta larga lucha las ciudades de Lombardía y Toscana no sólo lograron rechazar al emperador en el campo de batalla, sino también construir toda una gama de armas ideológicas con las que trataron de legitimar esta continuada resistencia a su soberanía nominal. La esencia de su respuesta a las demandas del emperador consistirá en la afirmación de que tenían el derecho de conservar su “libertad” contra toda influencia externa.”⁴

Demandando así su derecho a ser libres de todo dominio externo con la potestad de ejercer su vida política, es así como se da entonces una afirmación de su soberanía. Soberanía e independencia significaron en ese entonces principalmente libertad en un margen político.

La ideología libertaria de los italianos, sólo es comprensible en la medida que se explica la relación existente entre el imperio y las distintas Ciudades-Estado. Estas últimas eran obligadas a seguir las leyes del Imperio, considerándose ilegítimas aquellas que las mismas hubieran determinado para su desarrollo interno, la fricción es entonces cada vez más fuerte entre las leyes imperiales y las leyes de las Ciudades.

El poder demostrar el derecho de cada pueblo a darse sus propias leyes, aun acudiendo a instancias jurídicas, como el propio derecho Romano era algo prácticamente imposible, pues legalmente esto no estaba contemplado. Se sabe que el Imperio, a falta

⁴ Skinner, Q. *Fundamentos del pensamiento político moderno*. p. 26.

de argumentos, tuvo que acudir en repetidas ocasiones a la fuerza física para obligar a las ciudades a acatar las ordenes emitidas, con el consecuente malestar del pueblo.

Bartolo de Sassoferrato, eminente jurista, dio a las Ciudades-Estado una esperanza de poder luchar por sus derechos con la ley a su favor, él afirmará que las leyes deben amoldarse a los hechos y no los acontecimientos a las leyes; tal opinión será de gran trascendencia pues se abre la posibilidad de que las leyes obsoletas en la realidad sean modificadas, situación por la cual pasaban las Cudades-Estado.

Debemos tener presente que las Ciudades-Estado italianas en la realidad establecían sus leyes y las respetaban, dándose en la práctica la soberanía e independencia que el imperio les negaba. El pueblo en estos lugares era el emperador y legislador interno, la posición de autores como Sassosferrato acerca de la ley, permitió a algunos otros pensadores defender la libertad de los pueblos para ejercer la forma de legislación y gobierno que preferían, la cual ejercían hacia tiempo.

El Imperio, por desgracia, no fue el único atentado contra la autonomía de las Ciudades, sino que el papado regido por Alejandro III se convirtió en un obstáculo aún mayor; en el siglo XII hubo grandes avances de los Estados pontificios sobre territorio italiano, lo cual se justificó bajo el naciente Derecho Canónico, que aseguraba la supremacía del poder espiritual sobre el terrenal.

La imposición del poder divino sobre cualquier otro fue defendido por algunos pensadores de la época, sin embargo en Italia no sucederá lo mismo. Marsilio de Padua quien se encuentra en Florencia, denominada “la ciudad de la libertad”, se alza contra éste derecho y pone en duda la legitimidad del propio poder eclesiástico. La secularización de la autoridad y del poder político aparecen claramente en los discursos de Marsilio:

“En esencia la respuesta de Marsilio consiste en la afirmación sencilla pero osada de que los soberanos de la iglesia han interpretado mal la naturaleza de la propia Iglesia al suponer que es el tipo de institución capaz de ejercer alguna forma jurídica política o de otra índole de ‘jurisdicción coactiva’ ”⁵

Las aspiraciones imperialistas del clero sobre las Ciudades fueron evidenciadas por Marsilio de Padua, quien yendo contra toda la tradición no justificó tal hecho. Reivindicar

⁵ Skinner, Q. Ibid. p.39.

la libertad, en contra de cualquier poder invasor, era el insistente clamor de los italianos, y del propio Marsilio. No existieron entonces argumentos “eruditos” que hicieran eco de este sentir, sin embargo los discursos existentes fueron contundentes y efectivos, pues evitaron que se perdieran ciertos “privilegios” ganados, como era el poder nombrar autoridades menores en las Ciudades.

Por otra parte, hacia el siglo XIII, Europa se ve envuelta en una creciente tendencia a formar gobiernos despóticos, consolidándose las aspiraciones tiránicas de algunos sectores sociales. Las guerras de facciones internas y externas que asolan el continente hacen que los pueblos, fastidiados por la inestabilidad, anhelan vivir en paz. Lograr la paz en muchos casos significó perder ventajas políticas, sin embargo el bien común demandaba una solución pronta y duradera.

En el plano del pensamiento filosófico, las tendencias políticas de los siglos XII y XIII se traslucen en los escolásticos, quienes hacen suya la defensa de la paz. Santo Tomás de Aquino se convierte en uno de sus más importantes defensores, al colocarla en la cúspide de los valores a los que puede aspirar un organismo social. La paz creía Santo Tomás sólo podía encontrarse al ser unificado el poder político, siendo un príncipe la figura idónea para preservar la unidad social.

Las premisas escolásticas logran imponerse en un amplio sector de la sociedad medieval, sin embargo los pensadores florentinos no las asumen; siendo herederos de la antigua romana ven en peligro los valores republicanos de los que aún tienen memoria. El deseo de conservar su independencia política lleva a los florentinos a rechazar los principados despóticos absolutistas, iniciándose así el camino de la conceptualización del Estado Moderno; lo cual se evidencia a fines del siglo XVI. Maquiavelo, para entonces, ya ha creado sus textos claves en donde ha delimitando políticamente el espacio público del gobernante.

El escolasticismo fue sin duda uno de los movimientos filosóficos que más influyeron en la conformación de los conceptos políticos modernos, sobre todo en la región italiana. Sin embargo, el escolasticismo, no fue la única corriente importante; el Arte de la Retórica, sin ser estrictamente una vertiente filosófica, jugó un papel destacado en el posterior desarrollo de la teoría política, como tendremos oportunidad de señalar.

La Retórica, poco a poco, se convirtió en un instrumento que permitió a los pensadores expresarse con mayor precisión, ésta tenía en sus inicios como fin principal el dar “... al estudiante la capacidad para redactar documentos con claridad y precisión.”⁶ Los documentos más comunes, en la época, eran cartas familiares, sin embargo este arte irá evolucionando de un ámbito estrictamente privado a uno enteramente público. La Retórica al paso del tiempo será el recurso más frecuente de quienes elaboran discursos políticos, generándose un estilo que alcanza al propio Maquiavelo.

El empleo de la Retórica tuvo desde siempre un carácter práctico, justificado en una sociedad en donde gran parte de los asuntos jurídicos, personales y políticos se establecían a través de la escritura. Resulta relevante observar como en su evolución la Retórica fue involucrando poco a poco aspectos públicos, la elaboración de “crónicas” de ciudad es un ejemplo de ello, éstas consistían en la elaboración de mensajes que solían ser leídos en público. En las “crónicas” de ciudad se informa a los ciudadanos sobre algún asunto relevante para la región, no llegan a ser estrictamente discursos políticos, pero son en definitiva su antecedente más inmediato.

La Retórica sufre un cambio profundo al aparecer los “libros de consejos”, éstos ya no son simples narraciones, informes o señalamientos al gobernante, como lo eran las “crónicas” de ciudad, sino que estos libros son presentados a los gobernantes y ciudadanos con la intención de servir como consejeros políticos:

“Abandonan [así] toda simulación de que su interés esencial consiste en ofrecer instrucciones en las artes retóricas y en cambio se presentan directamente como los consejeros políticos naturales de gobernantes y ciudades. Tampoco se satisfacen con escribir simplemente para estudiantes que después puedan llegar a ser magistrados. Este nuevo enfoque pronto empezó a tener imitadores y después llegó a ejercer una continuada influencia sobre el desarrollo del pensamiento político renacentista. La pauta de los temas cubiertos en estos primeros libros de consejos aun pueden distinguirse hasta cierto punto en las más refinadas colaboraciones posteriores al mismo género, como El príncipe de Maquiavelo”⁷

⁶ Skinner, Q. p. 50

⁷ Skinner, Q. p. 53

Los libros de consejos en todo el siglo XIII son muy populares, pero es preciso insistir que siguen siendo ejercicios retóricos sobre hechos políticos; el análisis político y la teoría política no están aún presentes.

Se sabe, que el verdadero desarrollo político de la Retórica coincide históricamente con una vertiente filosófica: el humanismo. La interrelación entre Retórica y humanismo es muy fuerte, llega al grado de que no puede delimitarse satisfactoriamente el comienzo y el fin de una y otra. Sin embargo, puede afirmarse con precisión que en ambas la figura de Cicerón es el núcleo de pensamiento.

En los siglos XIII y XIV algunos seguidores de la Retórica se abocan al estudio de antiguos autores clásicos, en quienes creen pueden hallar la "formula" del buen pensar y más adelante del buen gobierno; esto para muchos significa el principio del humanismo, algo que bien puede confirmarse "... sobre todo [al] recordar que la primera mitad del Quattrocento en Italia fue la era en la cual el recuerdo de antiguas Ciudades-Estado, lo mismo griegas que romanas fue resucitado."⁸ Desde luego, Cicerón se encuentra entre los autores antiguos que fueron revitalizados.

Cicerón, una vez rescatado de la antigüedad, vino a ser la figura central de la alta Edad Media, pues sus escritos se toman modelos para el arte retórico. Más adelante se descubre en ellos un sentido político, pasando a segundo plano su valor literario; es así como los medievales descubren que los antiguos merecen ser imitados no sólo en la belleza de sus escritos sino en lo "perfecto" de sus gobiernos.

Italia y Florencia ven en Cicerón a un maestro, de quien suelen decir fue "... uno de los pocos escritores del pasado ocupados tan profundamente por las necesidades inherentes a la Vita Civilis."⁹ Añejas inquietudes políticas de los italianos encuentran en Cicerón el sustento que hace tiempo anhelaban .

El ardiente amor a la patria que expresa Cicerón en sus escritos, así como el haber afirmado que una vida contemplativa debe ser consecuente a una vida activa hacen de él decididamente: el ideal ciudadano para Italia. Tal influjo se transparente en muchos pensadores en pleno siglo XV, como el propio Maquiavelo.

⁸ Baron, H. *En busca del humanismo cívico florentino*. P.89

⁹ Baron, H. *Ibid.* p90

Hay quienes aseguran que Cicerón causa tal impacto en la sociedad italiana que de él aprenden dos elementos fundamentales para su vida cívica futura: "...*primero que la obligación principal de un ciudadano es servir a su comunidad y segundo que la participación activa en los asuntos del estado no debe necesariamente disminuir o distraer sus capacidades intelectuales, en realidad deben estimularlos.*"¹⁰

La estimulación de los valores políticos en la Edad Media crea un llamado humanismo cívico; en el Renacimiento esto se manifiesta a través del culto y ejercicio de las virtudes cívicas. Por ello podía decirse, un verdadero hombre era aquel que cultivaba los valores cívicos al modo ciceroniano.

El escolasticismo, la Retórica, el Humanismo son en concreto las líneas que siguen los pensadores en el periodo transicional medieval-renacentista marcando las pautas políticas, no debemos sin embargo olvidar que los textos aristotélicos estuvieron a la base de este proceso.

El Renacimiento, como pudo observarse, es una época compleja en la que inciden corrientes clásicas, medievales y podríamos decir algunas vanguardistas; destacamos lógicamente las que consideramos dan una pauta de desarrollo a la política.

Italia podemos aseverar ahora, conservó durante la Edad Media su tradición republicana y la afianzó en gran medida por el acoso que sufría del Sacro Imperio Romano. Los florentinos, en particular, serán los receptores de la tradición política de la región; convirtiéndose en lugar común para los pensadores "libertarios" quienes, inspirados por los clásicos, crean encendidos discursos para descalificar al enemigo político. Se piensa entonces, que la incipiente unidad política puede ser así preservada. Maquiavelo es producto de todas estas tendencias, las cual delinean, claramente su discurso político.

¹⁰ Ibid. p110

III.- MAQUIAVELO Y EL RENACIMIENTO

En el siglo XV y XVI Italia y Europa enfrentan la llegada del Renacimiento inmersas en un proceso evolutivo de orden social y político, éste las ha debilitado y fracturado estructuralmente al incidir de lleno en las base sobre la que se sostienen: la unidad. La formación de naciones es un anhelo incesante de las regiones europeas, algunos autores de la época hacen sentir esta necesidad mediante un llamado urgente a la concordia, ya que en especial “...*La situación política de Italia era propicia a este desencadenamiento de los individuos... [pues] El sentimiento, oscuro en la mayor parte, claro en algunos raros espíritus, de la italianidad, con el orgullo de la herencia romana era ahogado por una polvareda de principados efimeros.*”¹¹ Esto, desde luego, les empuja a buscar la unificación política de las regiones.

Nicolás Maquiavelo, es sin duda una de las figuras renacentistas más sobresalientes, en quien se encuentra la insistente idea de ser necesaria la creación de una patria. Nacido en Florencia, una de las Ciudades con mayor efervescencia política, y dotado de un espíritu perceptivo se convierte en uno de los primeros analistas políticos. El valor de Maquiavelo como veremos no depende tanto de su estilo como de el fondo de sus tesis, siendo hoy día imposible armar una historia de la teoría política sin referirse en modo alguno a él. Por ahora, antes de entrar de lleno a su teoría política, nos detendremos un momento a delinear la posición desde la cual plantea el autor su análisis sobre la realidad italiana.

Nicolás Maquiavelo es uno de esos autores que permiten muchos enfoques de análisis, para algunos definir su personalidad es primordial, para otros puede obviarse; sin embargo el enfoque interpretativo que se asuma es importante, puesto que históricamente nuestro autor ha sido etiquetado como: defensor del absolutismo, demócrata convencido, moralista, amoral, pagano, creyente; paradójico es quizá lo más apegado a su personalidad.

Adelantando, un tanto nuestro análisis, podemos afirmar que la valoración históricamente hecha de Maquiavelo, no ha sido justa; más prejuicios que razonamientos han fundado la opinión de quienes denigran su obra al enjuiciarla moralmente. Podemos

¹¹ Chevallier, J. *El decorado y las circunstancias* p.100

decir que sus adversarios han perdido objetividad al no aceptar, que Maquiavelo vivió en un tiempo y una circunstancia en donde su discurso era perfectamente justificado, y que extrapolarlo sin haber sido depurado es algo erróneo. Es decir, la obra maquiaveliana, contiene conceptos que bien pueden hoy explicar la realidad política, sin embargo estos deben ser adaptados, es así como la propia palabra Estado de no ser especificada, puede conducirnos a interpretaciones contrarias, pues lo mismo puede referirse al simple espacio que ocupa el servidor público, o en sentido más abstracto, sería la entidad política bajo la cual se supedita el poder ciudadano.

Por otra parte, la falta de sistematización de su obra no debe obstar para reconocer la trascendencia de sus escritos, la inconexión de sus textos políticos, como veremos es una cuestión aparente que se supera al integrar la obra en una visión total.

Lejos de una visión histórica o personalista debemos ver en Maquiavelo a un teórico-político capaz de involucrarse en un análisis que todavía nos ocupa: El Estado y los gobernantes.

El método maquiaveliano

Los grandes filósofos de la historia han empleado siempre alguna metodología que les lleva a la cumbre de su pensamiento, lo que más tarde se convierte en un método es así como conocemos la mayéutica socrática y la lógica aristotélica. Bacon, por ejemplo, ha sido reconocido como el creador del método científico, el cual postula la resolución de un problema tras un proceso en donde se enlazan sucesos particulares, hasta lograr una visión general. Las particularidades son, entonces, subordinadas al todo; éste método será denominado: inductivo.

En el caso de Maquiavelo podemos afirmar, que emplea un método baconiano de análisis, y que éste le permite develar la estructura del incipiente Estado italiano.

En sus obras Maquiavelo constantemente hace uso de universalizaciones ¹² es así como en los *Discursos a la primera década de Tito Livio* crea un estructura discursiva, en

¹² CFR. Chabod, F. *Escritos sobre Maquiavelo*. Chabod afirma que "...Maquiavelo dedica toda su vida a la búsqueda continua de experiencias -experiencias políticas- y las reduce al esquema lógico para, finalmente reavivar éste con el apasionamiento y la intrepidez de la síntesis última." p.22

donde lo particular es sometido a la generalidad. Se plantea el autor la posibilidad y conveniencia de que diversas ciudades se apoyen, tras enunciar una serie de ejemplos concluye:

“ [de lo dicho] *se deduce una regla general que nunca o rara vez falla: la de quien ayuda a otro a engrandecerse trabaja en daño propio...*”¹³

Maquiavelo reitera, generalizando, que más de una ciudad a sufrido las consecuencias de este mal proceder. Conocer las distintas experiencias pasadas o presentes son para él la posibilidad de establecer una generalización, por ello son lo hechos el respaldo de sus afirmaciones y no simples máximas salidas de la nada.

La sistematicidad de los escritos de Maquiavelo, desde luego, es algo que puede discutirse, sin embargo podemos decir, que si bien no hay un seguimiento profundo de los temas, como puede verse en autores escolásticos, si hay una metodología básica de tipo inductiva. La falta de rigor de la obra maquiavelina, lleva algunos analistas a poner en entredicho alcance real de su pensamiento; algunos precisan que su obra debiera ser valorada con estricto apego a su circunstancia histórica.

No obstante, soy de quienes creen que a los autores se les debe valorar de forma integral: histórica y teóricamente. Cassirer al menos, es de quienes han visto en Maquiavelo una figura que brilla más allá del Renacimiento: “...*Maquiavelo no escribió para Italia, ni siquiera para su época sino para el mundo y el mundo lo escuchó.*”¹⁴

El fundamento del “*método*” maquiaveliano como pudo verse es la experiencia, y dado que la experiencia primaria de todo individuo no es otra que su propia vida, debemos pues acercarnos a la vida de Maquiavelo.

La biografía de un autor, estoy particularmente convencida nos abre un espacio mayor de comprensión, Maquiavelo particularmente fue un hombre en quien sus experiencias vitales se transparentan, marcando su obra por doquier. Por ello pensamos, que conocer su vida es conocer también parte de su pensamiento.

En sus primeros años de vida Maquiavelo, biógrafos como Pascual Villari refieren que tendrá la dura experiencia de presenciar ejecuciones públicas, pero también accede a

¹³Maquiavelo, N. *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Lib. I. Cap. XVI p.102. En lo sucesivo se identificará este texto como *Disc*.

¹⁴ Cassirer, E. *El mito del Estado*. p.123.

conferencias públicas en donde se discuten cuestiones políticas, especialmente republicanas. Estas experiencias vitales se piensa crean en el espíritu de Maquiavelo su paganismo y su afición por la forma de gobierno republicano.

Más adelante, tras una mediana educación, que nunca llega a ser excelsa, Maquiavelo llega al servicio público, logrando en poco tiempo "... *el principal empleo de Secretario de la Señoría ... este empleo será muy honroso, y en 1498 es nombrado para cubrir una vacante.*"¹⁵ Catorce años permanece nuestro autor en este empleo, éste le permite conocer los problemas públicos de su Ciudad, lo cual resulta enriquecedor para su obra, pero más aún, el hecho de que al ser Secretario tuvo la oportunidad de mediar en conflictos, donde diversas ciudades europeas se involucran. Por ello la mayor parte de sus años de servicio los pasa viajando por Europa y sabemos por el propio autor que fue la época donde más adquirió más experiencias.

Siendo Secretario conoce a las personalidades políticas de la época, sin embargo quien despierta su interés y admiración de inmediato es Cesar Borgia, en él reconoce al político ideal, capaz de crear una patria memorable. Siendo Borgia enemigo de Florencia, no obsta para que Maquiavelo exhorte a los Medici a seguir su ejemplo, poniendo por delante el bien de su patria, posición que mantuvo personal y públicamente.

A la par de su labor como "embajador político" Maquiavelo se convence de la necesidad de adquirir conocimientos acerca de la guerra; en sus viajes constantemente busca enterarse de estrategias militares, asimismo lee a los antiguos y se detiene en aquellos pasajes en donde se habla de las conquistas. Se encuentra en poco tiempo seguro de que un gobernante ignorante en materia militar está condenado a la ruina¹⁶ y más aún aquel que dependa de soldados extranjeros para la defensa de su territorio.

El interés que tiene Maquiavelo por la guerra, bien podemos traducirlo como el interés que tiene por emplear la fuerza calculadamente, llegando a afirmar, en sus escritos, que la estabilidad y seguridad de un Estado dependen del adecuado uso que se haga de la fuerza.

¹⁵ Villari, P. *Maquiavelo su vida y su obra*. p.22

¹⁶ Cfr. Maquiavelo, N. *El príncipe*. Entre otros Cap. XIV p.333-334. Este texto en adelante será indicado como Princ.

Su pasión por la milicia es paradójicamente la causa de su despido como Secretario, en 1512 después de un periodo republicano los Medici vuelven a tomar el mando de la región. Maquiavelo para entonces se encuentra muy comprometido, ha servido a la república y organizó un ejército que fracasó ante el enemigo; la inquisición lo interroga y tras ser acusado de traidor es dejado en libertad al no comprobarsele.

La pérdida de este empleo es para Maquiavelo algo más que la insolvencia económica, es la imposibilidad de participar activamente en la vida pública de su Ciudad. Por cartas que escribe a sus amigos sabemos la tristeza que le embarga y los esfuerzos que realiza para la restitución de su labor y su honor.

Los Medici, sin embargo, no le favorecen nunca más; es contratado para realizar la Historia de Florencia pero a Maquiavelo esto no le satisface, muere al poco tiempo sin el mayor aprecio de sus contemporáneos.

En suma la vida de Maquiavelo puede equipararse a la de un incansable científico, con grandes facultades para sintetizar elementos políticos, sociales, morales, religiosos que confluyen en un espacio y tiempo con pretensiones, evidentemente, universales. El pensamiento maquiaveliano es en suma el nuevo hombre que se encuentra ante una nueva realidad, la realidad renacentista.

IV. LA NATURALEZA MAQUIAVÉLICA DEL SER HUMANO.

En Italia, hacia los siglos XV y XVI se suceden una serie de corrientes filosóficas, -estoicas, epicureas, escépticas, etc - que en suma crean un renovado concepto de lo humano, lo cual es visible en los autores más representativos de la época.

Maquiavelo es desde luego, partícipe de este acontecimiento; en sus obras puede percibirse una conceptualización "nueva" de lo humano, la cual se aleja esencialmente de una visión religiosa de carácter medieval. En el siglo XV, la Edad Media, había sido superada y su concepto acerca del ser humano resultaba bastante desfasado, por lo que los pensadores se lanzan a innovar en un mundo que requiere encontrar su propia esencia.

El Renacimiento, no obstante, guarda una enorme deuda con los pensadores antiguos y medievales; el propio Maquiavelo no tiene problemas al reconocer que son los pensadores antiguos quienes le nutren de sabiduría, siendo en su retiro su único consuelo.

Sócrates, sin duda, destaca como uno de los filósofos de la Antigüedad en quien muchos medievales sustentaron su concepción sobre la naturaleza humana. El ser humano para Sócrates era, ante todo, un ser que podía hacer el bien si lo conocía; por lo tanto, el ser humano ideal era aquel que realizaba su esencia al hacer el bien. Se puede asegurar, entonces, que sólo podía denominarse humano a aquel ser que lograba coincidir el concepto y la esencia humana; el deber ser con el ser.

Ante esto surgen filosofías, que bien podrían denominarse alternas. Es así como vemos surgir la escuela epicúrea y la estoica primordialmente; éstas al percibir una sociedad corrupta y decadente interpretan lo humano de diferente forma y objetan de forma frontal la posición socrática: el ideal socrático es imposible. Los epicúreos y estoicos parten de una premisa muy simple: los seres humanos estamos escindidos entre el ser y el deber ser; cuestión insuperable.

En el Renacimiento, perviven de alguna manera, reminiscencias de la antigua controversia en torno al concepto de lo humano; sólo que a diferencia de la Antigüedad, en donde existía un concepto humano definido alrededor del cual giraba la discusión, en el Renacimiento el concepto directriz de lo humano se ha desvanecido hace tiempo.

La tarea de los intelectuales renacentistas consistió entonces, en buscar un eje desde donde pensar lo humano. La consecuencia natural fue la pluralización y la diversificación de los valores, puesto que, cada uno trató de conciliar la tradición medieval con el vanguardismo renacentista. Agnes Heller en su estudio acerca de *El hombre del Renacimiento* asegura, que las jerarquías de valores hacia la parte final de la Edad Media habían prácticamente desaparecido.

La misma Heller señala por otra parte, que “...*todo ideal humano esta acompañado por un ideal de sociedad ... [y que] las disputas en torno al hombre ideal son expresiones y reflejos de las luchas cuya fuerza motriz es un ideal concreto de sociedad...*”¹⁷

¹⁷ Heller, A. *El hombre del Renacimiento*. Madrid, Antrhopos. p.31.

Por lo tanto, debemos asegurar desde ahora, que los hombres del Renacimiento se vieron precisados a desafiar a los medievales, para así consolidar su proyecto humano y político. En Maquiavelo hay desde luego un ideario político y social cimentado en un punto de partida común: la naturaleza humana.

El príncipe y los *Discursos* conjugan el ideal político de nuestro autor, sin embargo presentan una dificultad, uno es de corte monárquico y otro republicano; lo cual implica dos conceptos diversos de lo humano. Por su parte, los *Discursos* tienen una marcada presencia del ideal republicano, en donde se presupone un ser humano libre, con la capacidad de adherirse a una normatividad social.

Por otra parte, en *El Príncipe*, Maquiavelo es un “enérgico defensor de la monarquía, mostrándonos un ser humano volitivo y pasional, el cual convive socialmente a fin de sobrevivir.

La ambigüedad manifiesta en sus escritos, puede ser menos extrema si nos enfocamos a analizar los conceptos que están a la base de estas proposiciones. Pues, en general son los modelos griegos y romanos de la Antigüedad los que rigen sus escritos, lo cual nos dice el sesgo que lleva su concepción. El recuerdo continuo de las hazañas de los antiguos, no significa que Maquiavelo haya intentado realizar una especie de antropología, más bien nos permite afirmar que para él la naturaleza humana siempre ha sido igual, y debe ser comprendida en un único sentido a través de los siglos: su sentido político; donde puede rescatarse la natural tendencia humana a conformar entidades políticas.

En un pasaje de los *Discursos*, en donde seguramente los contractualistas modernos debieron inspirarse, se menciona este nacer a la vida política del ser humano:

“ ... porque al principio del mundo siendo pocos los habitantes vivieron largo tiempo dispersos a semejanza de los animales; después multiplicándose las generaciones, se encontraron, y para su mejor defensa escogían al que era más robusto y valeroso, nombrándole jefe y obedeciéndole.

Entonces se conoció la defensa entre lo bueno y lo honrado, lo malo y lo vicioso viendo que cuando uno dañaba a su bienhechor, producíanse en los hombres dos sentimientos, el odio y la compasión censurando al ingrato y honrando al bueno. Como estas ofensas podían repetirse, a fin de evitar dicho mal, acudieron a hacer

leyes y ordenaron castigos para quienes las infringieron naciendo el conocimiento de la justicia, y con él que en la elección de jefe no se escogiera ya al más fuerte, sino al más justo."¹⁸

Por consiguiente, podemos afirmar que, es en la vida política donde surgen la ley y el conocimiento de la justicia, dándose a la par la creación de un orden ético y político. Es así como, impulsado por la utilidad de vivir en sociedad, el ser humano crea diversas formas de gobierno: monarquía, aristocracia, y democracias.

Maquiavelo, sabe que las manifestaciones políticas y culturales han variado siempre, pero no obstante, la condición humana permanece, pues "... *todos los hombres nacen viven mueren sujetos a las mismas leyes.*"¹⁹ Aun cuando no se especifica cuáles son estas leyes no es relevante si concluimos de aquí, que todos los seres humanos nos regimos por las mismas condiciones.

En otro apartado Maquiavelo nos dice: "*reflexionando yo en la marcha de las cosas creo que el mundo siempre ha sido igual con los mismos males e idénticos bienes aunque variando los bienes y variando los males de pueblo en pueblo.*"²⁰

Ser siempre iguales es en el discurso de Maquiavelo, la principal característica de lo humano; alterables sólo en lo externo o social, es decir nos amoldamos a diversas formas de gobierno y de leyes, precisamente por que tenemos por esencia la capacidad de elegir y sopesar las virtudes de un sistema político. De hecho, es así como demostramos nuestra capacidad ética y política. El ser humano, puede asegurarse, al "aceptar" entrar en sociedad debe abandonar parte de su naturaleza, rigiendo su comportamiento por leyes, limitando sus apetencias e intereses. Como veremos, ser humano para Maquiavelo no sólo es aquel que puede adaptarse a una normatividad, sino más aún aquel que transa su esencial deseo de poder por el de seguridad y libertad social.

Pero vayamos un paso más allá, ¿cuál es en concreto, el concepto de naturaleza humana que postula Maquiavelo? sólo sabemos que ésta es ostensible en sociedad, al ser los humanos por esencia seres políticos; tal concepto no difiere, por supuesto, de uno aristotélico. Sin embargo, Maquiavelo agrega algunos matices a este: los seres humanos

¹⁸ Maquiavelo, N. *Disc. Lib. I Cap. I* p.64

¹⁹ Maquiavelo, N. *Disc. Lib. I. Cap. XI.* p.84

²⁰ Maquiavelo, N. *Disc. Lib. II. Prólogo* p.152.

somos esencialmente “malos”. La maldad habrá de entenderse aquí en su acepción más tradicional, somos malos al ser ambiciosos y egoístas; al buscar perpetuamente nuestros satisfactores estamos confirmando nuestra esencia. El individuo, por lo tanto, se puede autodefinir como un ser egocéntrico, cuya “maldad” se transparenta en los actos que realiza, por ello quien cree un Estado, piensa el autor, no debe olvidar la peculiar condición humana:

“ Quien funda un Estado y le da leyes debe suponer a todos los hombres malos y dispuestos a emplear su malignidad siempre que la ocasión lo permita [y] los hombres hacen el bien por la fuerza pero cuando gozan de medios y libertad para ejecutar el mal todo lo llenan de confusión y desorden.”²¹

La percepción de lo humano que tiene Maquiavelo puede llevarnos a justificar las recriminaciones morales que se le han hecho a través de la historia, pues colocar la maldad en lo más profundo de lo humano es un proposición, sino temeraria, si incomoda; más aún en pleno siglo XV. No obstante, cuando se indica que la maldad es la esencia humana jamás se exhorta a la humanidad a desatarla; por el contrario el pensamiento maquiavelino fue creado dentro de una sociedad judeo-cristiana y no será él quien la desafíe. Es la propia lógica del pensamiento renacentista el que le lleva a superar implícitamente los valores de antaño “correctos”.

Los textos maquiavelianos, siendo objetivos, no son otra cosa que reflejo fiel de la Florencia del siglo XV y XVI ; son producto de una mente ávida que relata la realidad que vive, la cual avizora en la lejanía la grandeza de los ciudadanos griegos y romanos sin resignarse a su imposibilidad.

Por otra parte, la idea del mal resulta menos agresiva si recordamos que el ateísmo permeo en parte el Renacimiento y que las jerarquías de valores prácticamente no existían; el pecado por consiguiente adquirió matices inusitados, dejando incluso de serlo la voluptuosidad, el amor al dinero, la búsqueda de poder.

Lo “divino” hacia el Renacimiento pierde presencia en espacios que antes le pertenecían, es así como el ser humano avanza hacia terrenos antes vedados: su libertad. En

²¹ Maquiavelo, N. *Disc. Lib. II. Cap. III. P.67*

Maquiavelo la supremacía de lo humano viene en detrimento de lo divino, es así como entrega al ser humano su destino, pudiendo afirmar en su discurso:

“La única segura y duradera defensa es la que depende de ti y de tu valor (...) muchos han creído y creen todavía que las cosas de este mundo las dirigen la fortuna y Dios, sin ser dado a la prudencia de los hombres hacer que varíen ... sin embargo como nuestro libre arbitrio existe, creo que de la fortuna depende la mitad de nuestras acciones.”²²

Es de destacar, que la posición de Maquiavelo respecto a lo humano no es exclusiva, los historiadores coinciden al indicar que es en esta época cuando los seres humanos dejan su impronta en el mundo y se deciden a enfrentarlo seguros de su naturaleza, por lo tanto, su relación con Dios se vuelve cada vez más distante.

El concepto maquiaveliano de la naturaleza humana, por consecuencia, es simple y llanamente: pagano. Sin ser un ate declarado, deslinda de continuo su posición acerca de la religión: “... [la religión cristiana ha] colocado el bien supremo en la humildad, mientras [otras religiones] las paganas lo ponían en la grandeza de ánimo en la robustez del cuerpo y en cuanto podía contribuir a hacer hombres fortísimos”²³.

Por lo tanto, la “verdadera” naturaleza se ha perdido al haber sido trastocada en su esencia por el cristianismo, pues éste le colocó amarras espirituales, condenándolo a la impotencia física. Maquiavelo, teniendo frente así la historia antigua, se lamenta que siendo hechos para grandes hazañas nos conformemos con sufrir los infortunios de la vida; sin embargo, esto no debe debilitarnos, podemos recuperar nuestra naturaleza y emular a los antiguos.

Por consiguiente, una vez descubierta nuestra naturaleza debemos realizarla, para Maquiavelo es impensable develar las capacidades y aniquilarlas sin más. Debemos comenzar, por dejar a un lado la idea de que nuestra esencia está cercada por la bondad y las virtudes, definitivamente los seres humanos no anhelamos el bien por sí mismo. Desde luego, ello no quiere decir que nosotros no hagamos un discernimiento entre el bien y el mal, Maquiavelo lejos está de negar la conciencia moral de tipo cristiana, por lo cual

²² Maquiavelo, N. *Princ.* Cap. XXIV p. 335

²³ Maquiavelo, N. *Disc. Lib. II. Cap. II. P. 159.*

puede afirmar: “... no habrá hombre sabio o loco, bueno o malo, a quien dándole a elegir dos especies no elogie lo que debe elogiar y censure lo que merece vituperio.”²⁴

Baste con establecer por el momento, que los seres humanos no realizamos el bien aunque lo conozcamos, “... siendo los deseos del hombre insaciables, por que sus propia naturaleza le impulsa a quererlo todo mientras sus medios de acción le permiten conseguir pocas cosas, resulta continuo disgusto en el entendimiento humano...”²⁵ El cual le lleva a luchar, por ello el verdadero motor de lo humano son los deseos y no los anhelos virtuosos que se nos han enseñado socialmente.

La ambición es, a fin de cuentas, lo que nos lleva hacia adelante aun cuando no haya para ello razón alguna. Este constante deseo de satisfacernos nos lleva a librar batallas creando refinadas técnicas que nos acercan a nuestro objetivo, desde luego, socialmente aceptables.

Puntualizando lo antes dicho, la naturaleza humana para Maquiavelo gira al rededor de tres premisas básicas:

- 1.- La naturaleza humana es y ha sido siempre igual.
- 2.- La naturaleza tiene por esencia la “maldad”.
- 3.- La naturaleza humana se manifiesta a través de la ambición y el egoísmo.

Esta concepción sin duda nos remite a la pregunta ¿Cómo hemos sobrevivido en sociedad? La respuesta curiosamente debe buscarse más allá de la conciencia moral, no es por solidaridad, compasión o amor al prójimo que acordamos compartir un espacio social, sino que, son las leyes las que nos han “obligado” a convivir:

“... la facilidad con que se corrompen los humanos los lleva a dictar medidas que refrenen rápidamente los apetitos humanos [afirma Maquiavelo] y quiten toda esperanza de impunidad a los que cometen faltas arrastrados por sus pasiones”²⁶

Las leyes son la única forma de refrenar los apetitos humanos, controlar la naturaleza humana es la función del poder legislativo en una sociedad cualquiera y es la prueba también del dominio establecido entre los seres humanos, quienes comparten un espacio público.

²⁴ Maquiavelo, N. Disc. Lib. I. Cap. IX p.80

²⁵ Maquiavelo, N. Disc. Lib. II Prólogo p.153

²⁶ Maquiavelo, N. Disc. Lib. II. Cap. I p.112.

La legalidad, para Maquiavelo no es algo que pueda o deba objetarse, pues sin leyes seríamos bestias y nos veríamos en la necesidad de acudir a la fuerza sin otra opción:

“... sépase que hay dos formas de combatir, una con las leyes otra con la fuerza. La primera es propia del hombre la segunda de los animales, pero como muchas veces no basta la primera, es indispensable acudir a la segunda...”²⁷

Acudir a la fuerza a falta de un mejor recurso es tema que retomaremos en otro momento, sin embargo, retengamos que Maquiavelo la coloca junto a una legalidad fallida, no siendo su primer recurso.

Por último, es importante decir que Maquiavelo no es pesimista de la naturaleza humana y menos aún un apologista de la maldad. Para comprender su posición hay que ubicarse más allá de estos criterios, él se inscribe en la línea de los pensadores “realistas”, resultando un observador sin corta pisas, llevando a cabo su propio consejo “...acomodarse a las condiciones del tiempo en que se vive y proceder conforme a ellas.”²⁸

Como veremos en otro apartado, resulta realista al grado de posponer sus ideales republicanos con tal de dar viabilidad al gobierno de los príncipes.

A nuestro modo de ver, Maquiavelo compendia una concepción de naturaleza humana muy matizada, con tintes a veces dispersos, por un lado hallamos características de corte medieval, por ejemplo, al insistir en la inmutabilidad de lo humano. Sabemos bien, que en este periodo la racionalidad se ensalza como la esencia de lo humano, presente a lo largo de los tiempos; en este sentido, nuestro autor, no se contrapone en rigor, pues acepta sin objetar la diferenciación clásica entre humanidad y animalidad.

Por otro lado, utiliza elementos renacentistas, puesto que apoya la idea del sujeto: histórico, cambiante, y esencialmente libre. Al hallarse Maquiavelo en un parteaguas histórico ambas corrientes le llevarán a tener una postura ambigua, pero claramente distanciada de la concepción, hasta entonces tradicional, que se tenía de lo humano.

En conclusión, para Maquiavelo los humanos nos guiamos en nuestro diario vivir por nuestra natural ambición y egoísmo, afanándose por ser y tener más, pero no sin posibilidad de modificar o ceder a voluntad parte de esta naturaleza de forma racional, para así, elegir cierto modo de vida social y política. El verdadero juego político, por con-

²⁷ Maquiavelo, N. *Prin. Cap. XVIII* p. 339

siguiente, nace con el deseo humano de las grandes conquistas, al lado de los ideales. Maquiavelo, siendo un realista, nunca abandona la posibilidad de lograr los ideales antiguos “... *ya que el cielo el sol los elementos y los hombres tienen el mismo orden movimiento y poder que en la antigüedad.*”²⁹ Por lo que todo es probable, la Antigüedad es para él el gran espejo en el cual se ven reflejados sus más profundos deseos.

Maquiavelo, al conocer la naturaleza humana, entiende con mayor profundidad el acontecer político, y sabe bien que éste satisface en gran parte el deseo de dominación y posesión que tiene el ser humano, sin perder nunca de vista que el sentimiento cívico tiene un lugar preponderante en los seres humanos, desde el momento en el que eligieron vivir en sociedad. Sin embargo, también sabe que el poder ejercido en sociedad, requiere de ciertas cualidades al ser un poder “colectivo” y decididamente derivado; por ello, habremos de adentrarnos en el, a fin de conjuntar los elementos desde donde podamos plantear las posibles líneas éticas del ejercicio político.

²⁸ Maquiavelo, N. *Disc. Lib. Cap. VII.* p.243.

²⁹ Maquiavelo, N. *Disc. Lib. II Cap. XII* p. 85.

CAPITULO SEGUNDO

LA LEGITIMIDAD DEL PODER POLITICO

Toda autoridad es absolutamente degradante: degrada a quien lo ejerce y a aquellos sobre los que se ejerce... Toda forma de gobierno es un fracaso. El despotismo es injusto con todos, incluyendo al déspota que probablemente fuera hecho para empresas mejores ... Toda forma de asociación ha de ser absolutamente voluntaria. Sólo mediante asociaciones voluntarias encuéntrase a gusto el ser humano.

Oscar Wilde.

I.- LA NATURAL TENDENCIA DEL DESEO HUMANO

El ser humano para Maquiavelo, según se ha dicho, es esencialmente egoísta y ambicioso en todo cuanto emprende; por lo cual se ve frecuentemente ante la disyuntiva de renunciar a su aspiración o entrar en disputa con algún otro que desea lo mismo. Recordemos que no hay apetito más natural que el de adquirir.³⁰

El deseo es, en definitiva, el estímulo del ser humano para realizar determinada empresa; le lleva incluso al enfrentamiento directo. Maquiavelo, conoce bien la esencia humana, por lo cual puede asegurar, que el deseo humano no se siente satisfecho jamás con lo conseguido, de ahí el sentimiento de frustración. Sentirse insatisfecho lleva al ser humano a la violencia, y es así como la humanidad se ha visto en tiempos de guerra³¹.

La historia, en este sentido, es prueba constante de los alcances del deseo; la Antigua Roma, afirma Maquiavelo, debe su grandeza al haber acometido con decisión la

³⁰ Maquiavelo, N. *Disc. Lib. Cap. XXXVII* p.116.

³¹ Maquiavelo, N. *Disc. Lib. I. Cap. XXXVII* p. 116

conquista de cuanto se propuso, y es de resaltar el espíritu guerrero de los romanos centrado en el valor y la fuerza.

Toda relación humana, por consecuencia, siempre está bajo el riesgo latente de la hostilidad, sin embargo ello no ha obstado para la creación de sociedades estables, demostrando también ser aptos para conformar entidades políticas. Ser capaces de crear organismos sociales con ordenamientos proviene, sin duda, de nuestra posibilidad de asimilar las experiencias; recordemos aquel pasaje en donde Maquiavelo nos explica el porqué un día elegimos vivir en comunión, creando un sistema jurídico y el propio concepto de justicia.

Empero, dejar nuestra “animalidad”, con tal de concordar socialmente, no elimina nuestra tendencia natural a poseer; claro está, nos permitió a los seres humanos cohabitar en donde el más fuerte dejó de ser el vencedor. Sin embargo, la naturaleza humana encontró hábilmente modos alternos de expresión, en adelante, sin necesidad de confrontar a alguien, puede satisfacer sus más profundos deseos. Es en sociedad donde el ser humano crea refinados modos que le conducen a sus objetos de deseo, sin menoscabo del orden, ni haciendo uso de su animalidad, pues hay formas sutiles como la astucia:

“Creo pues que jamás persona alguna de humilde estado ha logrado gran poder sólo por medio de la fuerza empleándola franca e ingenuamente; pero si sólo con la astucia... Creo que en muchas ocasiones la fuerza sola no basta...”³²

La fuerza, para Maquiavelo no basta para adjudicarse el poder, es decir, no todo se obtiene por medio de una lucha franca. Se puede percibir, entonces, una aceptación tácita de medios no tangibles como la astucia.

La astucia, entre algunas de sus acepciones, significa: sagacidad, ardid o engaño dirigido a un fin predeterminado; en un tono más maquiaveliano podemos matizarla como inteligencia, artificio, racionalidad o cualidad que permite calcular cada acto a realizar, reprimiendo o liberándolo a voluntad. Si afirmamos, que Maquiavelo ve en la astucia la posibilidad social y política de lo humano creo que no desvirtuamos su pensamiento, es más entramos en su premisa básica: el cálculo racional de los actos humanos fundamenta la convivencia social y política.

³² Maquiavelo, N. Disc. Lib. II. Cap. XIII. P. 177-178.

Hemos señalado, en otro momento, que la fuerza bruta sin más para nuestro autor no es propia de los humanos, sino de animales; acogerlos a normas y leyes es la diferencia básica entre unos y otros, ser como el león o el zorro se justifica, para el autor, en un contexto límite. Retener el poder político requiere, según veremos, allegarnos de todo cuanto nuestra naturaleza nos ha dado, aún contra lo socialmente establecido.³³

En sus textos Maquiavelo se presenta a sí mismo como un defensor de la legalidad, y asume siempre que el uso de la fuerza debe justificarse; por ahora debemos concluir que las relaciones humanas en diversas circunstancias implican lucha y fricción proveniente del juego de voluntades involucradas. A fin de cuentas, la confrontación se halla siempre presente, pues la resistencia es algo común cuando dos desean lo mismo.³⁴

No toda lucha, como puede verse, es violenta, ni se da físicamente, el encuentro corporal no es la única forma de disputar la posesión de algo; Max Weber llama a este tipo de lucha: competencia. La competencia, en este sentido, se da entre los individuos que comparten un espacio social en aras de obtener algo y esto es lo que incrementa las probabilidades de supervivencia.

Las relaciones de competencia se pueden percibir en la sociedad a través de diferentes técnicas, pues esta tendencia no es exclusiva de una época de la humanidad, como piensa, Weber sino por el contrario es algo inherente al ser humano:

*“ Toda lucha y competencia típicas y en masa llevan a la larga, no obstante las posibles intervenciones de la fortuna y el azar, a una selección de los que poseen en mayor medida las condiciones personales requeridas por un término medio para triunfar en la lucha... Según enseña la experiencia la lucha es ineludible de hecho en el sentido de selección. La selección es eterna aquí porque no hay manera de imaginar medio alguno para descartarla de modo total.”*³⁵

Maquiavelo, salvando las distancias históricas, compartiría la posición de Max Weber acerca de la lucha, al considerar lógico que los seres humanos se lancen a ella por la supervivencia, la riqueza, el honor y desde luego por el poder. La lucha en todas sus acepciones implica el triunfo de los más aptos, virtuosos o favorecidos por la fortuna sobre

³³ Maquiavelo, N. *Princ.* Cap. XVIII p.339.

³⁴ Maquiavelo, N. *Disc. Introducción.* P.31.

³⁵ Weber, M. *Economía y sociedad.* México, F.C.E. p.31-32

los menos privilegiados; las hazañas las logran los que compiten, luchan y se arriesgan sin necesidad de destruir “materialmente” al que se opondrá. Los antiguos romanos son para Maquiavelo ejemplo vivo de esta forma de conducirse.

El poder y la supremacía son para Maquiavelo algo, que el ser humano busca sin cesar, lo cual logra al entrar en conflicto con otros, sin embargo su supremacía lo será realmente, cuando más allá de la fuerza pueda eludir el conflicto directo con astucia. La fuerza no basta, ya lo ha dicho; la legitimidad del poder se encuentra, precisamente al traspasar la barrera de la coacción franca.

II-EL PODER POLÍTICO COMO RELACIÓN DE DOMINACIÓN/SUBORDINACIÓN

Nuestro análisis, parte ahora, del instante en que el ser humano se introduce al mundo social; ¿dónde quedarán sus anhelos, instintos, su eterno deseo de imponerse y dominar? Estos no desaparecen, sólo han adquirido externamente otra fisonomía, buscar nuevos canales de expresión le da al ser humano la posibilidad de expandir su naturaleza sin riesgos mayores.

La política, es sin duda, el canal preferido de los seres humanos para satisfacer su natural inclinación a dominar. La historia nos ha demostrado que el fenómeno político se entrelaza directamente con el poder, sobreviniendo el llamado poder político; las grandes figuras políticas son coincidentemente aquellas que han logrado acumular para sí un fuerte poder social. Habremos de ver cómo esto implica una jerarquización y una relación de dominación-subordinación. El líder político, o el soberano requieren de un vasto número de subordinados que los legitimen, Maquiavelo no es ajeno a esta idea como veremos, aseverando que el pueblo es en última instancia el soporte de un gobernante.

El término poder, pensado en abstracto, tiene una amplia gama de connotaciones; pues lo mismo puede aplicarse a situaciones físicas, que a económicas, sociales o políticas. En el fondo, como dice Weber es “... la probabilidad de imponer la propia voluntad dentro de una relación social, aún contra toda resistencia.”³⁶ El poder, por consiguiente,

³⁶ Weber, M. Ibid. p.43.

es un concepto de naturaleza indefinida, alrededor del cual giran las voluntades humanas en lucha constante por imponerse. Naturalmente, la imposición de una voluntad trae consigo la subordinación de otra, u otras; es así como el poder deriva de manera necesaria en una jerarquía, que termina por polarizar las relaciones sociales.

La mayor parte de los escritos sobre política parecen suponer la conjunción política-poder; Maquiavelo, al igual que Weber cuando se refieren al tema del poder es el poder político en específico el que les interesa, confirmando así la sentencia de Bobbio: “... política y poder forman un binomio inescindible. El poder es la materia o la substancia fundamental del universo de entes que llamamos política.”³⁷ Para comprender la interdependencia entre política y poder, así como su concreción social habremos de detenernos a estudiar esta relación.

El poder político, especifiquemos, es algo más que imponer la voluntad sobre otros, pues varía substancialmente el poder que ejerce un padre sobre su hijo, o un patrón sobre el trabajador. En el ámbito político hablamos de la posibilidad de que un sujeto lleve a cabo un precepto y lo obedezca de forma eficaz, dentro del orden en vigor; tal acto debe provenir, en algún grado, de la voluntad del sujeto de otra forma el dominio político sobre de el sería esclavitud, y como Weber señala, a esto no puede denominarse en estricto orden social.

En los *Discursos*, Maquiavelo confirma la inherente necesidad humana de dominar, no sólo a otros individuos sino, en un nivel social, a otras ciudades: “... si los humanos se contentaran con vivir de lo suyo y no procurasen mandar en otros [no habría disturbios] ... pero no siendo posible defenderse de la ambición humana, sino siendo poderosos, es indispensable ... dominar a los que se opongan al engrandecimiento de la ciudad.”³⁸ El poder, es así, sinónimo de dominación y control de unos humanos sobre otros.

El poder político, sin embargo, no se agota en una relación de dominación, aún debemos esclarecer cómo en algunas de sus variantes se liga al concepto de fuerza, y cómo de esta unión puede surgir la legitimidad.

³⁷ Bobbio, Bovero. *Origen y fundamentos del poder político*. p.37.

³⁸ Maquiavelo, N. *Disc. Lib. I. Cap. I* p.62

Remontándonos a los pensadores clásicos, encontramos que, Aristóteles al referirse al poder político lo define como una relación esencialmente contrapuesta que se establece entre seres humanos; se dice, una comunidad nace políticamente: "... *en el momento en el cual el conjunto se organiza y forma con la aparición de una función o papel unificante, se polariza en dos figuras contrapuestas y correlativas de los gobernantes y gobernados, mostrando la propia estructura o articulación en una relación específica: mandato-obediencia.*"³⁹

El poder político gira, entonces, en torno a una serie de binomios que le definen como: gobernante-gobernados, dominador-dominados, príncipe-súbditos, siendo la asimetría su característica definitoria; así mientras tu controlas, yo soy controlado, ellos deciden, yo asumo. Sin embargo, esto no es tan maniqueo como a simple vista parece, en un orden político se establecen lazos entre los partícipes con tal de hacer comprensible y aceptable la dominación el dominio determinado.

El conflicto social entre los opuestos lleva a unos a dominar, otros a ceder, y a unos más a repeler; pese a ello la conciliación se ha podido dar, pues los gobiernos han subsistido. Maquiavelo, para algunos, es uno de los teóricos en quienes la política gira precisamente, al rededor de los opuestos:

*"Tal vez más que ningún otro pensador Maquiavelo percibió la historia del ser humano como una gran arena de contienda y distensión, engaño y traición, superados sólo por actos individuales y colectivos de heroísmo y autonegación"*⁴⁰

Por lo tanto, las sociedades perduran, y superan el conflicto cuando los subordinados otorgan su consentimiento tácito o no, para ser dirigidos; sacrificándose, inclusive así mismos por la preservación de un orden, la Antigüedad da a Maquiavelo un sin fin de ejemplos heroicos a los cuales el autor agrega un sentido eminentemente cívico. Asimismo, puede asegurarse, como lo hace Anthony Parel, que en Maquiavelo se ve como la violencia individual destruye, y ella misma contiene una dinámica que hace a la colectividad ser constructiva, compensando esa debilidad; nadie puede negar que las guerras son paradójicamente tiempos de creación.

³⁹ Bobbio, Bovero. Ibid. p.43.

⁴⁰ Paarel, A. *The political calculus*. P.40.

Florenia, fue sin duda víctima de individuos que quisieron destruirla, más los *ciudadanos* impidieron que sucediera. Las relaciones de dominación, a pesar de crear una jerarquización social no deben catalogarse, al menos en el ámbito político, como secuela de la ambición humana, más bien las relaciones de dominación son prueba de la capacidad humana de conciliación; asumir un orden social es ante todo subordinarse, ceder. La violencia, obediencia y gobernabilidad dibujan de pronto nuestro rostro político y más aún, nuestro rostro humano.

Las sociedades, han aceptado el poder político en todas sus líneas: dominación, subordinación, fuerza, pues ello les ha dado cohesión; la fuerza será en especial quien determine en gran parte el rumbo político de una sociedad. Esto nos obliga a comprender como puede mantenerse fluctuando entre los extremos: se requiere para sostener un gobierno, pero pone en peligro al gobierno que la emplea.

Maquiavelo, presenta a la fuerza en un apartado que sobresale, veamos: “... *Ningún hombre sabio censurará el empleo de algún procedimiento extraordinario para fundar un reino u organizar una república; pero conviene al fundador que cuando el hecho le acuse, el resultado le excuse, y si éste es bueno (...) siempre le absolverá. Digna de censura es la violencia que destruye, no la violencia que reconstruye.*”⁴¹ Legitimar la violencia, no es ahora nuestro tema principal, sin embargo se halla a lo largo de sus textos, siendo necesario acotar que es la última ratio del poder político.

Maquiavelo, bien sabe, que la fuerza es el elemento garante del poder, sin embargo siempre insistirá en exaltar al pueblo como genuino sostén de cualquier gobernante:

*“Hay diversas formas de que un ciudadano llegue a ser gobernante, puede serlo, sin maldad, ni violencia alguna ... [con] el favor y la asistencia de los ciudadanos no es necesario para conseguirlo, ni gran fortuna, ni verdadero genio, sino refinada astucia. Se alcanza, o por el favor del pueblo o por el de los magnates... [pero] el cariño del pueblo es para un príncipe absolutamente necesario, por ser en la adversidad su único recurso.”*⁴²

Por eso, dirá, quien tenga el poder de una república o un reino ha de tenerlo con el favor de aquellos a quienes gobierna, como dice Bobbio no basta el poder de hecho, sino

⁴¹ Maquiavelo, N. Princ. Cap. IX. P322]

tener el derecho, situación que sólo puede darse a través del reconocimiento mutuo en las relaciones políticas: “... *en los estados donde sólo gobierna un príncipe y los demás son siervos, tiene el primero mayor autoridad, por que todos los habitantes se reconocen como único señor; y si obedecen a otros es por ser ministros o gobernadores sin tenerles particular afecto.*”⁴³

La fuerza, por sí sola, nunca bastará para retener el poder, el derecho de mando, piensa el autor, debe tener un fundamento perdurable, como lo es el consentimiento de los gobernados. Fundar un Estado no es tarea fácil y menos aún conservarlo, mas los cimientos pueden predecir el futuro que habrá de tener cualquier empresa; por lo tanto la dominación debe ejercerse desde una base sólida, que redunde en una entidad política de larga vida, cuya legitimidad este por encima de cualquier sospecha. La legitimidad real es el verdadero cimiento de un régimen virtuoso, como veremos, lo cual lo hace deseable frente a otro.

III.- EL FUNDAMENTO DE LA LEGITIMIDAD POLÍTICA

La teoría política, en casi todas sus vertientes, se ha visto impelida a dilucidar, el porqué existen relaciones de poder, y cual es su fundamento, al autoerigirse como rectoras de una comunidad; tales interrogantes nacen al no ser connatural al ser humano estar subordinado, sino en la medida de su socialización.

Por ello, quienes detentan el poder se ven obligados a justificarse ante los otros, del mismo modo los pueblos necesitan explicaciones de la subordinación a la que son sometidos; para algunos teóricos cuando el ser humano pierde la fe en Dios se ve en la encrucijada de dar razones para dominar a sus semejantes: “... *en todas las comunidades llegadas a un nivel medio de cultura, la clase política justifica su poder apoyándolo en una creencia o en un sentimiento generalizado aceptados en aquella época y en aquel pueblo.*”⁴⁴ Naciendo con ello la posibilidad de legitimar el dominio político.

⁴² Maquiavelo, N. Princ. Cap. IV p.311

⁴³ Maquiavelo

⁴⁴ Gaetano Mosca citado por Bobbio, N. en *Origen y fundamentos del poder político.* p. 20.

La legitimidad se convierte dentro del campo político, en un concepto transformador, es así como la fuerza *per se* deja su brutalidad y se convierte en autoridad; de la misma forma el poder de hecho se hace legítimo. Un poder legitimado en la sociedad se traduce, como certidumbre, confianza y seguridad de los subordinados hacia el poder superior. La permanencia de un orden, y de un gobernante, al fin y al cabo, se sustenta en la legitimidad derivada de sus integrantes.

Hemos visto, como el poder político debe ser justificado ante quienes lo sustentan, a ello hemos llamado la legitimidad del poder, en lo sucesivo analizaremos la estructura de éste, con tal de sopesar su efecto real sobre la sociedad que lo sustenta. Después de todo, los mecanismos del poder nos pueden explicar sus reales atribuciones, y sus posibles responsabilidades.

Toda acción en términos llanos cumple un cometido, es decir lleva en sí misma un sentido que le ha dado su autor; en un plano general las acciones de los individuos deben compartir ciertos patrones, de tal manera la armonía social se ve orientada por máximas que anteceden la propia acción, en ese momento se puede decir: se ha generado un orden.⁴⁵

La existencia de un orden social, es la condición indispensable para erigir la legitimidad; sin embargo, la presencia de un orden no es suficiente para consolidarla, recordemos que la voluntad humana es muy dada a la veleidad. Un orden, claramente, no subsistiría si tan sólo dependiera del estado de ánimo de sus congregados, por lo cual la legitimidad se ve precisada a establecer un orden que sea obligatorio en algún grado.

Por ello, las máximas que orientan la acción social deben ser consideradas como obligatorias o al menos como modelos de conducta para todos⁴⁶, dándose entonces la validez del orden, y la legitimidad.

Un orden válido, es considerado legítimo en el momento que es calificado como lo que "debe ser", con posibilidades reales de perdurabilidad.

La legitimidad, para comprenderse mejor, ha de percibirse como un ser bifocal, en el sentido de contener dos focos rectores, uno de carácter objetivo otro subjetivo. El aspecto objetivo o externo de la legitimidad, se centra en ser quien otorgue al poder

⁴⁵ Weber, M. Ibid. p. 172

político la posibilidad de emplear la coacción física, recordemos que Weber otorga el monopolio de la fuerza al Estado, máxima expresión del poder político.

La coacción física implica, no solo que sus detentores legítimos, pueden emplearla, sino más aún, que deben hacerlo en un momento determinado, a fin de preservar el orden establecido.

La autoridad, por tanto, en un régimen deber ser acorde a los principios que le dieron su legitimidad y validez no pudiendo ir más allá de ello. *“Es de suyo evidente que en las asociaciones políticas no es la coacción física el único medio administrativo, ni tampoco el normal. Sus dirigentes utilizan todos los medios posibles para la realización de sus fines. Pero su amenaza y eventual empleo es ciertamente su medio específico y en todas partes la última ratio, cuando los demás medios fracasan.”*⁴⁷

Se puede decir, que una autoridad legítima tiene una fuerza no tangible, aun mayor que la física, tal fuerza superior le vienen de quienes le delegaron su propia capacidad sancionadora, otorgándole el privilegio de ser el receptáculo del poder.

Asumir por tanto, un orden válido o legítimo conlleva un “convencimiento” de ser preferible, conveniente, interesante, el único, el mejor, etcétera; pues *“... la absoluta carencia de una relación voluntaria sólo se da en los esclavos (...) [y] la obediencia a una dominación (...) está orientada primariamente por la creencia en su legitimidad.”*⁴⁸

La creencia en la legitimidad, constituye lo que hemos dado en llamar la parte subjetiva o interna, sin ella no se sería posible la obediencia efectiva de los involucrados, es entonces: *“... la acción de quien obedece transcurre como si el contenido del mandato se hubiera convertido, por si mismo, en máxima de su conducta; y eso únicamente en méritos de la relación formal de obediencia”*⁴⁹. El análisis del poder político, no puede por lo tanto, restringirse a su aspecto solamente externo, sino que ha de adentrarse en los más profundo de la conciencia haciendo de la obediencia de los destinatarios del poder, no una pura y simple observancia externa, sino una aceptación interna. La obediencia, por

⁴⁶ Weber, M. Ibid. p. 44

⁴⁷ Ibid. p 171.

⁴⁸ Weber, M.

⁴⁹ Weber, M. p 29

consiguiente, es efectiva cuando es producto de un mutuo reconocimiento entre dominados y dominador.

Dado que son las creencias los fundamentos para organizar un sistema político válido, es importante que la legitimidad logre en la sociedad estrechar los vínculos de dominación, a través de creencias que hagan de la sumisión una actitud voluntaria, Bobbio asegura, refiriéndose a la aceptación del poder: “... *la sola fuerza no es suficiente pues es necesario que la fuerza sea acompañada o precedida de razones.*”⁵⁰

Por último, debemos destacar, que la legitimidad no se empata con ningún régimen en particular, sino contrario a ello los regímenes han generado diversas formas de legitimidad. Dependiendo del tipo de creencia, del sentimiento interno, que las sustenta podemos hablar de legitimidad racional, tradicional, o carismática.*

A fin de poder más adelante, identificar el tipo de legitimidad que se encuentra en los textos de Maquiavelo, así como las legítimas prerrogativas de un gobernante, habremos de explicarlas de forma somera.

Una dominación legítima de tipo racional tienen en su base la creencia en la legalidad de ordenaciones, dándose una autoridad de tipo legal.

La dominación tradicional, se conforma a partir de la creencia cotidiana en la santidad de las tradiciones que rigieron lejanos tiempos, manejándose por medio de una autoridad tradicional.

Por último, la dominación legítima carismática se da en la entrega a la santidad, heroísmo, o ejemplaridad de una persona y a sus ordenaciones; dándose una autoridad que descansa en el carisma del personaje.

Cada legitimidad tiene rasgos específicos que generan en la realidad una figura de autoridad diferente, es así como la legitimidad legal delinea una autoridad totalmente impersonal, mientras la legitimidad carismática personifica de lleno la autoridad. Sin embargo, sea cual sea la legitimidad de un orden todas ellas pueden darse históricamente en un espacio político, resta a los analistas, dice Weber, descubrir cual prevalece en el instante de su acercamiento.

⁵⁰ Bobbio, Bovero. p.26

* Weber, M. En *Economía y Sociedad*. EL autor hace ésta clasificación de los tipos de legitimidad. p 36-42.

La legitimidad, en conclusión, da al poder político el espacio de acción que necesita para su aplicación en una asociación política. Al darle la posibilidad de la coacción física también le dota de obligatoriedad, pero la coacción física y la obligatoriedad no servirían para fincar la autoridad política sin el sentimiento interno. La legitimidad, por consiguiente, depende en última instancia de la creencia tradicional, sentimental, legal.

En un sentido, la estructura legitimadora del poder creada por Weber, fue ajena a Maquiavelo, puesto que teóricamente no le ocupa. Sin embargo, en sus trabajos la conciencia de legitimar el poder está implícita, lo cual veremos en algunos párrafos, destacando que éstos nos llevará a enmarcar los límites del poder político, y a demostrar que en Maquiavelo hay una vertiente de su obra en donde es posible identificar el discurso moral del autor al lado de uno político.

IV. LA LEGITIMIDAD DEL PODER POLÍTICO EN EL PENSAMIENTO DE MAQUIAVELO

En los textos maquiavelianos, como ya se ha mencionado, los gobiernos monárquicos y republicanos son los dos sistemas manifiestos, éste último es de hecho el gobierno ideal para nuestro autor. Una Florencia republicana es para él su gran sueño, sin embargo, también es un realista y sabe que no todos los pueblos son aptos para gobiernos en donde las leyes, y el bien de la Ciudad son respetados, anteponiendo el bien común al personal.

Pese a ello Maquiavelo establece, que una república o una monarquía detentan su legitimidad en un único elemento: el pueblo. La voluntad del pueblo para vivir de tal o cual forma no es algo que deba soslayarse, por eso aconseja a un príncipe ser sabio y bueno, pues así nunca requerirá de fortalezas que obliguen a los súbditos a vivir en unión. El poder, por lo tanto, no debe fincar en las fortificaciones físicas sino en el amor de sus súbditos,⁵¹ pues nada hay más fuerte que esto.

⁵¹ Maquiavelo, N. Disc. Lib. II Cap. XXIV p. 203.

Tener el favor de los subordinados es indispensable para quien tiene el dominio político, Maquiavelo afirma, que en tiempos de peligro no hay poder más importante que este,⁵² y un gobernante sobrevivirá si el pueblo lo decide.

La república, desde luego también debe sostenerse legítimamente sobre del pueblo, pero este debe ser un pueblo virtuoso, es decir debe contar con ciudadanos disciplinados bajo los valores cívicos. Maquiavelo, como sabemos, se encuentra convencido de la interrelación entre un pueblo corrupto y un poder absoluto; un pueblo virtuoso y una república. Los pueblos, como la Florencia del siglo XV le hacen afirmar, que el poder absoluto ha de imponerse a los pueblos en donde la corrupción de las costumbres no tiene freno.

Recordemos que la legitimidad, no es sólo tener el sostén del pueblo, pues el poder político requiere ser soportado sobre una creencia subjetiva, condición que augura un poder político ejercido con plenitud de facultades. En el pensamiento de Maquiavelo, son observables, al modo weberiano, la legitimidad a la par de una creencia, siendo la legitimidad de tipo racional la tendencia más fuerte y como sabemos ésta erige autoridades de tipo legal.

En los *Discursos*, el autor muestra una gran confianza en las leyes, tanto que no duda en afirmar, que un pueblo con “buenas” leyes puede sentirse dichoso: “... *puede llamarse feliz una república donde aparece un hombre tan sabio que le da un conjunto de leyes, bajo las cuales cabe vivir seguramente sin necesidad de corregirlas...*”⁵³ Dos cosas destacan en esta cita, una la seguridad que dan las leyes bien elaboradas y segundo que éstas sean creadas por un hombre “sabio”, lo cual en suma son sinónimo de un Estado perdurable. Ambas cosas, en relación a la legitimidad son la legalidad y el carisma, un orden por consiguiente no sólo necesita leyes, sino un ser con dotes de estadista.

En *El Príncipe*, hacia la parte final se confirma esta idea, es así que se dice respecto al fundamento del poder: “... *ya hemos dicho que todo príncipe debe procurar que los fundamentos de su poder sean buenas, pues de lo contrario necesariamente se arruina. Las principales bases de todos los estados, nuevos, antiguos o mixtos, son las buenas leyes y los buenos ejércitos, y como no puede haber buenas leyes donde no haya*

⁵² Maquiavelo. N. Disc. Lib. I. Cap. XXXII p. 109.

*buenos ejércitos...*⁵⁴ Las leyes son, sin temor al error, la parte medular de un Estado en la teoría maquiaveliana, hemos de agregar y analizar ahora un elemento más, el uso de las tropas que aparece como condicionante de un Estado.

Condicionar las buenas leyes a las buenas tropas, debe llevarnos a reflexionar en esta unión directa que se hace entre autoridad y legitimidad, pues se nos dice implícitamente que se necesita de la fuerza para sostener un sistema político, lo cual no es una idea suelta o de rara expresión en la obra de Maquiavelo, sino que es constante y decisiva en su posición política.

Una vez que ha establecido la interrelación poder-fuerza-ley, puede juzgar agriamente a Jerónimo Savonarola a quien tilda de “profeta desarmado” al no haber empleado la fuerza cuando las palabras no eran suficientes para convencer⁵⁵ El uso de la fuerza física es inequívocamente parte del actuar político.

No obstante, al reconocer que la fuerza es un medio para consolidarse en el poder, no le lleva a justificar utilizarla de forma continua, de forma contraria es consciente de lo riesgoso que resulta su empleo: “...[Por] *la fuerza fácilmente [se] adquiere dominación, pero no da la fuerza; y es notorio que el dictador, cuando llegó a serlo por nombramiento y no por autoridad propia, siempre hizo bien a Roma perjudican a las repúblicas las magistraturas creadas y la autoridad concedida por procedimientos extraordinarios; pero no si lo han sido conforme a las leyes*”⁵⁶ La fuerza por sí misma, insistirá el autor no puede dar el poder legítimo a nadie, el marco legal es el punto donde se encuentran y separan un gobernante legítimo y uno impuesto; la legitimidad requiere, no lo olvida Maquiavelo, un consentimiento.

La naturaleza humana, sin embargo no logra el equilibrio fácilmente, ni en la justicia, ni en la legalidad, así que hay momentos en que el único modo de seguir gobernando es infringiendo el régimen predeterminado, aún contra la propia legalidad, mas esto debe hacerse con sumo cuidado, aquí cruza la línea de la Razón de Estado pero también el de la represión y la ingobernabilidad.

⁵³ Maquiavelo, N. Dic. Lib. I Cap. II. P. 64.

⁵⁴ Maquiavelo, N. Princ. Cap. XII. P. 328.

⁵⁵ Maquiavelo, N. Princ. Cap. VI. P. 314-315.

⁵⁶ Maquiavelo, N. Disc. Lib I Cap. XXXIV p. 112.

Maquiavelo es muy cauto al “recomendar” el uso de la fuerza, sabe que sobrepasar la legalidad tiene costos, puede incluso ser el signo más evidente de la pérdida del poder legítimo, un soberano debe estar consciente de éste peligro: *“... empiezan a perder el trono cuando empiezan a quebrantar las leyes, y los antiguos usos y costumbres, con los cuales han vivido los hombres largo tiempo...”*⁵⁷ Vivir bajo las leyes es sin duda más fácil que contrariarlas.

La legitimidad, en conclusión, sea racional o carismática debe fundarse en un pacto entre seres libres, adheridos a una misma forma de gobierno por voluntad y donde la jerarquía de poder es aceptada e introyectada.

El uso del poder en forma “extraordinaria” habrá de dejarse para casos límite, siendo esta la Razón de Estado a la cual nos adentraremos, baste con concluir por el momento que la legitimidad se sostiene en la creencia y la posibilidad de la coacción del ciudadano, siendo el uso de la fuerza el hilo por el cual puede romperse un orden socio-político, aunando a su esfera de acción un sesgo que bien puede ser valorado moral o éticamente en tales casos se pueden desbordar los límites de la legitimidad del poder político. Habremos de acercarnos en este mismo sentido a Maquiavelo en quien podremos develar una inimaginable vertiente de responsabilidad, con la consecuente negación de su amoralización histórica de la política.

⁵⁷ Maquiavelo, N. Disc. Lib. II. Cap. IV, p. 227.

CAPITULO TERCERO

LA RAZON DE ESTADO Y EL USO DE LA FUERZA

“--- Pero el héroe tiene además otra función - continuo Fraizer- Cimentar apoyo, acumular poder. Es la función peculiar y extraordinaria del héroe déspota. Los poderes militares, económicos y religiosos de la acción le son conferidos mediante la lealtad o la sumisión... El Estado es el poder, y el héroe es el Estado. ¡Vaya programa político más deficiente! Es cierto que muchos Estados no habrían salido a la luz a no ser por los esfuerzos del líder. La estructura es en ese sentido natural... pero siempre que se trate de formas primitivas de gobierno. Aquí hemos ido más allá de la necesidad de personalización...

Una sociedad que funciona por el bien de todos no puede tolerar la aparición de figuras individuales. El principio del liderazgo a la larga siempre ha fracasado.

Walden Dos B.F. Skinner.

LOS PUNTALES DEL ESTADO MODERNO

El poder político, se ha dicho, tienen en sí mismo una lógica que le impulsa a buscar su legitimidad ante quienes se impone; al mismo tiempo crea una estructura en donde se reconocen el dominador y el dominado: el Estado. La acción política, no olvidemos, sólo puede comprenderse y sopesarse dentro de un espacio público, el Estado por consiguiente, es el área común en donde coinciden los gobernante y los gobernados.

El establecimiento del Estado dentro de una sociedad se inicia en el momento en que el poder político busca materializarse, es decir cuando éste se hace presente de forma efectiva sobre los gobernados, desde luego adquiere peculiaridades que adquiere del propio entorno en donde se desarrolla.

Weber, al teorizar acerca del Estado, lo determina por medio de conceptos que a la larga son considerados como inherentes al propio poder político: duración, continuidad y territorialidad.⁵⁸

⁵⁸ Weber, M. p. 45.

El poder una vez institucionalizado requiere, por un lado, ser duradero pues su consolidación no es posible si no demuestra ser fuerte para permanecer gobernando por un lapso considerable de tiempo; un Estado duradero es la clara diferencia entre un poder político estable y una gavilla de ladrones que toman por asalto una región.

Por otra parte, la continuidad de un Estado se da cuando éste demuestra ser la mejor forma de organización social, manteniéndose por un amplio periodo, de la misma forma asume su legítimo derecho a repeler a aquellas facciones que pretenden usurpar su potestad suprema.

La capacidad del Estado para mantenerse más allá de una época es desde luego la continuidad, es así como la previsión de medios y mecanismos le lleva a autorregenerarse una y otra vez, sabiendo bien que su esencia radica en esta posibilidad de perpetuar el orden erigido. Sin embargo, el poder político, no puede ser solamente valorado por su capacidad de regenerarse a sí mismo o de imponerse, sino en estricto sentido, por su alcance real, de ahí la importancia de un territorio en donde la relaciones de dominación sean efectivas.

El Estado, en consecuencia, requiere para su dominio un espacio geográfico en el cual se preestablece una normatividad siendo posible su continuidad y durabilidad. Más allá de las circunstancias un Estado se sostiene sobre tres puntales: continuidad, duración y territorialidad sobre los cuales se finca la competencia legítima de una autoridad.

La teoría weberiana sobre el Estado moderno refleja la antigua transición que sufrió esta entidad política antes de poder diferenciarse de otras formas de organización; tendremos oportunidad de seguir este proceso para finalmente conocer cuál es la función legítima del Estado y de sus detentadores, enmarcando su espacio de acción inequívoco. Maquiavelo, reconocen los teóricos de la política, es pionero en la conceptualización del Estado Moderno, como veremos el esquema maquiaveliano del Estado no difiere en esencia del de Weber, el cual también nos conducirá a encuadrar las líneas legítimas de la acción política y el espacio de la Razón de Estado.

La Razón de Estado, adelantemos, es el derecho a conculcar el orden legal de un ente político en aras de un bien superior: el Estado; dicha acción crea, como es de

esperarse, conflictos que pensamos trascienden la esfera política incrustándose en la conciencia humana, lo cual transforma la acción política en acción moral.

I. LA CONFORMACION DEL ESTADO

Maquiavelo, como pensador del siglo XVI, lejos está de vislumbrar la compleja problemática que envuelve al Estado, como lo hiciera Weber; pese a ello, supo plantear las líneas generales para su análisis.

Un poder político *duradero*, como clave para el éxito de un Estado fue algo perceptible por Maquiavelo, insiste en el *Discurso* y en *El Príncipe* que los soberanos pueden formar Estados de larga vida, cuando son cautos al modificar parcial o totalmente el Estado al que pertenecen. La estabilidad, se dice, sólo puede conservarse al reformar gradualmente un organismo político, la transición debe por lo tanto ser asimilada garantizando la permanencia de un sistema político.⁵⁹

Por otra parte, también advirtió la necesidad de una *continuidad* en el ejercicio del poder, considerando que no hay mejor prueba de un gobierno virtuoso que su subsistencia por prolongados periodos. El Rey David, dice Maquiavelo, obtuvo un inmenso poder y vasto reino, sin embargo, no supo asegurar la continuidad del poder: “...*fue sin duda, hombre eminente por su pericia ... dejando a su hijo Salomón un reino pacífico (...) pero éste no lo dejó en iguales condiciones a su hijo Roboam; quien por carecer del valor del abuelo y de la fortuna del padre, apenas mantuvo en su poder la sexta parte del reino*”⁶⁰.

Sobre la territorialidad, Maquiavelo es muy claro pues un Estado puede asegurar su éxito dependiendo del sitio que elija para fundarlo, de hecho la primer parte de que le éxito de un reino o república dependía del lugar donde éste hubiera fundado, de hecho dedica algunos pasajes de el *Discurso* expresamente a éste tema.*

Las francas similitudes entre el concepto de Estado weberiano y el Estado maquiaveliano son testimonio del alcance de la obra del florentino, puntualizando el Estado y el poder político en general requiere ser duradero, continuo y territorial. El

⁵⁹ Maquiavelo, N. Disc. Lib. I. Cap. XLI p 125.

⁶⁰ Maquiavelo, N. Disc. Lib I. Cap. XIX p. 96.

* Maquiavelo, N. Disc. Lib I. Cap. I. p 62

Estado, a nivel conceptual, se percibe desde las tres líneas marcadas, sin embargo, para completar su significado desde una visión histórica. La génesis del Estado viene a ser en nuestro análisis el punto de intersección entre la teoría política y la práctica política.

II. LA CENTRALIZACIÓN DEL ESTADO

La historia moderna fue generadora del Estado-nación, cuya raíz se puede encontrar hacia los albores del Renacimiento. En aquellos tiempos Italia se encuentra fragmentada en diversos territorios: reinos, repúblicas, ducados y estados pontificios la cruzan, entre estos grupos se dan pugnas por adquirir mayor poder. La inestabilidad era para entonces el signo común de Italia, la constante lucha por la supremacía impide a las regiones crecer al grado de poder homogeneizar los intereses de la región.

Unificar el rompecabezas geopolítico, en que se había convertido Italia y toda Europa, es para los pensadores renacentistas un ideal que comparten sin duda. Maquiavelo, desde luego se encuentra en esta misma línea, él puede percibir la situación de un modo integral, pues su desempeño como Secretario de la República florentina le da la posibilidad de conocer físicamente las ciudades más importantes de Europa; es así como los acontecimientos políticos forman su materia prima de análisis. Los acontecimientos que vive junto al estudio de los sucesos antiguos crean en la mente de Maquiavelo un visión conjunta de los hechos políticos.

En su labor como Secretario, se convence de una verdad indubitable: la unificación es sinónimo de poder; sabe por experiencia que la solidez de reinos como el de Francia o España se debe a la unión de los diversos grupos de poder o al menos de la capacidad de uno de ellos para imponerse sobre los otros. Italia, desde luego, estaba muy lejos de parecer una región uniforme, por el contrario la dispersión interna iba en crecimiento constante y su supervivencia política más difícil.

Maquiavelo, por lo tanto no titubea al decir, Italia debe lograr ser una nación fuerte a corto plazo, de otra forma será presa de los reinos que la acechan; para el autor la emergencia política no debía reparar en la forma de gobierno: república o monarquía.

Sin embargo, la división interna, no sólo podía provocar la invasión de un reino poderoso, sino que, en la cotidianidad debilitaba a las ciudades, recordemos el caso de la

Romaña y de su confusa situación al ser invadida por Borgia: “*Cuando Cesar Borgia se apoderó de la Romaña la gobernaban muchos pequeños príncipes, más afanosos de robar a sus súbditos que de gobernarlos, de desunirlos que de hacerles vivir en paz. Abundaban pues en aquella provincia los latrocinios y las facciones la infestaban, que se entregaban a toda clase de excesos.*”⁶¹

Maquiavelo se ve precisado a determinar, que una Ciudad tan desintegrada en su interior no puede menos que alegrarse de ser dominada por un hombre virtuoso que le da la unidad que no tiene. Para el autor, Italia se encuentra en la alternativa de destruirse o ser conquistada al no conseguir su fortaleza en la unidad.

Reflexionando en torno a este asunto se pregunta el autor ¿por qué no ha sido posible el fortalecimiento definitivo de Italia? Esta es una inquietud que altera la conciencia de Maquiavelo, ver en su derredor reinos fortalecidos le hacen añorar los tiempos del gran Imperio Romano; en la búsqueda de respuestas encuentra una primer vertiente explicativa del acontecer político de su patria, dirá, es el poder eclesiástico quien ha generado en gran parte la situación de inestabilidad de Italia.

El papado, afirma Maquiavelo, no ha sabido capitalizar su poder en pro de una integración regional en donde la unidad se diera por consecuencia obvia. Contrario a esto, ha dejado el destino de la región a la deriva, sin retirarse ni avanzar cuando podía hacerlo, en cambio ha formado goza de los privilegios de los Estados: “... *sin defenderlos y de súbditos sin gobernarlos (...) Tales principados son los únicos tranquilos y felices. Regidos por preceptos tal altos que la mente humana no los alcanza, dejaré de hablar de ellos [dirá Maquiavelo] Pues formados y mantenidos por Dios, sería presunción y temeridad criticarlos.*”⁶²

En un tono claramente irónico manifiesta su malestar respecto a una institución pretendidamente espiritual, pero poseedora de un poder terrenal del cual no se responsabiliza; en suma, la Iglesia no toma sus deberes socio-políticos cabalmente. Maquiavelo juzga la presencia de la Iglesia sobre Italia como desastrosa, pues, dirá, ha provocado la irreligiosidad, la falta de respeto a las costumbres, la corrupción, y la incongruencia. Todos estos males son para Maquiavelo imperdonables, pero lo es todavía

⁶¹ Maquiavelo, N. *Princ.* Cap. VII p.317.

más el haberla habituado a la desunión, pues, afirma: "... lo que ha ocasionado nuestra ruina consiste en que la iglesia ha tenido y tiene a Italia dividida ... la causa de que Italia no se encuentre en el mismo caso [de España o Francia] de que no tenga un sólo príncipe que la gobierne, consiste en la Iglesia..."⁶² Después de todo, detentar el poder político requiere contraer obligaciones, sin embargo, la Iglesia no estuvo dispuesta a adquirirlas.

La Iglesia, en consecuencia, debía optar, o se imponía como poder supremo en Italia y lograba así la unidad regional; o cedía su poder, tomando un lugar dentro del nuevo esquema jerárquico. Pese a lo deseado, la Iglesia no toma ninguna de estas dos vías, su aparente neutralidad política llevan a Maquiavelo a evidenciarla, al decir, después de todo como puede pensarse que un organismo eclesiástico genere unidad social y política, si no han podido detener su propia autodestrucción.

El abandono de los preceptos primigenios del cristianismo son la prueba, que Maquiavelo ofrece, para comprobar el grado de descomposición que sufre la institución eclesiástica; siendo Italia, tan sólo reflejo de los vicios del clero, la corrupción, el desapego a lo verdaderamente cristiano, así como la inmoralidad se habían vuelto para los ciudadanos parte de lo ordinario. La unidad, por consiguiente, no podía esperarse de un organismo, que si bien contaba con el suficiente influjo para lograrlo, no tenía la capacidad real para llevarlo al cabo.

Sin embargo, la Iglesia no fue la única facción dañina para Italia, el poder de las nobleza representó una fuerza social, que demostró ser determinante en el rumbo político de la misma. Para ello, como señala Skinner, basta examinar como las familias aristócratas se apoderan de extensas provincias disputándose a menudo su posesión. La ambición territorial y política de estos grupos impide, desde luego, la institución de un principio unificador, pues ello implicaría la subordinación de unos grupos a otros.

La unidad, en conclusión, no es posible desde el cuerpo eclesiástico y menos aún desde los grupos sociales dominantes, resta a Maquiavelo intentar la renovación de las relaciones de poder; casi intuitivamente, pugna por recuperar el sentido pleno del poder político, es decir, como fuerza que se hace efectiva imponiéndose y conciliando en lo

⁶² Maquiavelo, N. *Princ.* Cap. XI p.326

⁶³ Maquiavelo, N. *Disc.* Lib. I Cap. XII p.85.

posible las contradicciones individuales o sociales, requiriendo para tal efecto su espacio legítimo.

Usando un término maquiaveliano, el poder debía ser “recogido”, es decir tenía que ser fortalecido y unificado, arrebatándolo a los grupúsculos sociales de una vez por todas; el medio más seguro para preservar un proyecto de esta envergadura, piensa el autor, es maniar las facciones amenazantes como solía hacerse en la Antigüedad.

Es por eso, que hacia el Renacimiento, la disolución de los aún subsistentes poderes feudales llegó a ser condición insoslayable para la regeneración del Estado-nación, el poder político necesitaba como nunca ser nuclear, siendo su unicidad su objetivo esencial. La centralización del poder resultó ser, no sólo la condición para la creación de un territorio político, sino que, la propia lógica del poder lo llevó a enfrentarse a los grupos que aún guardaban la esperanza de consolidarse en el poder.

Maquiavelo, conocía los mecanismos del poder, por ello, recomienda a quien desee conservar una república o un reino recién conquistado, se asegure de que aquel a quien despojo desaparezca, pues de otra forma vivirá con la incertidumbre de ser derrocado; siendo clara, la relación excluyente que se establece entre los grupos de poder.

Una vez afianzado el poder, dirá el autor, las discrepancias deben ser resueltas por vías legales, los inconformes deben tener la certeza de ser protegidos por las leyes en sus demandas. Maquiavelo vio en la legalidad el soporte universal del poder político y claro está de la legitimidad, pues, un pueblo que no respeta las reglas prescritas o un gobernante que se aleja de las normas del Estado, dirá, puede prepararse para vivir la tiranía, la dictadura o la destrucción, pero no para sostenerse en un Estado de larga vida.

En sus estudios sobre la Roma antigua descubre que la unidad de la fuerzas sociales son el signo del poderío, por lo cual se atreve a decir, que sería preferible ver a Italia dominada en su totalidad por el poder papal o imperial, y no debilitada en un conflicto sin solución. Finalmente, pone su confianza en la probable evolución política de la Ciudad, con temor señala, que un gobierno monárquico puede ser por el momento el gobierno garante de la unidad, habiendo en el futuro la posibilidad de un gobierno republicano, donde la legitimidad asegure la cohesión social.

FALTAN PAGINAS

55

De la:

56

A la:

creado por la fuerza y debiera sostenerse por la fuerza “⁶⁶ Podemos asegurar, que terrenalizar el poder político es reflejo de la condición realista de Maquiavelo, solamente así, puede dar respuesta a su circunstancia social y política.

Mientras, en sus obras es manifiesta la urgencia de fundamentar el poder político más allá de los organismos establecidos, en Europa se inicia la transformación de los grupos sociales que pugnan por un reacomodo. Desde luego, quienes defienden su derecho divino o real a dominar crean un ambiente conflictivo, la subordinación obligada de las facciones sociales llega hasta el uso de la fuerza.

El uso de la fuerza como recurso político y asidero de la legitimación es tema al que Maquiavelo se aboca marcando el giro moderno del Estado. El poder político, según veremos, comienza por negar la potestad de otros poderes para la toma de decisiones, al anular la razón de los otros para gobernar, se erige como el único poder facultado para dirigir el destino de la comunidad política, e incluso para aplicar la fuerza. El derecho divino o real no serán, en adelante, suficientes para legitimar la posesión del poder político, la fuerza en cambio, se encamina como el medio y sustento del poder del Estado.

Las relaciones políticas, como pudo percibirse, en el siglo XV y XVI renacen en muchos sentidos, su contenido no estaba acorde a las inéditas manifestaciones sociales; para Maquiavelo: la irreligiosidad, amoralidad, y corrupción son signos de una decadencia política. En consecuencia, la secularización del poder, no era algo que pudiera detenerse, por el contrario será avivada desde dos frentes: el primero, en franca oposición al clero; el segundo, dirigido contra los grupos de poder insatisfechos con el sitio que se les asigna, es así como el Estado moderno termina por delinearse.

⁶⁶ Cassirer, E. El mito del Estado. p. 61

IV. HACIA EL ESTADO MODERNO

En Europa, hemos dicho, el poder político se unifica para adquirir fortaleza, y se seculariza para lograr un dominio completo; ambas características le otorgan el derecho de reclamar su potestad por sobre cualquier otro poder, atrayendo hacia sí todas las fuerzas, que en adelante le definirán como Estado. Maquiavelo, desde luego, no es ajeno a esta transmutación de los poderes sociales, él será de los primeros en señalar la urgencia de otorgar autonomía e independencia al poder político. Reorganizando las fuerzas sociales en un mapa acorde a la realidad política.

La institucionalización del poder político, podemos decir, culmina al erigirse como Estado; una vez establecido, se prepara para defender la supremacía social que ha obtenido, siendo reconocido como poder máximo. En dicha defensa, el Estado habrá de demostrar su autonomía, es decir, su capacidad para estar sobre todos los poderes sociales, sin verse nunca por debajo de alguno.

Destruir los poderes menores que se oponen al Estado y sumar fuerzas para crear una entidad política representativa es consigna para la Florencia renacentista. Sin embargo, edificar un poder por encima de los poderes existentes en la sociedad, no resultó una tarea fácil: “... *el reacomodo de las fuerzas es complicado. Los habituados al señorío y a la obediencia de los mandamientos “celestiales” luchan por no perder espacios y posiciones de poder. No están de acuerdo con la existencia de un poder capaz de unificar lo que está desunido.*”⁶⁷ Después de todo, la desunión de las fuerzas sociales había favorecido a los grupos aristócratas y a los clericales, quienes adjudicándose facultades socio-políticas deciden el destino de la comunidad, por ello, es lógico que estos sean adversarios naturales del naciente Estado moderno.

Sin embargo, la resistencia que oponen al la transformación es infructuosa, pues su disolución históricamente estaba determinada; el Renacimiento ya consolidado, muestra una sociedad europea que se ve así misma diferente, las relaciones políticas contienen otras formas de dominación, y los viejos esquemas están desfasados, gobernar por

⁶⁷ Uvalle Berrones, R. *La teoría de la Razón de Estado y la administración pública*. P. 62

derecho de sangre o divino ya no es suficiente, la conciencia humana busca responderse así misma el por qué o por quién debe ser gobernada.

Es así como el poder político, comienza a ser percibido como algo de naturaleza autónoma, es decir, inconfundible con algún otro poder social. Hacia el interior, el poder depositado en el Estado se confirma autónomo, al ser el único autorizado para infligir castigos o tomar decisiones que afecten a los subordinados.

En consecuencia, la autonomía del Estado es el primer intento por crear la esfera legítima del poder social, pues sólo así, puede garantizar en otra instancia su soberanía. La soberanía del Estado, a la par de su autonomía, se manifiestan al no ligarse a grupos de credo o abolengo, a estos se les otorga un lugar en la estructura social; en el Renacimiento, afirman los teóricos, el Estado ha creado estas características que serán su cariz moderno: “ ... aparece [de hecho] como una entidad con existencia autónoma respecto de la sociedad de los hombres. Es el órgano del poder social, poder que también se sitúa por encima de la vida social de todo tipo, se da su autonomía respecto de las formaciones sociales y constituye su nota característica y su toque distintivo como organización moderna.”⁶⁸

Resulta, inadecuado afirmar que Maquiavelo concibe al Estado con la terminología que hemos venido utilizando, pero en esencia maneja los conceptos, por lo cual no es aventurado decir, que percibe el Estado como la concentración del poder político secularizado, con autonomía e independencia de otros centros de poder.

Maquiavelo, es bien sabido por todos, aporta las bases para implantar el Estado moderno, incluso se afirma, fue quien empleó el término Estado, por vez primera en su acepción política. Sin duda, su preocupación por la continuidad política de Florencia, le llevan a pensar cómo puede darse el fortalecimiento político de una Ciudad, y desde luego a la creación del Estado, siendo sus obras producto de ésta inquietud, como veremos, en ellas se perciben no sólo formas de gobierno, sino formas de hacer política, que en concreto nos meten al problema político-moral.

⁶⁸ Córdova, A. *Sociedad y Estado en el mundo moderno*. p. 22

V. MAQUIAVELO Y EL ESTADO

Maquiavelo, al ser Secretario de la República, hemos mencionado, tiene experiencias políticas que le llevan a conformar, precisamente, una posición política a nivel conceptual; es así como en sus textos abarca temas como la unificación del poder, la necesidad de la autonomía para un adecuado ejercicio del poder, o la soberanía del Estado. Todas ellas son para el autor, cualidades de un poderío nacional, así como condiciones insoslayables de un Estado, por lo cual, en ocasiones parece obviarlas concretándose más en demostrar los mecanismos que le dan permanencia. Mecanismos que lo han involucrado siglo tras siglo en la discusión moral del uso del poder, por ahora restrinjamos nuestro análisis al contorno del Estado en términos maquiavelianos.

El Estado, concebido como unidad, hasta donde sabemos y hemos dicho “...es la piedra de toque del pensamiento de Maquiavelo. No es que todo lo explique, ni siquiera es una idea que funde un sistema, pero si por lo menos, el hilo conductor que nos permite ver la unidad de una obra cuya dispersión puede llevarnos a interpretaciones unilaterales y erróneas...”⁶⁹ Cuestión derivada, como hemos dicho, de la fragmentación de la obra maquiaveliana, sin embargo, lo relevante como menciona Cordova es la elevación del Estado como unidad política.

Para Maquiavelo, el Estado debía dar paso a la génesis de la nación, por ello, no le incomoda que éste se vea enmarcado por una estructura republicana o una monárquica. Sabemos, por sus biógrafos, la simpatía que sentía por las instituciones republicanas, sin embargo, encuentra en sus estudios, que hay pueblos a los cuales sólo un sistema monárquico puede llevar a buen fin.

Maquiavelo aduce varias razones para demostrar que hay pueblos en donde una república no sobrevive, dedica un amplio apartado a desentrañar el cómo debe ser una Ciudad y qué tipo de ciudadanos deben habitarla para cimentar una república duradera.

En los *Discursos*, específicamente en el *Libro Primero*,⁷⁰ podemos analizar los criterios del autor para preferir la monarquía en detrimento de la república, tras una larga argumentación, dirá que hay pueblos donde el poder absoluto debe imponerse, y a ello

⁶⁹ Córdova, A. *Ibid.* p. 75

⁷⁰ Véase Maquiavelo, N. Disc. Lib. I Cap. XVIII 94-95 Argumentación sobre los gobiernos monárquicos, que reproducimos en parte.

llama monarquía, tales gobiernos son viables en donde existe un pueblo que no respeta ninguna norma, costumbre o tradición; veamos con más detenimiento los rasgos definitorios de un pueblo al cual sólo queda ser gobernado por una monarquía:

“... supongo un pueblo corrompidísimo, en donde las dificultades son tales, que no baste ley ni reglamento alguno para enfrentar la universal corrupción; pues así como las buenas costumbres se manifiestan con buenas leyes, éstas para ser observadas, necesitan buenas costumbres (...) porque al malo se le gobierna de distinto modo que al bueno.”

Maquiavelo, señala, partamos de la supuesta existencia de un pueblo irrespetuoso a todo tipo de normas, legales o morales; se pregunta entonces, podrá este pueblo variar su forma de conducirse sin crear graves problemas en su constitución interna:

“Respecto a cambiar la constitución de este pueblo de pronto, cuando todos reconocen no es buena, digo que aún advertidos sus defectos, es difícil corregirlos, porque para hacerlo no pueden aplicarse los procedimientos ordinarios, insuficientes y a veces peligrosos, sino apelar a los extraordinarios, a la violencia de las armas, para llegar a ser dueño del estado y disponer de él según la propia voluntad.”

Maquiavelo es tajante, un pueblo en donde la corrupción ha invadido las estructuras sociales no puede dar marcha atrás voluntariamente, siendo realista, acepta la utilización de medios extraordinarios para dominar a ese pueblo, controlando la fuerza del Estado, y desde luego, disponiendo de ella para dirigir el rumbo de la Ciudad.

La corrupción, el desacato a las leyes, la necesidad de aplicar medios extraordinarios, son los signos de un pueblo no apto para disfrutar las bondades de una república, tales defectos la destruirán al fundamentarse en la libertad y el apego a la ley; salvar la cohesión del Estado lleva, al autor, a contravenir todo derecho del pueblo, poniendo sobre éste el bienestar del todo social.

Por desgracia, reencauzar los malos hábitos de los ciudadanos, implica algo más que el empleo de las armas, se necesita habilidad política para dirigir en sentido correcto al pueblo, pues, a menudo, quien se adueña del poder en forma absoluta lo hace para provecho propio, temor presente en la obra de Maquiavelo:

“...La regeneración de las costumbres públicas sólo puede hacerla un hombre de bien, y únicamente un hombre malo apelar a la violencia para dominar un estado,

resulta que rarísima vez querrá el bueno llegar por el mal camino a la soberanía aunque sus propósitos sean excelentes; y menos aún el malvado, convertido en príncipe, obrar bien haciendo buen uso de una autoridad mal adquirida."

Siendo consciente del peligro que implica establecer un gobierno por la violencia; Maquiavelo, prefiere un gobierno de este tipo, que un pueblo infestado por las malas costumbres. Vivir bajo una tiranía siempre será mejor que vivir en medio de la confusión política, moral y religiosa. Donde los principios han sido olvidados o alterados, queda imponerlos, sacrificar la libertad del pueblo y quizá trastocar el orden legal. A sabiendas de ser un republicano, sacrifica su ideal en aras de una nación sana, concluyendo:

"Lo dicho demuestra la dificultad o imposibilidad de conservar o fundar de nuevo una república en una ciudad corrompida. Para organizar un gobierno se debe acudir mejor a instituciones monárquicas, que a populares, a fin de que los hombres cuya insolencias no pueden corregir las leyes, sean frenados por un poder regio, querer hacerlos buenos por otro camino sería empresa cruelísima o imposible."

La anterior argumentación no es para Maquiavelo otra cosa que un espejo de la Florencia del siglo XV, el pueblo corrupto, irrespetuoso e indigno de una república es su patria, por consiguiente la monarquía es la vía para corregir el proceso de decadencia en el que se hallaba sumergida. Maquiavelo, sabía lo importante de renovar las relaciones sociales y las normas, se había convencido con la experiencia que un pueblo en descomposición no puede mantenerse en la unidad.

Concedor de la teoría de Polibio, en la cual se afirma la ley natural de los ciclos históricos conocida como "anacictos", la aplica al estudio sobre el crecimiento y descomposición de las formas de gobierno, en Polibio se encuentra la circularidad constante de la historia, es decir los acontecimientos se suceden cíclicamente. Maquiavelo a diferencia de Polibio, no piensa en los ciclos como una repetición infinita, más bien, concibe una historia que se interrumpe, de ahí que las formas de gobierno no puedan repetirse al infinito, cambiando en ocasiones abruptamente:

*“ pues rara vez [los estados] establecen la misma organización gubernativa, por que casi ningún Estado tiene tan larga vida que sufra muchas mutaciones sin arruinarse, siendo frecuente que por tantos trabajos y por falta de consejo y de fuerza quede sometido a otro estado vecino cuya organización sea mejor. ”*⁷¹

Habiéndose pronunciado, Maquiavelo, en favor del realismo nos muestra un sistema enfermo en donde la disolución se encontraba cercana, la endeble organización política de Florencia le hacen pesar, que ésta será invadida por los reinos cercanos. Maquiavelo, afirma Bobbio, alejándose de la posición polibiana predijo la subordinación de los reinos débiles ante los fuertes, : “ Por ello ... un Estado que cae al nivel más bajo de decadencia [rara vez] tiene la fuerza suficiente para remontarse al punto de partida. El deduce que la solución más probable es que una vez que cae tan bajo se convierta en fácil presa de un estado vecino cuya organización sea vigorosa.”⁷²

El sometimiento de unos Estados a otros dentro del proceso histórico-político siendo un fenómeno natural para Maquiavelo, no dejan de conmocionarlo, en el fondo le preocupa la Ciudad de Florencia, sabe de su relajamiento moral, y de la asechanza de otros reinos, todo ello le lleva a iniciar una campaña en pro del restablecimiento de un orden social que diera fuerza interna a la Ciudad.

Hemos apuntado, anteriormente, que dicho fortalecimiento es posible desde un régimen monárquico, el cual habría de ser guiado por un líder con autoridad regia. La monarquía para el autor sin ser la mejor forma de gobierno es la posibilidad de restaurar las buenas costumbres, dar paso a las virtudes, purificar los preceptos religiosos y otorgar el papel eje a la política dentro de la Ciudad. A Maquiavelo, le sobrecogen las similitudes entre Florencia y la Roma decadente, tanto que no duda en decirlo, urgiendo a los ciudadanos para volver el camino, recuperando las antiguas virtudes que los hicieron imperialistas:

*“... por que donde la corrupción es tan grande que no bastan las leyes para contenerla, se necesita la mayor fuerza de una mano real cuyo poder absoluto , y excesivo ponga freno a las ambiciones y la corrupción ...”*⁷³

⁷¹ Maquiavelo, N. *Disc. Lib. I. Cap. II* p.66.

⁷² Bobbio, N. *Formas de gobierno.* P. 74

⁷³ Maquiavelo, N. *Disc. Lib. I Cap. XXII* p.127

El pueblo, tan elogiado por él en diversos apartados del *Discurso*, es dejado al margen en el Príncipe, podemos deducir los motivos: los derechos no pueden ser ejercidos por quienes no saben respetar las normas sociales. Los pueblos deben tener gobiernos acordes a sus necesidades, Florencia debe crear un nuevo Estado, para recuperar la salud política y social. El proceso de reestructuración, según veremos, se dará de la cúpula a la base, en sentido vertical, como puede advertirse la decisión del cambio no recae en el pueblo, sino en los dirigentes.

La reforma de todo un Estado es sin duda una proeza, la cual requiere condiciones especiales, pues no puede darse de una día para otro, recordemos puede ser una empresa inclusive violenta. Elegir el momento adecuado será esencial para tener éxito en la revaloración de un orden político; Maquiavelo, tiene presente la reforma política de los romanos, quienes, afirma: supieron separar la cabeza del tronco cuando aún estaba sano; sin embargo en la región italiana se trataba de instalar una cabeza sana, cuando el tronco estaba totalmente corrompido.

Se vislumbra entonces la creación de un Estado personificado, el poder político en este sentido, residirá idealmente en un ser “virtuoso”. Maquiavelo, se convence finalmente que una Ciudad como Florencia no puede sostener un régimen republicano, por lo cual deberá encaminarse hacia la monarquía. El destino del pueblo queda de esta forma en manos de un príncipe, quien de no ser virtuoso, digámoslo, traerá consecuencias de alcances algo más que políticas. La personificación del Estado, en la obra de Maquiavelo, nos lleva no sólo a plantear la viabilidad de la monarquía, sino la personificación de los actos políticos y sus consecuencias morales.

VI. LA PERSONIFICACIÓN DEL ESTADO-NACIÓN

Maquiavelo, sabía por experiencia que encaminar el poder político era una misión excelsa, predestinada a muy pocos, por consiguiente quien personificará al Estado debía contar realmente con virtudes supremas, después de todo, de él dependería el destino político de todo un pueblo.

El nuevo príncipe llamado a gobernar, entre sus cualidades debía contar con la **contemporizar**. Este concepto fonéticamente raro, es uno de los más ricos en el pensamiento de nuestro autor, como veremos, gracias a éste el político puede comprender los signos de la historia y actuar en consecuencia sin el temor a equivocarse.

Por contemporizar, habremos de entender: la capacidad de amoldar los actos políticos a la situación que se vive; para Maquiavelo, tal previsión, redundaba en provecho de quien la ejerce, es así que: “... *el que menos se equivoca y goza de más próspera fortuna es quien acomoda sus acciones al tiempo que vive y procede aprovechando las circunstancias*.”⁷⁴ Sin lugar a dudas, la diferencia entre los seres ordinarios y los hombres trascendentes reside en el uso de esta cualidad.

El no saber contemporizar para un hombre común significa el fracaso, cosa grave pues se sentirá siempre inadaptado, sin embargo la gravedad aumenta considerablemente si hablamos de un hombre a quien se ha situado en la cima de un Estado, pues su fracaso no será solamente suyo sino también el de sus subordinados.

Para Maquiavelo, una monarquía o una república pueden perecer, por la simple razón de no saber amoldarse a los avatares del tiempo; para él luchar por la instauración de una monarquía en Florencia no es sino aplicar la contemporización a la realidad. Realidad que por doquier exige un poder político regio, postergando la república para cuando las circunstancias sean ideales, confirmando su preferencia republicana.

El Estado, para Maquiavelo, debe simbolizar la unidad del poder político de una nación, descartada la república, la monarquía se erige como la depositaria natural; en *El príncipe*, se muestra no sólo la importancia de contemporizar, sino la de saber retener el poder obtenido, tales habilidades políticas nos llevarán a deducir las implicaciones

⁷⁴ Maquiavelo, N. *Disc. Lib. III Cap. IX*, p. 244

político-morales de la práctica gubernamental en un Estado personificado, pero que bien podría ser republicano.

De entrada, el nuevo príncipe debe ser una líder nato, con pleno dominio del arte de gobernar impidiendo la fragmentación del poder, tan costosa a un Estado, y desastrosa para una sociedad que apenas se conforma. El príncipe debe ser capaz de tomar decisiones ante situaciones complejas, demostrar que tiene el control y la potestad suficiente para dar soluciones. Por ello, un líder político no es, por mucho, un ser ordinario. “... *el príncipe no es un individuo común. Debe ser político con vocación de estadista.*”⁷⁵

Para Maquiavelo, la honra de dirigir a los Estados es reservada a muy pocos, lo mismo la rehabilitación de la salud pública, ésta al ser una obra monumental requiere un hombre de cierta altura. Florencia, especialmente, necesitaba un gobernante inteligente, sagaz, astuto, prudente y sabio; en conjunto un ser virtuoso, conocedor excelso de la política y sus secretos.

Sólo un conocedor del actuar y de la naturaleza humana, podrá guiar a un pueblo sin destruirlo, para el autor, el conocimiento político hace a un líder capaz de conservar el Estado, y es su arma principal para dominar. La interdependencia Hombre-Político-Estado hacen que las virtudes de un hombre y las cualidades de un Estado se integren dentro de una comunidad política eficaz, en donde el bienestar de la mayoría sea posible.

La presencia efectiva de un gobernante se manifiesta a través de las decisiones que éste lleva a cabo, desde luego interfiere en la vida de sus subordinados, más siempre evita conflictuar la relación prevaleciente, como veremos, de ello depende la subsistencia de un régimen político.

Hemos, mencionado entre las cualidades de un líder, la de ser un conocedor del momento político, más ello no basta, debe ser también un estudioso de la historia de los pueblos antiguos; Maquiavelo, siendo un estudioso de los pueblos Romanos de la Antigüedad, asegura, que un príncipe versado en las cosas antiguas puede percibir en los sucesos actuales evocaciones de hechos pasados. De ser sabio, sabrá predecir el rumbo de los mismos, e incluso se anticipará previendo sus consecuencias, actitud frecuente de los hombres de Estado en la Antigüedad, quienes siempre fueron al encuentro del destino,

⁷⁵ Uvalle Berrones, R. Ibid. p. 39.

pues : “... los romanos hicieron entonces lo que todo príncipe sabio debe hacer, no cuidar sólo las dificultades presentes, sino las futuras y del modo de vencerlos; porque previendo las lejanas, fácilmente pueden ser remediadas y esperando a que ocurran no llega a tiempo la medicina”⁷⁶

Un hombre sabio, piensa Maquiavelo, no espera sin más el desarrollo de los acontecimientos, prevé sabiendo que de eso depende el éxito de su empresa. Actuar cuando debe hacerse, estimando los resultados son en síntesis la acción política maquiaveliana, como vimos, su deficiencia repercute en la unidad social; ciudades enteras, se afirma, han sido invadidas por no haberse tomado una posición ventajosa frente al invasor, cuando aún era posible, la debilidad de un Estado se demuestra con su falta de previsión.

El prever debe ser para un príncipe, parte de su disciplina política, siendo indispensable que la practique de forma continua, hay ocasiones, se dice, en que el peligro rebasa la inteligencia de un príncipe, y cuando éste reacciona todo se ha perdido; por lo tanto un príncipe debe prever, y anticiparse incluso a lo impredecible, sólo así demostrará su verdadera grandeza.

Maquiavelo, piensa que esta capacidad anticipadora, conlleva el tomar la decisión a tiempo; no es suficiente que un príncipe decida, en base a su sapiencia del acontecer político, presente y pasado, actuar; debe estar seguro de cuando habrá de hacerlo, pues: “... de todas las situaciones desgraciadas, la más infeliz es una república o un príncipe reducidos a términos de no poder estar ni en paz ni en guerra ... A tal extremo se llega o por malos consejos o por no evaluar las propias fuerzas ...”⁷⁷ Siendo la indecisión, en término políticos, la peor posición de un gobernante.

El actuar político requiere, en consecuencia, un agente capaz de tomar decisiones en un espacio y tiempo correcto; sin embargo, con ello, aún no terminamos de delinear el perfil ideal del político maquiaveliano. Comprender el arte de la guerra, resulta para el autor, el verdadero timón de un Estado; más aún cultivar el arte de la guerra, debía ser rutina para un gobernante, puesto que el uso frecuente de *condottieros* -soldados a sueldo- no podría nunca dar pleno poder al soberano, por lo que debía enfocar parte de sus

⁷⁶ Maquiavelo, N. *Princ.* Cap. III p. 308.

esfuerzos a crear un ejército propio, en donde el espíritu de lucha fuera únicamente inspirado por amor a la patria.

Un ejército nacional, piensa Maquiavelo, es la carta fuerte de un príncipe, pues un líder que desconoce los secretos de la guerra, puede prepararse para sufrir innumerables derrotas. La historia, en este sentido, otorga muchos ejemplos, cuantos soberanos vieron perder sus territorios por no haber creado un ejército fiel. Para el autor, un ejército propio, formado por gente de la región daba al soberano la seguridad de permanecer fuerte en las circunstancias más adversas; reitera en sus textos la urgencia de ubicar el conocimiento de la guerra entre los claves para gobernar, pues: “...es frecuente ver perder sus estados a los príncipes que viven la molicie y el reposos. Repito pues que la principal causa para perder el poder es desdeñar el arte de la guerra, y la primera para alcanzarlo profesar dicho arte.”⁷⁸

En la obra de Maquiavelo, podemos ver, cómo la fuerza bien calculada fructifica políticamente, la guerra después de todo, es el uso de la fuerza dirigida a un objetivo específico; desde luego, un gobernante capaz no desdeña su utilidad, de otro modo los hechos se encargarían de demostrarle su equivocación.

Para resumir, un actor político deber ser capaz de contemporizar, prever y calcular cada una de sus acciones, los subordinados y la Ciudad en conjunto dependen de sus decisiones.

Actuar con criterio político, según veremos, implica en muchos sentidos optar por el uso de la fuerza física, irrumpiendo el orden preestablecido, con lo cual entramos a los terrenos de la Razón de Estado; a ésta habremos de abocarnos a continuación teniendo en mente, que por ella un gobernante puede trastocar la dinámica social con tal de preservar el Estado. Siendo los eres humanos, volitivos como el propio Maquiavelo asegura, veamos las consecuencias de las prerrogativas de un ser humano políticamente superior.

⁷⁷ Maquiavelo, N. Disc. Lib. Cap. XXIII

⁷⁸ Maquiavelo, N. Princ. Cap. XIV p.333.

VIII. LA RAZÓN DE ESTADO

El Estado, como se ha referido, es un organismo en el cual reside el poder político, donde se presupone una relación de subordinación sancionada por aquellos que la han aceptado, es decir, concentra en su interior a los súbditos o ciudadanos siempre como individuos provistos de un poder político inferior.

El poder político, como veremos, en su propia inercia impone al gobernante la constante búsqueda de soluciones a los problemas del Estado, bajo la premisa de estar comprometido con su preservación, al habersele “confiado” el poder social, aceptando la jerarquía de dominación impuesta por el mismo. Es así como tras la faz política, hallamos la Razón de Estado, desde donde el político, según se verá, puede contravenir lo establecido para salvar el bien del Estado. La Razón de Estado, no fue creada por Maquiavelo, como tal, pero sí fue problema que tematizó en sus obras.

La Razón de Estado, como bien dice, Jesús Reyes Heróles es difícil de hallar en su pureza, pues tiende a confundirse con la biografía del Estado; nada extraño, puesto que ambos conceptos cronológica y lógicamente se desarrollan juntos, por ello es complejo, según observaremos, distinguir una simple decisión política, de una decisión tomada por razones de Estado.

La Razón de Estado ha sido tema de muchos pensadores, mas Friedrich Meinecke es quien en los últimos tiempos destaca, su estudio *La idea de la Razón de Estado en la Edad Moderna*, es para nosotros, punto obligado de referencia; en éste se hace un análisis histórico conceptual de la Razón de Estado. Maquiavelo le merece a Meinecke ser, sino el más importante autor que haya tratado la razón de Estado, si es quien dio la pauta decisiva para su conceptualización, en la época moderna.

Meinecke ubica el nacimiento de la Razón de Estado en Italia, ésta se dice surge a la par de un Estado políticamente débil, y eso explica por qué ésta se convierte más adelante en el instrumento principal de la fortificación de los Estados.

Para el autor, la Razón de Estado es expresamente la ley motora del Estado, la cual indica al político lo que tiene que hacer, a fin de mantener el Estado sano y robusto⁷⁹

⁷⁹ Meinecke, F. *La idea de la Razón de Estado* p. 3

Meinecke suele equiparar al Estado con un organismo vivo, el cual tiene necesidades que su propio crecimiento le imponen, por ello, debe buscar como cualquier ser vivo los caminos para su desarrollo.

El Estado, siguiendo la misma analogía, tiene a la Razón de Estado como un membrana protectora desde donde se entrecruzan materiales del exterior al interior y viceversa; la metáfora empleada no es lo afortunada que deseáramos para un análisis político, pero contiene un significado: muestra como una asociación política, al igual que un ser animado, se entrelaza esencialmente con otros conceptos de su misma naturaleza para fructificar.

En suma, la función que guarda la Razón de Estado en el todo político es la de salvaguardar al Estado; pero cabe preguntarnos cómo logra dicho cometido, pues bien ésta se presenta como un conocimiento a disposición de aquel que ejerce el poder político. Más aún le marca pautas de comportamiento político, a fin de concretar el fin primordial: el Estado incólume, sin embargo, debemos puntualizar “... *para cada Estado hay en cada momento una línea ideal del obrar y una Razón de Estado ideal*”⁸⁰ Por desgracia, el contenido de la Razón de Estado no puede universalizarse, es labor del político identificar su circunstancia y materializar lo mejor posible los recursos que ella puede darle.

Para un soberano, materializar la Razón de Estado es una tarea compleja, significa que debe decidirse a romper la normatividad cotidiana para hacer uso de sus prerrogativas políticas, con tal de salvar al Estado. Sin embargo, el riesgo de equivocarse está presente, debe ser muy cauto para reconocer una verdadera situación límite que ponga en riesgo al Estado, un juicio erróneo puede traer daños irreversibles.

A fin de no cometer equívocos en el uso de la Razón de Estado, afirma Meinecke, deben tomarse en cuenta dos rasgos de la situación: primeramente ha de ser irrepetible y única, en donde nadie pueda soslayarse lo complicado del momento, siendo obvio actuar con pronta destreza política. Por otra parte, debe recordarse que todos los Estados enfrentan emergencias políticas, contraviniendo en algún punto las normas morales y jurídicas. En consecuencia, la Razón de Estado es lo que Meinecke llama una **necesidad**

⁸⁰ Meinecke, F. *Ibid.* p. 4

política, su unicidad y emergencia la llevan ser un hito en el desenvolvimiento de un Estado.

Hacia el Renacimiento, hemos dicho ya, el Estado aún no se ha afianzado, por el contrario se encuentra amenazado por poderes sociales que no se repliegan; la debilidad del naciente Estado hacen que la necesidad política se manifieste en toda su expresión, el Estado arguye entonces su prerrogativa suprema para destruir a aquellos poderes menores.

En su edificación el Estado, tiene por máxima no perder el poder, reconociéndose a sí mismo como piedra angular de un sistema emplea los medios a su alcance para perpetuarse. Desde luego, los medios son el punto a discutir, al ser tan diversos parecen no tener más límites que la conciencia del político.

La Razón de Estado, sabe Meinecke, camina siempre al lado de la tiranía o del despotismo, convirtiéndose para algunos en una mera técnica del Estado a disposición de soberbios políticos, quienes no reconocen el fin supremo de ésta. Para muchos, Maquiavelo, es quien inaugura, precisamente el uso de este recurso político; en *El príncipe* se advierten una serie de consejos para conservar el dominio político y también para establecer el bien común.

VIII LA RAZÓN DE ESTADO Y EL BIEN GENERAL

Intentemos ahora introducirnos en la esencia de la Razón de Estado. Sabemos que se encuentra detrás de las decisiones estatales de primer orden, o como diría Meinecke, en la esfera de la alta política; se inscribe, de esta forma, en las relaciones de dominación subyacentes al Estado. Consecuentemente, la razón de Estado no se enlaza a un organismo social abstracto, sino que interfiere en lo más profundo el fenómeno político: los subordinados. Un político al resguardar los intereses del Estado, no debe olvidar, que ésta protegiendo intrínsecamente el bien general.

Al igual que Maquiavelo, Meinecke cree, que el político rector del Estado debe tener virtudes especiales, por ello la Razón de Estado "... exige al político que se eduque en su sentido y que se transforme humanamente, que se domine a sí mismo, que reprima

sus afectos y sus inclinaciones o repugnancias personales para entregarse plenamente al cometido objetivo del bien del Estado."⁸¹ Ser un vigilante incansable del Estado es el fin excelso de un soberano, toda ambición personal debe hacerse a un lado.

Un líder político debe tener la inteligencia para emplear la Razón de Estado sin demostrar, si así lo fuera, la ambición oculta de su acción, recordemos que su legitimidad es esencial para seguir gobernando. Maquiavelo, reconoce que la necesidad de retener el poder obliga al soberano a engañar, ser astuto y hasta usar la fuerza, sin embargo no justifica los excesos, se opone enérgicamente a que un gobernante se allegue recursos materiales sólo por su poder, pues asegura: el soberano pierde parte de su credibilidad cuando perjudica la persona, el honor, o el patrimonio de alguien en particular; y más aún cuando rompe la legalidad establecida sin que haya evidencias de su necesidad.

Transgredir la legalidad para Maquiavelo, es el principio del fin, no puede subsistir un gobierno en donde el orden jurídico no es respetado. La Razón de Estado, en la acepción maquiaveliana, no puede sin más pasar por encima de las reglas convenidas. Sin embargo, se atribuye a Maquiavelo la versión más difundida de la Razón de Estado identificándola como el "*...sustrato de la dominación política [la cual] exige utilizar arcanas y estratagemas para conquistar, retener e incrementar con legitimidad el poder ...*"⁸² Por ello, puede decirse que romper la legalidad habrá de ser en franca necesidad política, la legitimidad del soberano está en juego.

En otro momento indicamos, que la Razón de Estado encuentra su justificación en el bien general, es así como un jefe de Estado se ve obligado a valerse de cualquier recurso, con tal de conservar la unidad del mismo.

En la obra de Maquiavelo, el bien general es referido de diversas formas, puede hallársele como el bien público, bienestar de la patria, utilidad pública, conservación de la unidad o defensa de la patria; estos términos son en un contexto perfectamente equivalentes, veremos como todos se ligan en una u otra forma a un evento de carácter extraordinario.

⁸¹ Meinecke, F. p. 8

⁸² Ujvalle Berrones, R. Ibid. p.55

La vinculación entre la defensa del bien general y la realización de un acto extraordinario son para el florentino una mancuerna lógica; la admiración que profesó a quienes hicieron un acto excepcional en beneficio de la patria, nos confirma su posición, máxime si eran líderes o gobernantes. Se dice que, Manlio, un gobernante de la Antigüedad fue una de las grandes personalidades políticas y militares de su tiempo, poniendo los intereses de la patria por encima de los personales. Estando Manlio en batalla contra los Samnitas fue herido, y con tal de que esto no diera ventaja al enemigo el Senado piensa en sustituirlo por Papiro Cursor, nombrándole nuevo Dictador, sin embargo era bien sabida la rivalidad que tiempo atrás había entre éste y Manlio.

Dada la situación “... *el senado envió dos embajadores para rogarle [a Manlio] que depusiera su enemistad personal en beneficio de la patria, si bien su silencio y otras muchas pruebas demostraron cuan enojoso le era nombrar dictador a su enemigo. Cuantos deseen la reputación de buenos ciudadanos deben imitar este ejemplo...*”⁸³ Finalmente, aceptó anteponiendo el bien de su patria antes que el propio.

Tal heroísmo, sabía Maquiavelo, no podía darse un pueblo corrupto, pues no siempre comprenden los ciudadanos las circunstancias por las que pasa su ciudad y el grave peligro en que se halla; por ello, en una monarquía es el príncipe quien debe enseñar al pueblo como defender la patria, utilizando medios no siempre gratos, pero que la necesidad política justifican. Cuando al príncipe le sea preciso imponer la obediencia y la fidelidad del pueblo, puede apoyarse en cuanto recurso tenga, el fin excelso y superior de la Razón de Estado halla aquí su espacio en la obra de Maquiavelo: la unidad política.

Si bien la necesidad política nos obliga a reconocer una situación excepcional, en Maquiavelo encontramos ciertas especificaciones sobre el actuar político, que en suma encuadran no sólo a la Razón de Estado sino a todo actor político. Un soberano debe tener especial cuidado de no hacerse odiar, sabiendo que su legitimidad se hallaba arraigada en el carisma de su presencia puede perder el control político, provocando un distanciamiento de sus súbditos, al grado de ser despojado de su envergadura. Desde luego podría resguardarse en la Razón de Estado reteniendo el poder, pero sólo un príncipe legítimo

⁸³ Maquiavelo, N. *Disc. Lib. III Cap. XLVII* p. 298

podría sostenerse después de haberla utilizado, no olvidemos que su unicidad la hacen temporalmente efectiva.

No obstante los inconvenientes, los gobernantes en ocasiones se ven frente a una inobjetable necesidad política, viéndose obligados a emprender acciones contra sus súbditos; Maquiavelo, precisa en este sentido que: “... si [el príncipe] necesitará derramar la sangre de algunos hágalo con la justificación suficiente y por causa manifiesta. Sobre todo absténgase de quedarse con sus bienes.”⁸⁴ El poder político del soberano, como se percibe, aún en una emergencia política no puede ser usado a placer, tener derecho a aplicar la coacción física conlleva un marco legitimador, que impide la rapiña o el deterioro de las garantías de los subordinados.

Para el autor, retener el poder con recursos extralegales, no es lo ideal, conocedor de la Antigua Roma recuerda como muchos imperios fueron usurpados por hombres ambiciosos, quienes investidos de un poder temporal se adueñaron del poder político, sin embargo, también la historia le da pruebas de como un soberano acude a la excepcionalidad, respetando después el orden: “Llamará a algunos la atención que Agatócles y otros como el, después de cometer infinitas traiciones y crueldades, hayan podido vivir seguros en su patria ... Creo que esto sucede por el buen o mal uso de la crueldad, que se haga. Se dice bien usada (si puede llamarse bueno a lo que es malo en si mismo) cuando se emplea de una sola vez por la necesidad de afianzar el poder y después no se repite...”⁸⁵

El uso eventual de la violencia para Maquiavelo es su uso positivo, es decir, si se requiere reprimir cruelmente a algunos súbditos habrá de hacerse, no olvidando la unicidad de tal acto. Sin embargo, aún cuando se justifique el rompimiento del orden social siempre será algo controvertido, la teoría política se encuentre de hecho frente a un antiguo dilema: la defensa de la legitimidad o la preservación del Estado. Agatócles representa teóricamente el punto límite donde la gobernabilidad y la tiranía se entrecruzan.

Maquiavelo, al igual que Meinecke enmarcan a la Razón de Estado en un estricto espacio: la anormalidad, consecuentemente el político sólo podrá asirse a la fuerza cuando los recursos ordinarios, legales, sean poco eficaces; por lo tanto la Razón de Estado:

⁸⁴ Maquiavelo, N. *Princ.* Cap. XVII p. 338

“...sólo tiene que ser el medio para imponer por la violencia aquellas necesidades vitales del Estado que no pueden asegurarse por vías jurídicas.”⁸⁵ Un príncipe, por lo tanto, tiene derecho a aplicar la fuerza contra los súbditos al no poder persuadirlos u obligarlos legalmente a variar su conducta.

De lo anterior, podemos afirmar que Maquiavelo, reconoce a la Razón de Estado como la máxima prerrogativa del soberano, sin ella, la continuidad del propio Estado estaría comprometida. En síntesis, la Razón de Estado garantiza la preservación del bien general, la patria encuentra en éste recurso su último punto de cohesión política.

Sin embargo, Maquiavelo no se instala en la Razón de Estado como simple medio para retener el poder, intenta acotar las atribuciones del príncipe, y sin anular su derecho a usar la fuerza señala los riesgos de ponerla en práctica.

La necesidad política, como veremos, no sólo conlleva costos políticos, sino también morales; un político al mando del Estado, lo sabía Maquiavelo, bien puede emplear la fuerza de forma equivocada llegando a conflictuar innecesariamente la relación gobernante-gobernado.

IX EL USO DE LA FUERZA COMO NECESIDAD POLÍTICA

Maquiavelo en sus obras concibe al Estado en estrecha relación al concepto de fuerza, hemos visto, como hay circunstancias en la que su uso se hace necesario; las guerras frecuentes en Europa le demuestran como el Estado debe recurrir a cualquier medios para ser preservado. En consecuencia, el autor, tiende a identificar a la Razón de Estado con el uso de la fuerza; es decir, un príncipe al sentir amenazado su poder político entra en lucha franca con su agresor, previendo la magnitud del acontecimiento.

Sin embargo, habremos de plantearnos, si el criterio personal es suficiente para determinar una situación de emergencia, después de todo, es el Estado quien está en juego. Recordemos, que un hombre de Estado puesto en una situación límite, se ve en la disyuntiva de actuar o esperar, de ahí que deba ser verdaderamente virtuoso, conocedor de

⁸⁵ Maquiavelo, N. *Princ.* Cap. VIII p. 321.

⁸⁶ Meinecke, F. p. 16.

la política y sus signos; siendo indispensable identificar una necesidad política, en donde el uso de la fuerza sea legitimado.

Primeramente ¿cómo puede un gobernante identificar una necesidad política ? y ¿cómo habrá de actuar frente a ella?

En los textos de Maquiavelo no encontramos explícitamente la necesidad política, pero, si podemos reconocerla en aquellas situaciones que el autor acepta no son ordinarias, es así como se afirma la grandeza se logra cuando las circunstancias nos obligan, en realidad la humanidad: “...no hubiera obrado bien ni producido grandeza a la que ha llegado los actos humanos, sino obligado por la necesidad”⁸⁷

La necesidad, por lo tanto, obliga al ser humano a sacar a flote sus cualidades más ocultas, puesto que, sólo en situaciones especiales se conoce la magnitud de la naturaleza humana. Es en la necesidad cuando afloran el arrojo y la valentía; los antiguos, afirma Maquiavelo, estando en plena guerra hacían sentir a los soldados la necesidad de atacar y ganar, o huir y morir, pues sólo así la verdadera fortaleza humana podía ser plenamente usada.

A nivel individual, la necesidad lleva al ser humano a tomar lo mejor de sí para sobrevivir; en su sentido político, la necesidad pone a prueba la entereza de un gobernante, su capacidad para tomar decisiones y su temperamento ante lo inesperado. Desde luego, quienes superan la necesidad son los individuos o gobernantes que supieron elegir la mejor forma de superar la emergencia.

La necesidad política, por consiguiente debe comprenderse desde dos vertientes, una personal, y una pública; la primera nos refiere la necesidad de reunir las virtudes máximas del ser humano, la segunda, nos indica cómo individuo al mando de un Estado inmerso en una necesidad, debe demostrar su verdadero talante como hombre político. Maquiavelo, identifica ambas acepciones, reconoce en el soberano al individuo y al político, la necesidad lo pone en la encrucijada de seguir sus impulsos como individuo o actuar en bien de su Estado, como hombre político, es así que explica:

⁸⁷ Maquiavelo, N. Disc. Lib. III. Cap. XII p. 250.

“Ningún príncipe ha de derramar sangre por gusto, sino por necesidad a no excitarle la rapiña, y la necesidad ocurre rara vez; pero buscará y encontrará pretextos para derramarla si codicia los bienes...”⁸⁸

Podemos ahora, afirmar que ante una emergencia política el soberano debe tomar de sí lo mejor, pues habrá de ser observado como hombre público, siendo muy cauto de no confundir su ambición con el bien general, Maquiavelo reitera, que un hombre debe pensar primero en su patria y después en sí mismo.

Reyes Heróles, quien se ocupó de la Razón de Estado en alguno de sus escritos, afirmó que, así como el Derecho había nacido para poner cortapisas al Estado, limitando el subjetivismo de su proceder, de la misma manera “...la Razón de Estado, en lo que es substancia, pretende similar propósito, limitar el subjetivismo del gobernante mediante una razón objetiva que al mismo tiempo que le permite actuar, lo sujete.”⁸⁹ Por lo tanto, la Razón de Estado lejos está de ser el reducto personalista del actuar gubernamental.

Un príncipe, piensa Maquiavelo, en medio de la incertidumbre política debe demostrar que todo cuanto hace es por necesidad, capitalizando políticamente una situación grave; debe ser para los súbditos evidente su disposición más allá de lo personal. Hacer meritorias las acciones que por obligación se realizan es verdadera sabiduría política, un príncipe debe convertir una acción obligatoria en sabia decisión estatal. Heróles, como Maquiavelo, coinciden en no ser la Razón de Estado un medio unipersonal, sino con objetividad un recurso del Estado.

Consecuentemente, podemos concluir, que una necesidad política es un evento no ordinario el cual lleva al político a la toma de decisiones, en donde como individuo y hombre de Estado demostrará su máxima habilidad política para bien del Estado. Por otra parte, siendo el uso de la fuerza el medio común para resolver una cuestión grave, el político deberá tener especial cuidado, ya que fracturar un orden puede traer la pérdida de la legitimidad, y del Estado completo.

Para Maquiavelo, la fuerza podía llevar a un príncipe a la cima política o al desastre del Estado. Florencia, por ejemplo, se dice, dejó de dominar parte de sus territorios, al haber aterrorizado innecesariamente a sus súbditos, cuando pudo

⁸⁸ Maquiavelo, N. Lib. III Cap. XIX p. 197

persuadirlos de respetar el orden legal, conservando vastos principados; sin embargo, el mismo objeta: "... *no quiere decir esto que en mi opinión no se deba emplear la fuerza y las armas; pero conviene que sea en último caso y a falta de otros medios.*"⁸⁹ Por consiguiente, si bien el uso de la fuerza es a veces inevitable, debe serlo a falta de otros recursos.

La interrelación fuerza-Estado nos remite sin duda a Max Weber, podemos afirmar, que el paralelismo entre éste y Maquiavelo es justificado, el uso político de la fuerza para ambos es el cimiento del Estado. La coerción, ejercida desde el Estado es simplemente la posibilidad de su pervivencia, como pudimos ver tiene implicaciones que van más allá de lo meramente público; encubriendo un área en donde el individuo revestido de poder político impacta las acciones de los subordinados. La Razón de Estado involucra, por consiguiente, la discusión moral de la política.

X. EL TRASFONDO DE LA RAZÓN DE ESTADO

Un concepto, indudablemente, al ser introducido en un discurso adquiere una vitalidad, es así, que de autor en autor varía su significado; la Razón de Estado, siendo un concepto clave de la política, ha tomado del mismo modo acepciones diversas. Para algunos es una simple técnica, para otros es una de las manifestaciones esenciales del Estado, de ahí la controversia que la rodea.

Para quienes guardan un sentimiento patriótico la tesis maquiaveliana sobre la salvaguarda del Estado no es algo que escandalice, la Razón de Estado en el fondo, se explica por su decidido patriotismo. ¿Quién podría oponerse a emplear hasta el último recurso para conservar la patria? ¿Podría pensarse en algo superior a este bien? Objetar a un gobernante sus procedimientos extraordinarios es absurdo, en términos maquiavelianos, pues su función es mantener el poder y la nación.

Un dirigente, sin embargo, deber ser consciente del compromiso que conlleva su envergadura, no olvidemos los subordinados le reconocen y otorgan fidelidad en la

⁸⁹ Reyes Heróles, J. *En busca de la Razón de Estado*. p. 32.

⁹⁰ Maquiavelo, N. *Disc. Lib. II Cap. XXI* p.197

medida de su capacidad para superar la contrariedad política. *"El prestigio del Príncipe [después de todo] descansa en los resultados que obtiene en sus empresas políticas. Perder el poder político es para Maquiavelo vergüenza que no se borra con nada."*⁹¹ Por lo tanto, la Razón de Estado no sólo es una técnica es también esencia del Estado.

No obstante, es imposible no discurrir sobre los alcances de la aplicación de la Razón de Estado, sabemos, que el Estado frente a una necesidad política reclama su natural derecho a imponerse sobre cualquier esfera: moral o espiritual. Tal dominio le permite preservar el poder unificado, sin embargo, sabemos también la frecuente ruptura de las barreras políticas, es decir una acción de Estado puede trascender su esfera.

Reyes Heróles, en este sentido afirma, son los individuos al mando del Estado quienes transgreden el uso político de la Razón de Estado, y al no acatar su naturaleza instrumental la transforman en recurso personal. Al olvidarse su sentido primordial, lo público y lo privado parecen fundirse, pues el individuo mezcla su sentimiento personal con los fines políticos, la Razón de Estado entonces: *"... se convierte en medio del dogma religioso, en razón dinástica, de grupo en el poder, de clase o razón de partido. De esta manera se despoja al Estado de una razón que sólo a él le concierne."*⁹²

La disolución del lindero entre la acción política-pública y la acción individual-personal hace que el juicio valorativo sea impreciso al no ser definido el campo de acción del sujeto. Podemos plantear, desde aquí, hasta que punto lo político, lo moral, lo religioso se entrecruzan en las acciones de los seres humanos, y más aún en un hombre político; y si la obra maquiaveliana realmente separa la política de lo moral, o si ello es un fenómeno del mundo "moderno".

Tal vez, se ha olvidado que los seres humanos nos vemos empujados por naturaleza a dar explicaciones de nuestros actos, y es ahí donde nuestro ser político y nuestro ser moral se encuentran, siendo Maquiavelo fiel testigo de ello, pues no concibe un príncipe que no ame a su patria como a su propia alma.

⁹¹ Uvalle Berrones, R. p. 72.

⁹² Reyes Heróles, J. *Ibid.* p.31

ESTA TESIS NO DEBE
SALIR DE LA BIBLIOTECA

CAPITULO CUARTO

LA MORALIDAD DESDE LA OBRA MAQUIAVEIANA

“ ... Después de leerla se verá que los quince años que dediqué al estudio del arte del Estado no los pasé jugando ni durmiendo; y a cualquiera debería resultarle agradable servirse de alguien que ha expensas de otro estuviera lleno de experiencias. Y de mi lealtad no debería haber duda porque yo que siempre he mantenido mi palabra, no voy a aprender ahora a romperla, y quien ha sido fiel y bueno por cuarenta y tres años como yo tengo, no debo poder cambiar de naturaleza, de la lealtad y bondad más da testimonio mi pobreza...”

N. Maquiavelo.

I. EL UNIVERSO MORAL DE MAQUIAVELO

La trascendencia de la obra maquiaveliana, afirman sus biógrafos, debe ser buscada en un amplio espectro, puesto que más allá de lo político influye e inspira a autores literarios. Es así que, diversos personajes de W. Shakespeare son una recreación de la figura del Príncipe, con su maldad, perversidad e hipocresía.

La presencia de Maquiavelo en la literatura nos lleva, desde otra línea, al encuentro moral del autor con su obra; *El príncipe*, siendo un texto político, encierra un mundo moral en donde viven seres humanos pasionales y volitivos; la política se crea, por consiguiente, sobre una base conductual susceptible de ser valorada. El Estado, hemos dicho, recurre con frecuencia a medios no gratos con tal de preservarse, su existencia se haya condicionada en gran parte por su capacidad de autorregeneración, en este sentido el fin justifica los medios.

Habremos de ver, como en la obra de Maquiavelo los fines políticos se enlazan con los medios morales, es decir: la política en su proceder se tropieza con lo moral, dando ocasión para ser valorada.

En otro momento tratamos la concepción maquiaveliana de la naturaleza humana, del mismo modo su posición sobre la legitimidad del poder político, el Estado y la Razón de Estado, con estos elementos podemos elaborar una primera conclusión: el fin supremo del soberano es preservar la unidad del poder político en la figura del Estado. En este sentido, cualquier recurso es válido para poner a salvo el Bien superior, tal posición nos permite plantear dos variantes hipotéticas sobre el pensamiento de nuestro autor:

- a) Si la obra de Maquiavelo es estrictamente política, debe ser entendida en un sentido procedimental, sin posibilidad de valoración moral.
- b) Si la obra de Maquiavelo contiene una posición moral, debe ser leída desde un contexto que trasciende lo político, por lo tanto susceptible de ser valorada.

Ambas suposiciones parten de una misma base: la naturaleza humana, y pretenden un único fin, demostrar que el discurso de Maquiavelo ha sido cerrado en su variante moral de forma arbitraria, en detrimento del actuar político contemporáneo.

La polémica generada por los escritos maquiavelianos a través de los años viene impulsada, sin duda, por la interpretación personalista que se han hecho de los mismos, es decir, cada analista ha creado su marco interpretativo, en un ejercicio hermenéutico poco confiable, ya que, como veremos, suelen fragmentar la obra sin mayor justificación.

Luis Villoro, afirma, refiriéndose a la disparidad de criterios empleados para acercarse a la obra maquiaveliana, diré, que de pronto se olvida la intencionalidad de muchas de sus tesis, y más aún, no se tiene conciencia de los dos grandes discursos que ésta contiene: el discurso del poder y el discurso del bien común.

Por el primero, Maquiavelo se revela interesado en los mecanismos del Estado, en donde el único fin de la política es el poder. Un príncipe, instalado en este contexto hace uso de su máxima racionalidad política, así como de sus conocimientos y facultades para construir un Estado poderoso.

Maquiavelo leído desde esta perspectiva, muestra una realidad política, que "... *no comprende juicios de valor sino juicios de hecho*. [Pues] *No indago sobre la validez del*

fin de la acción política sino sobre los instrumentos para lograrlo."⁹³ La violencia, podemos decir, en este contexto no viene a ser sino un medio mas para lograr la solidez político-social.

Tal posición, en su estrechez práctica no acepta a la moral dentro de su campo; la racionalidad política se identifica aquí con el discurso del poder, no dando cabida a la valoración del acontecer político, para éste se reserva un espacio paralelo: el discurso sobre el bien común.

Esta segunda lectura, no involucra ya de forma inmediata los vericuetos del poder, sino lo que puede denominarse una ética social, los fines de ese poder político están en el núcleo de la discusión no los medios empleados para acceder a él; este discurso nos aleja del poder instrumental y nos acerca al actuar moral. Aquí, el sentido de la acción se torna central, ya que el bien común en todo orden político se asume como el fin superior.

Maquiavelo, desde este ángulo, es un patriota quien inspirado en la Antigüedad está convencido de haber encontrado una sociedad en donde el bien común se antepone a cualquier otro.⁹⁴ El reflexionar sobre cómo alcanzar el bien común implica también, para el autor, pensar en cuál habrá de ser la mejor forma de gobierno, y esto no es parte del discurso del poder, sino del discurso de los valores: "*... estos valores están implícitos en el discurso de Maquiavelo; no están expresados paladinamente ... [pero] son el orden y la concordia duradera en la sociedad.*"⁹⁵

Por su parte, la concordia es viable al lado de la libertad y de la gloria, entendiendo por libertad, como hemos referido, la posibilidad de establecer una ciudad sin opresión interna o externa que comulgue y redunde a la larga en una ciudad gloriosa, donde el pueblo cultive sus virtudes, y aprecie la soberanía .

⁹³ "*Los dos discursos de Maquiavelo*", Luis Villoro en *Dianoia/Anuario de Filosofía* XXXVII/1991 p.121.

⁹⁴ Cfr. *Disc. Lib. I Cap. IX* p. 78 en donde Maquiavelo afirma que "*El fundador de una república que tenga más en cuenta el bien común que su privado provecho, que atienda más a su patria que a su propia sucesión, debe pues procurar que el poder este exclusivamente en sus manos.*"

⁹⁵ "*Los dos discursos de Maquiavelo.*" Villoro, L. *Ibid.* p.132.

Este segundo modo de entender la obra de Maquiavelo encierra la intimidad de un hombre con convicciones, a quien su pasión nacionalista le lleva a confesar a su más cercano amigo Vettori que amaba a su patria más que a su propia alma.⁹⁶

Luis Villoro, al definir, las dos rutas por las cuales transita Maquiavelo se ve urgido a buscar la unificación de una obra escindida, es así que asevera: en los dos discursos debe presuponerse una posición política; es decir, el lenguaje del poder lo mismo que el de la valoración se entremezclan bajo toda posición política. Por ello, un discurso político-racional es superado, a menudo, por uno político-valorativo; del mismo modo una acción política puede inscribirse en un espacio público o en uno privado.

Sin embargo, en Maquiavelo, el doble discurso está personificado, pues toca al príncipe preservar el poder y también realizar el fin del Estado; recordemos a él corresponde utilizar la Razón de Estado en un régimen legítimo, y también a él corresponde garantizar el bienestar de los súbditos. La integración de la obra maquiaveliana, por consiguiente, se da cuando lo político y lo valorativo o moral se entrecruzan sin divergir. Por lo que podemos adelantar, Maquiavelo no amoraliza la política, más bien, el discurso del poder ha encubierto su discurso valorativo.

Si bien, el doble discurso de una obra nos explica los “errores” interpretativos no nos aclara el por qué un discurso se impone a otro. En Maquiavelo, por ejemplo, se percibe una marcada tendencia a preponderar su disertación del poder sobre la cuestión valorativa, sin embargo pervive en el ánimo de los estudiosos la necesidad de justificar tal separación, siendo para muchos punto obligado de análisis, aún cuando sólo sea para confinarlo en la subjetividad del soberano.

En este momento, tenemos la directriz discursiva de la obra maquiaveliana: poder y bien común, habiendo tratado la cuestión del poder con el Estado y sus elementos vayamos en otra dirección, la moralidad. En este sentido, los estudios de Isaiah Berlin nos revelan un mundo paralelo al mundo del poder, un Maquiavelo detractor de la moralidad occidental, creador de una moral alterna que hiere la conciencia de la tradición valorativa, en donde la política, el político y sus las acciones toman otro lugar.

⁹⁶ Maquiavelo, N. Epistolario. p.48.

Berlin, nos plantea, que la satanización de Maquiavelo no se debe a su defensa de la monarquía, ni tampoco al haber hecho una apología de las prerrogativas del hombre político, sino, al grave hecho de haber insinuado la necesidad de revertir los valores judeocristianos de occidente, atrayendo desde la Antigüedad los valores con los cuales Roma había conformado un gran imperio.

Maquiavelo, se convierte así en un intelectual incómodo para su propia cultura, ya que su propuesta no es un simple viento renacentista, recordemos construye su concepto de lo humano sobre el espíritu de la antigua Roma; y a casi dos mil años del antiguo Imperio está convencido de ser ésta sociedad la ideal para Florencia. En el fondo son dos escalas de valores las que se enfrentan: la maquiaveliana- romana y la judeocristiana - occidental, he ahí la verdadera osadía de la obra maquiaveliana:

“... no logra la emancipación de la política de la ética o de la religión, lo que instituye es algo que corta aun más profundamente; una diferenciación entre dos ideales de vida incompatibles, y por lo tanto dos moralidades. Una es la moral del mundo pagano ... [otra] la moralidad cristiana.”⁹⁷

Los valores son obviamente diferentes, mientras, una apoya el desarrollo del coraje humano, la fortaleza ante la desgracia, el orden, la justicia y el logro público; la otra, nos habla del sacrificio, el perdón, y el desprecio por lo mundano. Una nos lleva a vivir en la contingencia del mundo y la otra en un prometido mundo celestial. Maquiavelo siendo esencialmente ateo y espiritualmente científico prefiere edificar una sociedad sobre la grandeza social de sus ciudadanos, por ello, no es arrebatado decir, como Berlin, que los valores cristianos en la obra maquiaveliana son vistos como obstáculos para la vuelta del Imperio Romano.

De hecho, piensa Berlin, en la obra maquiaveliana el individuo habrá de elegir hacer política o ganarse el cielo: la “conciencia” política termina en franca oposición a la “conciencia” cristiana, la bondad espiritual, según veremos, no comulga con la eficacia política. Por lo tanto, un ser humano puede vivir como cristiano, pero debe saber las limitaciones que su condición le imponen: “ ... llevar una vida cristiana lo condena a la

⁹⁷ Berlin, I. *Contra la corriente*. P.105

impotencia política; a ser usado y aplastado por hombres poderosos ambiciosos, inteligentes..."⁹⁸

En consecuencia, un hombre cristiano se encuentra anulado políticamente, pues se halla sujeto a valores espirituales incompatibles con los de un hombre de Estado. Maquiavelo, en este contexto se plantea la disyuntiva: ser un cristiano ejemplar o un ciudadano modelo, al ser un devoto admirador del Imperio Romano, elige ser ciudadano antes que cristiano. Es así como los valores de la obra maquiaveliana no son cristianos, pero son valores, y ahí es donde encontramos, dice Berlin, lo que Occidente no ha perdonado a Maquiavelo: su desafío moral.

El universo moral de Maquiavelo debe plantearse, en consecuencia, desde un concepto humano y social contrapuesto al cristiano-occidental; en donde plantear la responsabilidad política no resulta una invasión del espacio político, sino parte de él. Maquiavelo, como hemos visto, realiza sus textos fundado en un ser humano impetuoso que al ser erigido como cabeza política es susceptible de emplear la Razón de Estado. La Razón de Estado le permite hacer uso de la fuerza, más siendo el pueblo el último garante de su poder se ve precisado a no romper su propia legitimidad. En la obra maquiaveliana la decisión política coloca al príncipe al borde del discurso del poder y del discurso del bien común, pues habrá de calcular la eficacia de su acción, pero también los beneficios de la misma.

Para comprender la dimensión de un acto político, y sus alcances, es necesario descomponerlo en sus elementos claves: el agente y su circunstancia. En Maquiavelo la Virtù⁹⁹, Fortuna, Necesidad y Prudencia concurren en derredor de quien lleva a cabo una acción política, por ello su análisis nos llevará a plantear, finalmente, la posibilidad de "moralizar" la política desde la obra maquiaveliana.

⁹⁸ Berlin, I. p.107

⁹⁹ Se emplea el término Virtù y no Virtud, para precisar el sentido en que Maquiavelo lo emplea.

II.- LA VIRTÙ HUMANA

Maquiavelo, con tristeza reconoce la decadencia que vive su patria; el olvido de la herencia romana, de sus héroes, guerreros y legendarios gobernantes, son para él síntomas evidentes de una catástrofe existencial, pues los valores se cimientan en estos símbolos. Recuperar los valores del pasado es para él la posibilidad de salvar a Florencia. Hay en el sentir de Maquiavelo algo de utópico, sin embargo, pensar en el retorno del gran Imperio Romano se funda también en una creencia sobre la condición humana, pues los seres humanos, ha afirmado, cambiamos a través del tiempo, mas conservamos nuestra esencia, los romanos, por consiguiente, no son muy diferentes a los florentinos.

Por ello, a pesar de la evidente corrupción social de Florencia, Maquiavelo confía en corregir el camino, sabe que se han perdido la mayoría de las cualidades de los antiguos italianos, y que inclusive sus compatriotas han hecho del vicio una forma de vida, no obstante, tiene fe en la naturaleza humana, pues, afirma, los seres humanos saben ser virtuosos lo mismo que corruptos en cualquier época o circunstancia. El virtuosismo, sin embargo, requiere de algunos esfuerzos, pues no basta con poseer virtudes, debemos saber desarrollarlas y conservarlas.

Maquiavelo, al referirse a las capacidades humanas las determina de principio como innatas, es decir, nacemos con ciertas cualidades, pero, también podemos identificar en sus textos una vertiente que nos habla de la posibilidad de desarrollar algunas cualidades no manifiestas; Meinecke se refiere a esto como la "virtud natural" y la "virtud derivada". De la primera, sobra decir, los seres humanos la poseen de manera innata; la segunda, se alerta al entrar el ser humano en sociedad, por desgracia en ocasiones la virtud derivada no aflora y la natural se atrofia, siendo invadida la naturaleza humana por los vicios; recordemos, es en sociedad donde los hombres aprenden el concepto de la justicia, del poder, de la fortaleza, y también el de la corrupción, la cobardía y la debilidad :

"... no se quejen los príncipes de las faltas que cometen los pueblos gobernados por ellos: provienen de su negligencia o de haberlas cometido ellos antes. Quien

observe cuales pueblos en nuestros días viven entregados al pillaje y a otros vicios semejantes, ver que no son mejores quienes los gobiernan. ¹⁰⁰

Por lo anterior, Maquiavelo, puede lanzarse a denunciar el terrible efecto del actuar de los gobernantes sobre los súbditos, urgiendo a estos la restauración del antiguo orden: la moral, el arte, el patriotismo, la religión, el sentido de la justicia y de la verdad se sustentan, a su modo de ver, sobre seres virtuosos. Para Maquiavelo es sumamente importante recuperar este sentido de comunidad virtuosa, pues un Estado sobrevive y se convierte en parámetro para otros cuando la virtud pública se manifiesta a lo largo y ancho de la polis. En este sentido, los gobiernos de la Antigüedad, son prototipos políticos en donde la legitimidad del poder se sustenta, como en ningún otro, en la virtud del soberano.

Al preponderar las virtudes de los antiguos Maquiavelo menosprecia los valores de sus contemporáneos, a lo cual llama Meinecke dualismo ético; tal dualismo se expresa en la exclusión unilateral de los valores cristianos, y en la construcción de un discurso político-moral que presupone una humanidad al modo de los antiguos romanos. Sin embargo, como el propio Meinecke señala, Maquiavelo en esta edificación discursiva no se desentiende totalmente del cristianismo, pero marca el rumbo de su pensamiento y su preferencia ética, por ello:

*"... aun cuando observó de ella ciertos conceptos formales acerca de la distinción entre el bien y el mal su tendencia esencial estaba dirigida a una ética naturalista que siguiera decididamente la voz de la naturaleza."*¹⁰¹

Maquiavelo, al postular una naturaleza humana apegada al ideal grecorromano sacrifica los valores tradicionales - entiéndase cristianos-, pues sus esfuerzos los encamina a hacer florecer la antigua virtud del espíritu italiano. La Virtù, piensa, una vez restablecida en el pueblo será la piedra angular del nuevo Imperio, pues los seres humanos no deben destruirse en la mediocridad y la corrupción, sino vivir en la grandeza de su Estado.

La realización del ser humano para Maquiavelo sólo puede darse en sociedad, pues en ella halla sus satisfactores, y también su seguridad; por lo tanto, las capacidades humanas y el desarrollo de la Virtù, sólo pueden generarse en un contexto social. Los

¹⁰⁰ Maquiavelo, N. Disc. Lib. III Cap. XXIX p. 274.

antiguos habían dicho: “*somos seres políticos*”, Maquiavelo puede asegurar en consecuencia, el individuo toma su verdadero valor en comunidad, más aún su Virtù se da en el ejercicio del bien común.

La Virtù y el bien común

Maquiavelo, descubre en el pensamiento de los antiguos un continuo enlace entre lo personal y lo público, es así como puede dar peso a la interdependencia entre el bien del príncipe y el del pueblo. De la Ciudades Antiguas admira su civismo, pues en ellas se educa al ser humano para servir a su ciudad, cuando se habla de Virtù se hace bajo el supuesto de ser acciones en beneficio de la comunidad. La Virtù maquiaveliana, muy al estilo de Cicerón, puede definirse como la fuerza interna que impulsa al ciudadano a buscar el bien común.

Desde luego, nuestro autor no hace un tratado sobre la Virtù, sin embargo, es una de la líneas principales de su obra, como Meinecke señala : “ ... *el desenvolvimiento y creación de la virtud era, en efecto para Maquiavelo el ideal, el fin evidente del Estado. La idea de su vida era la regeneración de su pueblo por la Virtud y por el Estado...* ”¹⁰²

Por ello, dar nueva vida a la Virtù es una de sus grandes preocupaciones, pues identifica la degradación de las virtudes con la destrucción de la Ciudad; de hecho imagina a un ser virtuoso custodiando el poder político. *El príncipe*, en gran medida, es la obra en donde podemos conocer al hipotético soberano reconstructor del Estado, poseedor de las máximas virtudes.

La defensa de un monarca virtuoso, hace retroceder finalmente al republicanismo maquiavelino, sabemos que tal derrota proviene de su desaliento al visualizar a su pueblo en medio de la dispersión de las costumbres, tan distantes a una vida virtuosa. Sin embargo, la tarea de devolver la salud al Estado la reserva a un hombre singular, a un individuo capaz de demostrar la grandeza que el destino reserva a muy pocos, un Salomón, un Borgia, es lo que espera para el futuro glorioso de Florencia.

¹⁰¹ Meinecke, F. p.33

¹⁰² Meinecke, F. p.36.

Un pasaje del *Discurso* nos ilustra sobre cómo y quién debe encauzar al pueblo:

*“...renace, pues el bien en una república, o por virtud de un hombre, o por virtud de una ley; [como] las leyes que renovaron Roma las primitivas costumbres dictadas contra la ambición y la insolencia de los hombres. Tales leyes exigen para que produzcan los efectos deseados, el valor de un ciudadano que rigurosamente contrarreste el poder de los que las infringen.”*¹⁰³

Se evidencia así, lo determinante que es la Virtù de un soberano sobre la conducta de los gobernados, habiendo elogiado en otras circunstancias la capacidad del pueblo para desarrollar su propia Virtù, Maquiavelo urge para el pueblo florentino una mano regia que corrija la pervisión de las costumbres. Nadie como él sufre y lamenta la pérdida del afán por la Virtù, y la verdad; la absurda comodidad de la corrupción social, la apasible incertidumbre de vivir al azar, le llevan a oponerse una y otra vez contra la nefasta quietud de la pasividad: *“...las apariencias en este nuestro corrompido siglo hacen que los hombres no piensen apartarse de la rutina.”*¹⁰⁴

La apatía social que denuncian los textos maquiavelianos, hacen decir a estudiosos como I. Berlin, que Maquiavelo no es hombre de esperanzas; sin embargo, debió serlo, pues aún cuando observa una realidad tan lejana a su ideal, la premisa constante de su pensamiento es la posibilidad del cambio. La Virtù humana, de hecho, se plantea alrededor de una serie de anhelos en donde la transformación del presente es determinada por el futuro, la patria se plantea en la grandeza del porvenir.

La Virtù maquiaveliana, en concreto, es influida por el pensamiento clásico; la influencia de Cicerón, en especial, se percibe al darle a la Virtù un cariz público. Maquiavelo, ha dicho, un Estado renace por virtud de un hombre y de él la aprenden los súbditos; la Virtù, en suma, es formativa en un Estado, y al ser ejercida por un soberano tiene un doble efecto social: *“... pues sus virtudes influyen tanto que los buenos desean imitarle y los malos se avergüenzan de llevar vida opuesta a la suya”*¹⁰⁵

Por lo tanto, el virtuosismo de un líder político, debe traducirse en “buenos” actos de gobierno, pues estos muestran la fortaleza de un Estado, así como la sabiduría de su

¹⁰³ Maquiavelo, N. *Princ.* Cap. VIII p.322

¹⁰⁴ Maquiavelo, N. *Disc. Lib. II Cap. XIX* p.191

¹⁰⁵ Maquiavelo, N. *Disc. Lib. II Cap. XIX* p.223

gobernante. La prudencia con la que se conduce el soberano, según veremos, nos indica en gran medida lo correcto de su proceder, como Maquiavelo asevera:

*“...un príncipe poderoso y valiente superará siempre las dificultades... Así pues bien considerado todo no será difícil a un príncipe prudente mantener firme el ánimo de sus conciudadanos antes y durante una asedio.”*¹⁰⁶

El poder casi absoluto que detenta un príncipe, hacen ver a Maquiavelo, la necesidad de delimitarlo; sin embargo, será la propia virtuosidad del soberano la que le impida cometer excesos contra sus gobernados. La prudencia, por consiguiente se eleva como la máxima sabiduría política, no olvidemos: un hombre de Estado debe anteponer el bienestar de la *polis* a sus deseos.

Finalmente, podemos decir: la *Virtù* en el discurso maquiaveliano se define en términos cívicos, siendo inspirada por los antiguos, se presenta como la capacidad de un individuo (física y mental) para llevar acabo acciones positivas en bien de la patria.

Maquiavelo, encuentra en este concepto respuesta a muchas de sus interrogantes sobre el actuar de los ciudadanos, pues, es por *Virtù* cívica que un individuo debe pensar primero en el bien de la Ciudad que en el propio, y también por *Virtù* un soberano se “sacrifica” para llevar a buen fin el destino del Estado, dando paso a la prudencia política y no a la ambición personal.

Sin embargo, la *Virtù* por sí misma no sirve de mucho a un gobernante, Maquiavelo al dedicarle *El príncipe* a Lorenzo de Medici, le desea que sus dotes personales y la fortuna le den la grandeza que prometen; fuera o no sincero este sentimiento, lo cierto es que se establece una interdependencia entre *Virtù* y *Fortuna*; de esta forma se explica Maquiavelo, el por qué un hombre virtuoso pierde el poder, y por qué un hombre sin mayores aptitudes puede conservar un Estado. La *Fortuna*, según veremos, a menudo decide las acciones de los seres humanos, quedando a estos el saber aprovecharlas, por ello, puede afirmar Maquiavelo:

“... los que de pronto llegan a ser príncipes tienen tan superiores dotes, que también de pronto se adiestran para conservar lo que la fortuna ha puesto en sus

¹⁰⁶ Maquiavelo, N. *Princ.* Cap. X p. 325

manos y siempre que después de ser príncipes, busquen y encuentren los fundamentos que otros procuraron adquirir antes de serlo, lo conservaran."¹⁰⁷

Ser virtuoso, en amplio sentido, es ser capaz de administrar las virtudes personales en bien del Estado, e intentar aprovechar aquello que la Fortuna pone en nuestro camino; la Fortuna, como veremos, siendo engañosa lleva al ser humano al límite de la decisión, obligándolo a mostrar lo mejor de sí.

III. LA MISTERIOSA FORTUNA

La Fortuna, a diferencia del concepto de Virtù, tiene en la obra maquiaveliana una serie de apartados que nos indican su relevancia. La Virtù, se ha dicho, representa la expresión de las cualidades humanas, y la Fortuna a menudo la acompaña, por eso, es indispensable reconocer los ámbitos y alcances de cada una de ellas.

Primeramente, en cuanto a los espacios: la Virtù se desenvuelve en la esfera de lo humano, es decir, se inscribe en la intimidad del individuo, en sus fuerzas y talentos. La Fortuna, por su parte, trasciende el nivel personalista, como veremos, Virtù y Fortuna se contraponen en esencia. A. Parel, afirma, mientras la Virtù da al ser humano la certidumbre de manejar su suerte, la Fortuna: "... se refiere a los diferentes aspectos o momentos de la experiencia fundamental del hombre de no controlar totalmente su destino en la tierra."¹⁰⁸

Del mismo modo, para Maquiavelo, la Fortuna tiene el poder de cambiar el rumbo de muchas de nuestras acciones, al grado de llevarnos de golpe a la cima de nuestros deseos o de sumergirnos en la más espantosa de nuestras derrotas. Es así, que puede afirmar, vivir en prosperidad o en desgracia no es algo encomiable o censurable por sí mismo:

"La mayoría de las veces se les verá [a los hombres] en la desgracia o ascender a la mayor fortuna (...) impulsados por una fuerza superior a ellos, que procede del cielo y que les da o quita ocasión de mostrar su virtud. Cuando la fortuna quiere

¹⁰⁷ Maquiavelo, N. *Princ.* Cap. VII p.316.

¹⁰⁸ Parel, A. *The political Calculus.* P128

*que se realice, grandes cosas, elige a un hombre de tanta inteligencia y tanto valor, que comprenda y aproveche la ocasión que se le presenta. De igual manera cuando quiere producir grandes ruinas...*¹⁰⁹

La Fortuna, debe entenderse en lo sucesivo como “una fuerza superior a los hombres”, la cual pone a prueba su verdadera grandeza. En este sentido, no debemos olvidar que los Estados a semejanza de los individuos sufren los embates de la Fortuna, correspondiendo al soberano allegarse de sus máximas virtudes para salir adelante.

No obstante, reconocer el implacable poder de la Fortuna sobre el destino, Maquiavelo, asevera que ella controla solamente la mitad de nuestras acciones o un poco más, dejando al arbitrio humano un espacio en el que solamente su naturaleza rige las acciones. Por lo tanto, la Fortuna no trastoca la existencia, por el contrario, prevé al ser humano de la existencia de fuerza ajenas a las suyas, conminándolo a estar preparado en toda circunstancia, pues la Virtù sirve muy poco cuando el destino, la suerte, la Fortuna se empeñan en ir contra nuestros anhelos.

Maquiavelo, empleando una metáfora, compara la Fortuna con un río caudaloso, cuya fuerza destruye cuanto hay a su paso, mas no impide a la voluntad humana construir sobre las ruinas:

*“Del ímpetu de sus aguas huye todo el mundo, todo cede a su empuje incontrastable, pero esto no impide que al volver a su cauce, los hombres construyan diques y calzadas para precaver...”*¹¹⁰

Aprender del pasado, de la experiencia, es para Maquiavelo la única forma de hacer menos incierta a la Fortuna, lo ha dicho del arte de la guerra, del ejército, y de los Estados, también los individuos deben aprender a utilizar los hechos pasados para conservar aquello que la Fortuna puede arrebatarles. Después de todo, sólo pueden construirse diques cuando se han sufrido los destrozos de las aguas, cada dique representa para el ser humano un intento por oponerse a la Fortuna.

Para Maquiavelo, un hombre tienen dos opciones: se preparaba para los golpes de la Fortuna o los sufre sin mas; juzgando por los resultados afirma, la Fortuna impacta con mayor violencia ahí donde no existe fuerza que se le oponga. En consecuencia, la Fortuna

¹⁰⁹ Maquiavelo, N. *Disc. Lib. II Cap. XXIX* p. 213.

debe ser acometida con energía. Florencia, por ejemplo, poblada por seres pasivos sin el menor ánimo de atacar con coraje los imprevistos del destino es víctima indudable de los caprichos de la fortuna. Recuerda en cambio a las tropas romanas, quienes en cada conquista ponían todo su valor, sin esperar nada de la fortuna.

Por desgracia, piensa Maquiavelo, los individuos, así como quienes se encuentran frente a un Estado, olvidan las lecciones que la historia puede dar y repiten los errores que en otro momento les arruinaron: culpando a su mala suerte más que a su terquedad e imprudencia la destrucción de su patria. La falta de previsión, explica entonces la ruina física y moral de individuos y Estados completos: “... *por ser común defecto de los hombres no cuidarse en la bonanza de la tempestad.*”¹¹¹

Un príncipe, hemos dicho con anterioridad, debe tener como cualidad el ser previsor, un jefe de Estado no puede esperar que los acontecimientos lo envuelvan sin más, en la buena o mala Fortuna debe probar su verdadero temple. La legitimidad, de hecho, se fortalece en la lucha franca contra la Fortuna, los héroes legendarios, los añorados gobernantes, lo son por haber arrojado al azaroso destino. La Fortuna es en definitiva: “... *esa fuerza misteriosa que nos reta a ir más allá de lo esperado.*”¹¹²

Puede percibirse, ahora, lo que de principio llamamos la interdependencia Virtù-Fortuna, si bien la Virtù atañe a las fuerzas de un ser humano para llevar a cabo un empresa en sentido positivo, la Fortuna es una oculta e inesperada fuerza que impulsa al individuo a alcanzar sus metas, aún en circunstancias adversas. La Virtù, en el discurso de Maquiavelo, se encuentra frente a la Fortuna para acometerla, es decir, la energía de un ser humano por necesidad habrá de entregarse en alguna medida a ir contra la inestable fuerza de la Fortuna, ya que en ella toda virtud pierde posibilidades de ser: “*La virtud [por consiguiente] tiene como cometido hacer retroceder a la “fortuna”. La “fortuna” es astuta, también, puede ser virtù si no tiene otro remedio.*”¹¹³

En concreto, un gobernante ante los golpes de la Fortuna demuestra su real valor si hace de un acto necesario un acto virtuoso. Recordemos, la Razón de Estado implica que

¹¹⁰ Maquiavelo, N. *Princ.* Cap. XXV p. 355

¹¹¹ Maquiavelo, N. *Princ.* Cap. XXV p. 355.

¹¹² Maquiavelo, N. *Princ.* Cap. XXV p. 355

¹¹³ Meinecke, F. p.37

un soberano se ve obligado a usar recursos extraordinarios, a fin de salvar la integridad de su Estado, Maquiavelo, asegura, es aquí donde un gobernante sabio, hace Virtù de una acción realizada por necesidad: "... la virtù tiene el pleno derecho de echar mano de todas las armas, a fin de dominar la "fortuna", esta idea sería esencial para entender la razón de Estado."¹¹⁴

En conclusión, comprender la interdependencia entre Virtù y Fortuna nos lleva hacia una posición más completa del acontecer político, y su circunstancia. En el ejercicio político, este binomio lleva al soberano a tomar lo mejor de sí para ejercer su poder, siendo la Razón de Estado la manifestación más clara del ahínco con el cual un ser humano lucha por hacer de la necesidad Virtù, y de la Fortuna, siempre buena Fortuna; la legitimidad del poder político viene entonces como efecto de un actuar bien dirigido.

Este afán del ser humano por modificar su situación, hace pensar a Maquiavelo en el doble papel que juega la Fortuna, pues los mismo determina, que libera, nos oprime o nos impulsa:

*"Afirmando una vez más que los hombres pueden secundar a la fortuna y no contrarrestarla; puede tejer sus hilos, pero no romperlos. No deben abandonarse a ella porque ignorando sus sendas, siempre hay motivos de esperanza que sostendría en cualquier adversidad y en las mayores contrariedades de la suerte."*¹¹⁵

La fortuna, en suma, puede destruir lo que hemos construido, quitarnos lo que hemos logrado, pero no podrá nunca impedirnos desafiarla en la esperanza de nuevos horizontes. Maquiavelo se revela aquí como un hombre de fe, para quien la humanidad es un ser con valentía, capaz de crear la sociedad en la que quiere vivir.

Como veremos, un compromiso se entretiene entre quienes comparten una comunión algo más que política, Maquiavelo, podemos decir, sueña sentimentalmente en una patria con ciudadanos comprometidos, gobernados por un soberano responsable, para quien los actos de gobierno son Virtù antes que necesidad; convirtiendo la acción política, en expresión real de un programa de vida, no sólo individual sino colectivo.¹¹⁶

¹¹⁴ Meinecke, F., p.42.

¹¹⁵ Maquiavelo, N. *Disc. Lib. II Cap. XXIX* p.253.

¹¹⁶ Cfr. Villoro, L. "Fines y medios" en *Diálogos sobre filosofía política*. UNAM/1995 p.32. De hecho Villoro condiciona la factibilidad de un proyecto personal a uno general.

III. EL IMPERIO DE LA NECESIDAD

La naturaleza del hombre, ha dicho Maquiavelo, está atada irremisiblemente a sus deseos, y en la incesante búsqueda de sus anhelos se enfrenta con la realidad. En esa realidad el ser humano se ve a sí mismo en sus limitaciones, ya que su Virtù no siempre es suficiente para contravenir los caminos de la inefable Fortuna; además, la Necesidad es un elemento que se agrega a las fuerzas determinantes del ser humano.

En los textos de Maquiavelo, la Necesidad no se presenta como un concepto que pueda ser estudiado con independencia, más bien, se manifiesta través de la vinculación entre la Virtù y la Fortuna. La Virtù, se ha dicho es una energía que emana del ser humano, mientras la Fortuna es una fuerza liberada por la situación que se vive; la Necesidad por su parte, interactúa entre éstas dos fuerzas, atando el hecho a su circunstancia; es decir, aquello creado desde la Virtù por un individuo en un tiempo y espacio es puesto “azarosamente” en concordancia, naciendo la Necesidad de resolverlo.

La Necesidad, para Maquiavelo, siempre ronda los actos humanos, es así como, actuamos, por Necesidad antes que por Virtù. Meinecke, en su estudio sobre Maquiavelo, asegura que los actos políticos en este autor deben considerarse desde diversas perspectivas, entre ellas la teoría de la necesidad: “...[pues] *la necesita es en cambio [a diferencia de la virtù y de la Fortuna] la fuerza causal: el medio para dar a la masa inerte la forma requerida por la virtù.*”¹¹⁷ En consecuencia, la Necesidad incita a la Virtù, la hace florecer, yendo contra la Fortuna.

En el *Discurso* Maquiavelo, confirma la función rectora de la Necesidad: “*Ya hemos dicho cuan útil es la necesidad a las acciones humanas, y como han sido causa de hechos gloriosos. Acertadamente han escrito algunos filósofos moralistas [que las manos y el lenguaje] ... no hubieran obrado bien ni producido la grandeza a la que han llegado los actos humanos sino obligados por la necesidad.*”¹¹⁸ En suma, la Necesidad es un impulsor invaluable, pues sólo por Necesidad enfrentamos circunstancias inimaginables, y las

¹¹⁷ Meinecke, F. p.39

¹¹⁸ Maquiavelo, N. *Disc. Lib. II Cap. XII* p. 250

superamos involucrando todas las fuerzas que poseemos. En política, asegura, Maquiavelo, los tiempos de necesidad son tiempos de grandeza, pues, un soberano afianza su poder cuando más complicada es la situación que resuelve.

Puede percibirse la evidente liga entre la Necesidad “pura” y la Razón de Estado, decíamos, en otro momento, cuando se percibe una necesidad política el soberano emplea su máxima Virtù para sobrevivir. La Necesidad, en resumidas cuentas se convierte en un medio más para engrandecer a un actor político, pues le reditúa de sobremanera si logra sortearla correctamente. Decía, Maquiavelo, un gobernante demuestra su sabiduría y prudencia cuando sabe convertir en mérito las acciones que por necesidad ejecuta.¹¹⁹ En consecuencia, un soberano debe comprender muy bien, no sólo, los designios de la Fortuna sino los de la Necesidad, pues en ésta se ponen a prueba sus cualidades para enfrentar la voluntariosa Fortuna.

En el pensamiento maquiaveliano, la Prudencia del hombre, es capaz de trascender los avatares de la Fortuna, y la Necesidad. La prudencia, a un soberano le da la certeza de actuar con corrección, aun cuando se contravengan las normas cotidianas, o se fuerce a los súbditos a la obediencia. La sabiduría de un gobernante, según veremos, se demuestra en el uso prudente y responsable del poder, nunca en la justificación de actos deleznable políticos, y moralmente. Después de todo, la legitimidad del poder se funda en la capacidad del soberano para decidir el destino de sus súbditos.

¹¹⁹ Maquiavelo, N. *Disc. Lib. I Cap. II* p.135

IV. LA PRUDENCIA POLÍTICA

La Prudencia, en la obra maquiaveliana representa, la máxima habilidad política de un ser humano: quien la posee, conquista cuanto se propone, no habiendo poder ni fuerza que se le oponga, ni siquiera la Fortuna. Un ser prudente, trasciende la circunstancialidad del momento, el pasado y el futuro no le intimidad, pues espera lo inesperado; de ahí que la Prudencia esté reservada a unos cuantos seres virtuosos, a quienes Maquiavelo rememora como grandes gobernantes de la Antigüedad.

En *El Príncipe*, se dice, un soberano es prudente cuando confronta una incertidumbre política liberando o sujetando ciertas acciones, siendo su Estado difícil presa de la Fortuna. La Prudencia, a fin de cuentas, da la seguridad al gobernante de ser quien dirige el rumbo del Estado y nadie más.

Maquiavelo, asume, que calcular los costos y los beneficios de una acción política debe ser el criterio en un inminente estado de emergencia, de hecho un soberano prudente prevé una situación límite, pues sabe los riesgos de una posición en donde la Necesidad se impone sobre la Virtù humana. Ha dicho Maquiavelo:

*“ No espere ningún estado tomar en este punto determinación segura, sino muy dudosa, porque en el orden natural de las cosas está que no procure evitar un inconveniente sin incurrir en otro; pero la prudencia consiste en saberlos distinguir y adoptar como bueno el menos malo...”*¹²⁰

El calcular los pro y contras de una acción política, ha creado históricamente la “cientificidad” de la política maquiaveliana, en adelante los sucesos políticos, se afirma, puede vincularse en una deducible cadena causal, predecible en términos lógicos concretos. Esta deducción, ha sido apoyada, en la época contemporánea por un sinnúmero de pensadores, quienes agregan de continuo la necesaria amoralidad de la política maquiaveliana, convirtiéndola en una mera técnica de gobernar. Sin embargo, no estamos obligados a invalidar esta afirmación para proseguir nuestra línea, en donde la política y la moral encuentran un espacio común, pues, como se ha dicho Maquiavelo, puede ser leído desde ángulos diversos, y uno de ellos es precisamente, el del ejercicio

¹²⁰ Maquiavelo, N. Princ. Cap. XXI p. 3151-352

del poder unido al concepto de Prudencia, en donde el propio autor da un sesgo moral al actuar político, al definir una acción prudente como la “menos mala”.

Un soberano, decíamos al tratar la Razón de Estado, debe tener suma diligencia al hacer uso “extraordinario” de su poder, pues ahí podría perder no sólo la posesión real que de él tiene, sino la legitimidad. Ser prudente, entonces, se erige como un criterio mínimo para el jefe de Estado, eligiendo siempre entre las opciones la menos mala. La prudencia, aparece, por desgracia, vagamente en la obra de Maquiavelo, sin embargo, podemos inferir: implica la obtención del mayor beneficio para el Estado, así como el menor daño para los subordinados, y esto sin caer en una falsa deducción, ya que hay suficientes indicios de su prioridad patriótica, así como de su ponderación del pueblo.

La Prudencia, termina siendo una garantía política, y un asidero de la legitimidad pues cierra la puerta a aquellas acciones realizadas por odio, venganza o deseo personal. Se es prudente cuando los impulsos son dominados, cuando se toman riesgos políticos previendo alguna ventaja, es así como puede decir Maquiavelo, tenga cuidado un soberano de ofender sin necesidad, puesto que, puede hacer de un enemigo débil una verdadera amenaza para el Estado, enunciando una regla clave para actuar con prudencia:

*“Creo que una de las mejores reglas de la prudencia que pueden usar los hombres es la de abstenerse de injurias y amenazas de palabra porque ninguna de ambas cosas quita fuerza al enemigo.”*¹²¹

Del mismo modo, se afirma, es imprudente atentar contra el patrimonio y el honor de los hombres pues: *“...quien es amenazado y se ve por necesidad en la alternativa de obrar o huir, conviértese en hombre muy peligroso para un príncipe.”*¹²² Llegando incluso a no importarle destruir a su patria con tal de tomar venganza. La Prudencia, en un primer sentido, obliga al gobernante a reprimir su naturaleza en bien del Estado.

Si bien, la Prudencia, implica por un lado la contención de la naturaleza humana, por otro, favorece algunas actitudes, por ello, en caso de guerra ser prudentes es actuar al modo de los antiguos, con habilidad, inteligencia y sobre todo innovación. Los romanos, se afirma, sabían ser prudentes pues se apartaban de los procedimientos comunes, siendo

¹²¹ Maquiavelo, N. Disc. Lib. II Cap. XXVI

¹²² Maquiavelo, N. Disc. Lib II Cap. VIII p. 173.

concedores del Arte de la guerra, fundaron la grandeza de sus conquistas en sus estrategias militares.¹²³

Las frecuentes conquistas de territorios en el siglo XVI responde en gran medida a la antigua idea de equiparar la fortaleza de un Estado con su extensión geográfica, sin embargo, la historia europea se caracterizó por los despojos sangrientos, e inmisericordes de las regiones; puede comprenderse ahora por qué Maquiavelo confía en la Prudencia del soberano al invadir una región, aconsejándole no herir la dignidad de los individuos, ni dejarse llevar por sus pasiones.

Tal pensamiento, no es mera bondad maquiaveliana, es ejemplo de la sagacidad política, pues una conquista “pacífica” otorga mayores beneficios políticos, asimismo el bienestar de los dominados da legitimidad a un Estado, sin importar su origen. Por ello, Maquiavelo, recuerda, a quienes van tras la conquista de territorios: “...tanto mayor se echan en tus brazos los hombres, cuanto menos deseos muestras de sujetarlas, y tanto menos temen por su libertad cuanto más suave y humano te muestras con ellos.”¹²⁴

Ser prudente, como puede percibirse no es equivalente a ser bueno o benévolo, sino, en términos llanos es ser mesurado; la Prudencia en el juego político maquiaveliano significa colocar las piezas correctas en el momento adecuado, la regla básica de dicho juego es prever más allá de lo inmediato, y no olvidar los límites que la propia naturaleza imponen al ser humano. Un soberano, consciente de su condición humana, debe aceptar su derrota ante la inexplicable existencia de pueblos a quienes le es indiferente el bienestar, la libertad, o la paz.

A fin de cuentas, se deben asumir los riesgos de una decisión, por ello, confiando en su conocimiento político: “... debe examinar atentamente el estado de las costumbres públicas y calcular por el los inconvenientes de la empresa; porque tan difícil y peligroso es querer dar libertad al pueblo que desea vivir en servidumbre como esclavizar al que quiere ser libre...”¹²⁵

¹²³ Maquiavelo, N. Disc. Lib II Cap. VI p.167

¹²⁴ Maquiavelo, N. Disc. Lib. II Cap. XXI p.196

¹²⁵ Maquiavelo, N. Disc. Lib. II Cap. VI p.73

La realidad, se impone de esta forma, como parámetro; sopesar la viabilidad de una acción, anticipar el rumbo de los hechos es labor de un soberano dotado de prudencia política.

Una vez delineada la Prudencia política podemos asegurar, que el poder político dentro del esquema maquiaveliano permite ser problematizado desde un ámbito valorativo vinculando directamente el ejercicio del poder con el destino de los subordinados; como hemos visto, un soberano actúa y ejecuta acciones de gobierno que repercuten en el bienestar del pueblo. En la obra de Maquiavelo, claramente, se coligan el discurso del poder con el discurso del bien común, pues de continuo se exalta la necesidad de un gobierno que beneficie de alguna forma al pueblo.

Es así, como podemos concluir: un gobernante ante una disyuntiva política debe sopesar con justeza los costos de su determinación, teniendo presente los dictámenes de la Prudencia, y desde luego, el inevitable influjo de la Fortuna. La imprudencia, afirma el autor, conlleva un precio para quien la provoca: “... porque donde los hombres tienen escaso valor y poca prudencia muestra la fortuna su poder, y como ésta es variable, cambian frecuentemente los estados y las repúblicas sometido a sus influencias...”¹²⁶ El Estado, por lo tanto, alcanza gran parte de su estabilidad por el papel protagónico de la prudencia política, la Antigüedad, refiere Maquiavelo, debe su grandeza a hombres prudentes.

Los actos políticos prudentes, pudo verse, determinan el rumbo de un Estado y el destino de un soberano. En consecuencia, Maquiavelo, permite una lectura más allá de la neutralidad moral, sustentada en la relación prudencia-poder; más aún haciendo una extensión de las premisas podemos asegurar que el cariz moral de la política maquiaveliana es parte integral de su obra, desde donde puede plantearse un criterio político-moral: la responsabilidad. Sin embargo, conviene hacer un recuento previo de lo ya expuesto, con vistas a su posible “etificación”, veamos, se ha dicho que nuestro autor:

- a) Puede ser leído desde la óptica del poder o desde la de un discurso moral, pero debe presuponerse la existencia de ambos discurso en todo escrito político.

¹²⁶ Maquiavelo, N. Disc. Lib. I Cap. VI p. 37.

- b) Su obra debe valorarse desde una moral diferente a la Occidental, donde el civismo se halla por sobre otros valores.
- c) La virtù es para él la energía que nos arroja a la conquista del mundo y que la fortuna es una fuerza azarosa que puede ser implacable.
- d) La necesidad nos obliga a emplear toda nuestra virtù contra la fortuna.
- e) Por último la prudencia es el parámetro de las acciones de un soberano, de quien depende el futuro del Estado al que sirve.

Si las anteriores afirmaciones contienen la coherencia que les atribuimos, no podrá objetarse que Maquiavelo es un pensador en quien la escisión política-moral ha sido artificial. Más aún es él quien sostiene una especial simbiosis entre ser político, ciudadano e individuo; no siendo posible ni siquiera en sus textos delimitar dónde empiezan los anhelos del ser humano, como tal y donde los del soberano.

La prudencia insertada en un ámbito político pone en primer plano la complejidad de valorar el actuar individual, pues afecta a quienes forman parte de la organización política, el soberano debe aquí, haciendo uso de su autoridad, valorar la mejor opción apegándose a ciertos criterios políticos donde le sea posible justificar su actuar, resolviendo ética y políticamente su situación como figura pública.

CAPITULO QUINTO

HACIA LA ETIFICACIÓN DE LA POLÍTICA

Vamos a buscar entre las asociaciones políticas
la mejor de todas para que los hombres puedan
vivir a la medida de su voluntad.

Aristóteles

I. Prudencia política

Hoy día hablar de Prudencia política parece ser, no sólo, una concatenación de términos desfasados históricamente, sino una conjunción insostenible en sociedades que no tienen siquiera un consenso sobre sus fines. No obstante, veremos como la Prudencia puede ser erigida en criterio para la acción política, sin que ello signifique homogeneizar el ejercicio del poder, o más aún anular al individuo en sentido moderno.

Asimismo, tendremos ocasión de plantear cómo la Prudencia deriva, en términos políticos, en responsabilidad; cumpliendo así nuestro cometido: “moralizar” la política moderna desde el pensamiento maquiaveliano.

Sabemos bien, que en un afán de renovación moral Maquiavelo lucha por dar actualidad a los valores de la sociedad clásica, siendo la Prudencia la cúspide de su anhelo. La Prudencia, como vimos, conjuga de forma única las fuerzas de la acción política: la Virtù de un sujeto, la circunstancialidad de la Fortuna, la Necesidad del azar, y por supuesto

la libertad del individuo para determinar el rumbo de los acontecimientos. Es entonces que, pueden denominarse prudentes las acciones del político que con sabiduría equilibra y sopesa con conocimiento de hecho el camino por el cual transitarán él y sus gobernados. Maquiavelo, confía en que la Prudencia sea usada por el ser humano para regir su destino; siendo la prudencia símbolo de la sabiduría humana:

“Creo que como la naturaleza ha hecho a los seres humanos diversos rostros, también les ha dado diversos ingenios y diversa fantasía (...) verdaderamente quien fuese tan sabio que conociese los tiempos y el orden de las cosas y se acomodase a ellos, tendría siempre buena fortuna, o se guardaría siempre de la mala, y vendría a ser verdad que el sabio manda en las estrellas y en los hados.”¹²⁷

En síntesis, para el autor, los fracasos políticos o militares son decididos por la prudencia humana, pues, son los sujetos quienes deciden gran parte de su destino y no el azar. En consecuencia, la renovación de la conciencia cívica, vendrá del ciudadano que ha abandonado añejos vicios para iniciar el camino de la prudencia y del bien común.

Lamentablemente, Maquiavelo no vivirá para ver el nuevo rostro político de Florencia; en su *Epistolario* señala con amargura la pérdida invaluable de la herencia Romana y la apatía de quienes viven en medio de la destrucción social, por ello, hace un desesperado llamado a quienes la gobiernan, incitándolos a efectuar un cambio radical en su sistema político, teniendo como único parámetro la prudencia.

Para quienes vivimos el fin de milenio la sensación de pérdida es semejante a la que sentía el escritor renacentista, sólo que hoy no son las antiguas virtudes las que echamos de menos, sino en general el sentido político de la vida. En las sociedades contemporáneas la política es adjetivo, profesión, disciplina, todo antes que rasgo definitorio de la condición humana. Por ello, nuestra tarea no culmina con el enlace entre política y moral, sino que pretende en el fondo afirmar la condición política de lo humano, pues, sólo entonces podemos pensar en una renovación de los valores sociales.

No pretendemos, como puede pensarse, hacer “buenos” los actos políticos, o santificar los medios de que se vale la política dejándonos llevar, como se dice sucede al comandante Marcos, por “... la fascinación prestigiosa de la moral [que] se cimienta,

¹²⁷ Maquiavelo, N. *Epistolario* p.72

*como otros tantos prestigios en los cuernos de la luna y un traje de torero.*¹²⁸ Personalmente, creo que intentar la moralización de la política es una urgencia de nuestro tiempo, y que no necesariamente conlleva a la subjetivización del tema, ya que, eso nos colocaría en el extremo opuesto de quienes la determinan como estricta ciencia.

Debemos insistir, la política incumbe a todos, por lo tanto, no puede ser un conocimiento exclusivo de quienes han decidido convertirla en el medio para satisfacer su innato deseo de dominio. Si bien, no podemos negar que la política tiene como fin natural la adquisición del poder, y como procedimiento singular y última *ratio* la violencia, tampoco podemos olvidar que su naturaleza es la del bien común, por lo tanto, establecer la relación gobernante-gobernados desde un ángulo valorativo es enlazar el poder, los medios y los partícipes de la práctica política.

El poder, podemos decir ahora, se revela en sus diversas acepciones como un concepto común a la política y a la moral; en política hablamos de los hombres en el poder, en la moral de los deberes de estos hombres “dueños” del poder. En dicha intersección es común afirmar que el poder es quien corrompe a los seres humanos, pues, se convierte en el instrumento de sus deseos, no obstante, afirma Reyes Heróles, nadie repara en cómo el hombre corrompe al poder: “... *con terribles consecuencias para quienes lo sufren y para aquellos que lo ejercen. Es sabido que se necesita ver al hombre en el poder para conocerlo... pero si al hombre se le conoce sólo cuando ejerce el poder, al poder [asegura el autor] sólo se le conoce ejercido por el hombre.*”¹²⁹

Esta indisoluble relación hombre- poder fue planteada en muchos sentidos por Maquiavelo, su idea sobre la prudencia es reflejo de la búsqueda por equilibrar los intereses del Estado y los del individuo, de la misma forma sintetiza el discurso del poder y el de los valores, ya que, la prudencia se manifiesta en saber obtener bienes para la patria ejerciendo correctamente el poder. Podemos asegurar, que el poder guarda tras de sí una veta interna que nos conduce al mundo de los valores, en Maquiavelo la Prudencia determina la decisión de un gobernante entre el bien personal y el bien de la comunidad.

¹²⁸“Moral y política, un recuento” Roberto Pliego en Nexos/Abril 1997 p. 42

¹²⁹ Ibid. p. 40

Meinecke, por su parte, está convencido de que los valores morales tienen una utilidad política, pues imponen límites a las acciones humanas salvando Estados completos¹³⁰. Sin embargo, sabemos que no es posible establecer una jerarquía de valores universales¹³¹ sin atentar, en mayor o menor grado, contra la libertad del individuo.

No obstante, sí podemos aspirar al reconocimiento de un principio básico general, desde el cual se normen las acciones políticas del hombre en el poder: la responsabilidad. Desde luego, se dirá que la simple propuesta compromete la individualidad, pues se coarta el derecho humano a elegir libremente la forma de conducirse. En efecto, el espacio privado pelagra cuando se le encauza externamente, pero, al limitar el ejercicio del poder estamos recuperando el verdadero sentido de la política, su sentido público, desde donde el individuo puede defender realmente su espacio vital.

Maquiavelo, sabemos bien, no se ocupa de la Responsabilidad política, y ni siquiera la menciona en sus textos como tal, pero, en nuestro camino encontramos que la Prudencia al abrirnos un brecha valorativa nos permite plantear la correlación entre el poder político y sus repercusiones sociales, no olvidemos, sus textos pretenden revertir el estado crítico de Florencia. La responsabilidad, como veremos, aparece al lado de quienes ejecutan las acciones de gobierno, y no es absurdo plantear que Maquiavelo delinea la responsabilidad política de los individuos que ejercen el poder.

La amoralidad política, no olvidemos, en el mundo moderno tiene la firma de nuestro autor, ello nos obliga a recuperar su otro discurso, el discurso moral. Aún cuando se afirme, que la ausencia de criterios morales en la obra maquiaveliana justifican de sobra el ser símbolo del cinismo político en nuestros días, y padre del realismo teórico, cuyo núcleo se encuentra en el cálculo programado de la ganancia política, no podemos negar la constante presencia de su anhelo del bien común. La paradoja se presenta así en el núcleo de su pensamiento, al fundirse un discurso político, y un discurso moral, es así como:

“...en El príncipe Maquiavelo continuamente despierta la impresión de que la política racional es decir realista, es la contrapartida del actuar moral. Y sin

¹³⁰ Meinecke, F. p.17

¹³¹ Véase “¿El fin justifica los medios? o el consenso de lo imposible.” Gutiérrez, G. en Diálogos sobre filosofía política. p. 57-67

embargo Maquiavelo aprecia también el calculo racional y no subestima la moralidad. Pero es la insuficiencia de sus criterios éticos lo que provoca que al alabar y recomendar el actuar político racional, al mismo tiempo lo desvalorice."¹³²

En efecto, la carencia de valores, la frialdad política, el realismo de la obra maquiaveliana han ocultado al hombre, al ciudadano florentino que le apremia señalar los excesos del poder, y para quien, ser ciudadano es entregarse en cuerpo y alma a los asuntos públicos, siendo la Prudencia un intento por determinar los alcances del poder.

A fin de determinar el verdadero peso de los valores públicos en el pensamiento de Maquiavelo nos adentraremos en el realismo político, corriente en la cual ha sido inscrito y desde donde se afirma su amoralidad política; esperamos mostrar contrariamente que en su obra sobrevive siempre una preocupación moral, en donde es posible etificar la política.

REALISMO POLÍTICO

La teoría política en su desarrollo histórico, ha creado una serie de subdivisiones que le han facilitado el estudio de los pensadores, por corrientes, épocas o afinidades conceptuales. El realismo, siendo una de las corrientes políticas más amplias reúne a los teóricos interesados en interpretar a los fenómenos sociales desde la objetividad, es decir, intentan encontrar las generalidades de lo político. La política moderna, y contemporánea en gran parte es identificada con la científicidad de su proceso, calcular, suele afirmarse, es obligación de quienes dirigen un sistema de gobierno.

No obstante, seremos partícipes de otro realismo, un realismo político en donde la única ley es la probabilidad, siendo el entorno social un caudal de sucesos posibles; en éste realismo Maquiavelo no es un frío observador sino un prudente pensador capaz de diferenciar los actos políticos en su causa y efecto, así como valorarlos.

Desafortunadamente, para nosotros, la perspectiva realista no tiene una connotación uniforme ni unívoca, pues, es algo más que una visión objetiva de los hechos políticos, o la antítesis del idealismo. Para cierto grupo es una lucha sin cuartel por el poder, para

¹³² Bukheim, H. *Política y poder*. p. 17

otros es una técnica para administrar el poder; y algunos mas la conciben como una pluralidad en donde los seres humanos transan sus intereses por fines comunes.

Pese a ser impreciso el significado del realismo político, se puede asegurar que existe un fondo común, un principio básico esencial para el estudio del fenómeno social, la objetividad:

“... se presume [entonces] que si obedecemos en nuestro conocimiento a la realidad social y sus leyes seríamos capaces de dominar el desarrollo social. Realista, sería la voluntad política que sabe aprovechar las necesidades objetivas.”¹³³

En consecuencia, un político realista debe tener la sagacidad para identificar el momento que se vive; Maquiavelo, en este sentido, habló de la capacidad de los seres humanos para amoldarse a los signos de los tiempos, contemporizar, decíamos era ver más allá de la adversidad, trascender el destino de la realidad inmediata, demostrando el líder su verdadero temperamento.

Ser realista, en el contexto maquiaveliano no se limita a identificar objetivamente los sucesos, es tener la aptitud de dar dirección a los mismos, recordemos que hay a la base un gran proyecto político, una nueva Florencia; es así que podemos decir, el realismo define a la política *“...como el arte de lo posible que entra en la conciencia moderna a partir del momento en el cual el hombre empieza a modelar la sociedad según proyectos de una sociedad por hacer...”¹³⁴*

Enmarcar los límites de lo posible, se convierte de pronto en una cuestión apremiante, pues sólo pueden fijarse metas políticas cuando se han sopesado los recursos, y los fines. Pensar la política como el arte de lo posible es pensar en cómo movilizar las fuerzas sociales para otorgarles una dirección; en término teóricos; para autores como Lechner, la política realista calcula “lo que podría ser” en base a “lo que es” posible. Asimismo, dice Lechner, Maquiavelo *“... analiza la lucha por el poder bajo este punto de vista: la conquista por el poder hace parte del orden a construir, y por consiguiente hay que elegir entre las múltiples posibilidades que abre cada situación.”¹³⁵*

¹³³ Lechner, Hinkelammert, Cohn. *¿Qué es el realismo político?* p-12

¹³⁴ Ibid. p. 17

¹³⁵ Ibid. p. 10

Maquiavelo, como sabemos, demuestra en sus textos que un régimen republicano es insostenible en Florencia, muy a su pesar, decide apoyar el establecimiento de un gobierno monárquico. Finalmente, se ve en la necesidad de privilegiar un gobierno posible, y no un gobierno deseable. El político realista pretende, a fin de cuentas, la creación de una sociedad viable, aún cuando eso signifique el dejar a un lado formas de gobierno idealmente mejores.

El abandono de formas políticas “superiores” se debe, sobre todo, a la prevención que lleva a cabo el político cuando idea un proyecto, es decir, cuando se plantea una asociación política visualiza al mismo tiempo su materialización; Maquiavelo, como ningún otro pensador vive este complejo proceso, entre el planteamiento político y su realización. Sin embargo, sabe que no es sencillo modificar y delinear el curso de una sociedad, señala a menudo lo cómodo que resulta para los florentinos dejarse llevar por el devenir social, pues, el cambio siempre causa temor.

Lechner, considera en esta misma línea, que la política tiene como parte de sus funciones la de hacer menos incierta la realidad, al ser la herramienta base del político en la creación de sus propuestas sociales, permitiéndole discriminar entre las existentes cual habrá de ser la más eficiente. En el discurso maquiaveliano la incertidumbre está representada, obviamente, por la Fortuna; el realismo se manifiesta, por su parte, en la capacidad del político para neutralizar su poder, haciendo menos angustioso el devenir. La política moderna, en conclusión, es un intento por reducir la inseguridad del ser humano en su destino común, por ello: *“La política en lugar de esperar el futuro, dejándolo hacerse presente, busca adelantarse a él, creándolo como resultado de las decisiones presentes...”*¹³⁶

En suma, los pensadores realistas se acercan al fenómeno político bajo el presupuesto de ser en sí mismo algo predecible, por consiguiente, se convierte en recurso invaluable de quien crea un proyecto de tipo socio-político. En Maquiavelo, el realismo se manifiesta en la figura del Príncipe, al delineársele como un individuo con la cualidad de anticiparse a los hechos, incluso se equipara fracaso político con incapacidad para prever. “Esperar lo inesperado” para Maquiavelo debe ser la regla de un político, dirá: no

¹³⁶ Ibid. p. 56

espere nunca un príncipe culpar al destino de lo que sólo él es culpable, un verdadero jefe de Estado, se ubica más allá de lo inmediato.¹³⁷

En otra vertiente, el Realismo es considerado algo más que una estrategia para visualizar el movimiento de una entidad política, significa acotar el espacio de la acción política, atando el fenómeno social a lo posible. Hinkelammert¹³⁸ matiza al realismo político, como la vertiente en donde la realidad concreta es utilizada para reconocer el límite de lo imposible, es decir, en el imaginario político las sociedades alternas son creadas desde las utopías, todo proyecto político se encuentra así, cifrado en aquello que deseamos, pero habremos de ser realistas y construir lo que podemos. El realismo de una utopía consiste en mostrar una sociedad deseable en contraposición de una posible.

Maquiavelo, en este sentido, también fue un utópico al creer en un futuro republicano para Italia, sin embargo la realidad lo superó al mostrarle una ciudad sin valores cívicos en donde sólo podía cimentarse un régimen monárquico. El realismo de su obra se trasluce, al colocar su discurso en el lindero de lo posible, y no de lo deseable; además, se afana continuamente en crear una normatividad para la práctica política, teniendo como meta el éxito de la empresa política, y la trascendencia social del acto político. No olvidemos, la renovación política de su Ciudad debía darse en un proceso descendente, siendo el Príncipe cabeza de la transformación, y ejemplo vital del movimiento.

Podemos decir, ahora, que el realismo maquiaveliano no es sinónimo de amoralidad política, lejos de esto, su obra nos obliga a confrontar los valores públicos en un intento por determinar cuáles hacen viable el camino hacia un sistema político deseable, o posible. La prudencia, la fortuna, la necesidad, su ideal libertario encierran gran parte de su anhelo renacentista, sus valores y sus ideales.

En adelante, intentaremos, más allá del éxito político rescatar la obra maquiaveliana en su sesgo moral, a sabiendas de contener un gran peso en su propuesta general de gobierno. Esperamos demostrar que Maquiavelo nunca deja de a un lado el aspecto moral

¹³⁷ Maquiavelo por ejemplo en el capítulo final de *El Príncipe* hace referencia a la posibilidad de otra forma de vida para Italia.

¹³⁸ Lechner, Hinkelammert, Cohn. *Ibid.* p. 17-28

de una empresa política; es más la presupone al ser todo acto político determinado por un fin supremo: el bien común.

LA CONTROVERSIA MORAL

La fama de Maquiavelo, ordinariamente viene más por la controversia moral que surge con sólo enunciarlo, por sus verdaderos aportes al análisis político y esto por ser una creencia difundida la de haber divorcio natural entre nuestro autor y la moral, lo cual se ha ido acrecentando con el paso de los años.

Siendo tan extensas las argumentaciones en torno a dicha controversia, hemos optado por partir de un artículo que expresa la posición más difundida de lo que nuestro autor significa hoy en términos políticos y morales; dicho artículo apareció en la Revista *Nexos* bajo la firma de Arnaldo Córdoba, titulado: “*Lo bueno y lo malo en política*”.

Primeramente, en este texto se afirma que la política en la modernidad tiene por acierto haber introducido una nueva interpretación de la sociedad, es decir:

*“La economía, la política, la moral, la religión, el derecho, que antes habían estado estrictamente unidos y mezclados, al grado de que ni en teoría es posible disociarlos, aparecieron como provincias de la vida social, interrelacionándose, si pero radicalmente diferentes y a veces contrapuestas entre sí.”*¹³⁹

En donde Maquiavelo, se dice, es el padre de ésta nueva forma de ver la política. Sin embargo, consideramos haber asentado junto a Berlin, que los textos maquiavelianos han sido mutilados, trascendiendo sólo fragmentos de su obra. Al parcializar el pensamiento de Maquiavelo, se olvida su admiración por los clásicos, ciertamente no fue un excelso conocedor del mundo antiguo, pero ello no obsta para afirmar, que su idea de la política se asienta en un concepto integral de la sociedad. Poder, valores, política, y ciudadano conforman el todo de la obra maquiaveliana, la política como una mera ciencia del poder desvirtúa en esencia al Maquiavelo ávido de resarcir los daños de una ciudadanía inmoral.

¹³⁹ Córdoba, A. “*Lo bueno y lo malo en política*” en *Nexos*/Abril 1996 p. 49.

Más adelante, A. Córdova asienta que:

*“Maquiavelo, no fue de ninguna manera un ser inmoral y ni siquiera amoral [ya que] fue el quien hizo a Benedetto Croce definir a la política como “pasión” algo que ronda los linderos de la moral con sus valores propios y sus credos particulares... [y agrega] El verdadero aporte de Maquiavelo fue haber entendido desde el principio que la moral para comprender la política representaba un lastre que era necesario, no eliminar, pero si ponerlo al margen.”*¹⁴⁰

Córdova, acepta que Maquiavelo tuvo reglas morales, además de ser quien percibe a la moral como un obstáculo para el desenvolvimiento de la política. De lo primero no tenemos más que decir, pues su vida de ello dan ejemplo. Sin embargo, respecto a su percepción de lo moral disentimos un tanto, puesto que aún cuando efectivamente el escritor florentino ataca a la moral, por ver en ella un dique opuesto a la política, recordemos junto con Berlin que Maquiavelo estaba dirigiendo ese ataque contra los valores confusos y desvirtuados de su época, esencialmente cristianos, lo cuales no eran compatibles con su idea política.

La política, para nuestro autor, requería ciertamente ser eficaz ateniéndose a resultados¹⁴¹ y tal eficacia no podía darse al lado de una moral de hombres cobardes y pusilánimes, como él concebía a los “cristianos “ una gran ciudad, aseguró, necesitaba de otros valores.

Más adelante A. Córdova resalta que “... la primera revolución copernicana había sido hecha por Maquiavelo, al disociar la moral de la política [y que] El asunto era poner al individuo en el centro del mundo social, como se requería.”¹⁴² En algún sentido resulta cierta esta afirmación, porque realmente Maquiavelo se ve obligado a otorgar al individuo el poder político, encarnándolo en un príncipe, pero ello se dio como consecuencia de una percepción desdivinizada del mundo. Lejos estuvo, Maquiavelo, de otorgar al individuo el espacio político para transgredir las normas establecidas, hasta

¹⁴⁰ Córdova, A. Ibid. p. 49

¹⁴¹ Ejemplo de esto lo tenemos cuando afirma: “*Quien quiere ver si una paz es duradera o segura, debe entre otras cosas examinar quien queda por ella descontento y que es lo que pueden hacer de este descontento...*” en Maquiavelo, N. *Epistolario*. p. 51

¹⁴² Córdova, A. Ibid. p. 51

donde entendemos, su patriotismo le hacen defender a la nación como un ente supraindividual, donde el bien público es el único fin expresamente buscado.

En otro punto, A. Córdova no puede menos que secundar, y constatar la presencia de lo moral en la esfera política, al decir que: “*Maquiavelo no le da a su príncipe carta en blanco. Los fines [valores políticos] están claros; hacer del pueblo italiano una verdadera nación, con un Estado que le unifique y lo haga virtuoso (que solo lo serán si los convierte en ciudadanos libres)*”¹⁴³ Aunque para el analista “*hacer libres a los hombres*” no connota un sentido moral, nosotros debemos recordar que la moral clásica está íntimamente ligada al concepto de libertad, pues ella se presupone para la práctica de los valores cívicos en sociedad. Pensemos que, ser ciudadano en la Roma republicana hubiese sido inconcebible sin libertad, ser libre en aquel tiempo fue más un deber que un derecho jurídico, de ahí la indisoluble relación entre moral y libertad en la obra maquiaveliana.

En la parte medular de su artículo, Arnaldo Córdova resalta que “*Maquiavelo pensó que el fin de la política es el éxito. Eso siempre lo dijo o lo dio a entender. Lo que no dijo pero dio a entender también es que la derrota o el fracaso son la negación de la política.*”¹⁴⁴ A este argumento, hemos de agregar tan sólo que Maquiavelo en efecto condicionó la práctica política a su eficacia, sin embargo, es pertinente especificar su idea del éxito político, pues difiere esencialmente de la del mundo contemporáneo.

En el siglo XVI la percepción del triunfo político, podía ser medido por la capacidad de un Príncipe para hacerse de grandes extensiones de territorio, o la habilidad para crear leyes en su Ciudad, sin embargo, Maquiavelo más allá de estos logros mensurables nos habla del máximo logro de un gobernante: un pueblo que viva con riqueza y con honor. Pues nada más noble para un Estado donde el bien es visto por doquier¹⁴⁵. Es así, como los avances cuantitativos de un Estado se convertían en parámetros de un buen gobierno, sólo si repercutían en una elevada forma de vida para los ciudadanos; el éxito político, finalmente, se ve enmarcado por los valores, y las expectativas del pueblo en donde se manifiestan las acciones del soberano.

¹⁴³ Ibid. p.51

¹⁴⁴ Ibid. p.52

¹⁴⁵ Maquiavelo, N: *Disc. Lib. Cap. X* p. 81

Hacia la parte final de su artículo, Arnaldo Córdova, toca un punto clave en la relación entre política y moral: los fines de un individuo al ejercer la política; nos dice: *“La política no puede verse como el reino de la arbitrariedad o de la compulsión salvaje de los individuos que sólo persiguen la satisfacción de sus propios fines. Es una esfera de la vida social ordenada y ordenante”*¹⁴⁶

Sin duda, es inquietante, la pronta aclaración que hace A. Córdova sobre no ser *propio* de la política satisfacer los deseos humanos; pues, en su discurso nos ha presentado un desglose “analítico” de la política, en donde, la esfera moral fue descartada desde la primera argumentación. Sin embargo, la insistencia nos hace pensar una vez más en el doble discurso que, Villoro señala, subsiste en la política; fines, deseos, estrategias, técnicas, y métodos se entrecruzan en el estudio de las acciones políticas, a pesar, del intento modernista por depurar su ámbito de acción.

Finalmente, un analista como A. Córdova, se ve precisado a reconocer a la política moderna como una disciplina en donde los impulsos humanos son saciados, por ello, pensamos está plenamente justificado atar las ambiciones políticas a una estructura moral, o al menos intentar que sus efectos sean menos graves para la sociedad. Además, siendo una esfera de la vida social capaz de regular su espacio y su objeto; es evidente que su influjo traspasa la rutinaria administración del poder. Maquiavelo, no olvidemos, llama la atención sobre los riesgos del uso desmedido del poder; de hecho reclama a quienes con poder estatal anteponen su bien, al bien general.

Por último, A. Córdova, nos ilustra sobre lo que considera fundamenta a la política, más allá de una lucha por el poder: *“... es la base de entendimientos entre contendientes que garantiza por su propia naturaleza, la subsistencia de la sociedad ordenada y organizada... Sólo necesitamos, porque es obra de humanos (a través de la política) perfeccionar nuestro sistema jurídico y (también a través de la política) obligarnos a cumplirlos.”*¹⁴⁷

El lenguaje, en esta parte del texto, es muestra de la formalización que se hace de la política en el mundo contemporáneo; veamos, cuando se afirma, “es la base para los entendimientos que garantizan la subsistencia de una sociedad”, estamos entrando al

¹⁴⁶ Córdova, A. Ibid. p. 51.

terreno de la normatividad, es decir, la política, aparece ante nosotros como un juego reglamentado, en donde todos y cada uno de los participantes pueden objetivamente comprobar el alcance de las premisas asentadas. Sin embargo, para la filosofía esta es una visión reductora del fenómeno político, pensamos haber insistido lo suficiente en ser necesaria, y posible una visión de la política integral, en donde los individuos no sean piezas de un artificio político perfecto, sino sujetos de un orden deseable.

La política, en consecuencia, debe ser leída en un sentido amplio, los contemporáneos parecen reducir su comprensión a una serie de técnicas o procedimientos para ejercer el poder exitosamente; pero, en este encuadre dejan a un lado la dimensión relacional y valorativa, pues, los seres humanos presuponemos en toda asociación un compromiso interno. La convivencia y la creación de un orden social, dice Weber, sólo se da en la reciprocidad, y en la sujeción interna de cada individuo. Asimismo, Maquiavelo, lamenta la falta de entrega e interés de sus compatriotas por los asuntos de la Ciudad, reconoce, entonces, la urgencia no sólo de conservar un Estado, sino de forjar una nación cuyo proyecto político comprometa a quienes lo han hecho posible.

En conclusión, un análisis de la política, no puede fundarse desde la amoralidad, pues, corre el riesgo de distanciarse de aquello que le da contenido y sentido: el ser humano y su anhelos; después de todo, cuando Maquiavelo intenta la restauración política de Florencia, lo hace movido por un profundo civismo, y no por obtener alguna ganancia personal. En su Epistolario, podemos percibir, la amargura que lo invade al no poder participar en la vida pública; y lamenta esta situación no sólo porque lo condenan a la pobreza, sino más aún porque le impiden, en un momento crítico, participar en las decisiones de gobierno.

Sin embargo, la modernización de la política ha sacrificado, conscientemente, la esfera de los valores maquiavelianos; después de todo, es más fácil justificar los errores de un político desde su incapacidad, y no desde su perversidad; de la misma forma, un régimen político puede ser comprendido desde la eficiencia y no desde la justicia. Sin duda, los analistas contemporáneos han logrado exitosamente desvalorizar a la política; pero, tal vez sea momento para recordar que, Maquiavelo aísla a la política de la religión, y la

¹⁴⁷ Ibid. p. 52

moral con un fin metodológico; su pensamiento es inconcebible sin los valores cívico-morales que lo impulsan.

Esperamos, finalmente, mostrar como la obra de Maquiavelo permite una lectura marcadamente ética de la acción política, en donde la responsabilidad tiene un espacio legítimo.

LA ETIFICACIÓN DE LA POLÍTICA DESDE LA REponsABILIDAD

Etificar la política, es en nuestros días una empresa, de riesgo seguro; cuando el mundo se debate entre la globalización, y los macro-proyectos económicos, resulta casi absurdo buscar formas teóricas que, detengan a quienes los han implantado sin siquiera mirar la realidad en la cual son vertidos. Sin embargo, es aquí donde comienza la verdadera tarea de la filosofía, pues a ésta nunca le ha bastado saber cómo son las cosas, sino indagar el por qué no son de otra manera.

Hoy, los actos políticos han sido desligados de sus repercusiones más allá de lo inmediato, pero, podemos preguntarnos, ¿acaso es la única forma de ejercer la política? ¿cómo sociedad, no podemos formar políticos que asuman con responsabilidad sus acciones? o definitivamente la política, nunca podrá realizar los ideales de los seres humanos en sociedad, pues, al modo hobbesiano, sólo impide que nos destruyamos unos a otros. A título personal, debo afirmar que la política es también sentimiento, pasión y anhelo de quienes la realizan; por lo cual, la libertad, la felicidad, y el bienestar se dan en un orden social, como un tácito acuerdo entre los seres humanos que lo comparten. Asimismo, debemos asumir la responsabilidad que implica vivir en comunidad.

Las acciones sociales, decíamos en otro momento, para ser comprendidas deben verse inscritas en un proyecto colectivo; por ello, un acto individual en sí mismo no puede denominarse político; sin embargo, saber que nuestras acciones personales repercuten, o se proyectan a nivel macro social, no nos explica el por qué los políticos de profesión deben ser absueltos moralmente de las consecuencias de sus actos; más aún, que resulte escandaloso expresar abiertamente la necesidad de crear instancias jurídicas o morales que acoten el campo de acción política. El poder político, sabía Maquiavelo, entraña en lo

profundo, el deseo humano de dominar, poseer, y sojuzgar al otro; a su manera, limita la esfera del poder, condicionando su existencia a la preservación del bien público.

El poder político, decía Reyes Heróles, no es infame en sí mismo; es infame el gobernante que lo utiliza en medio de la corrupción, y la negligencia. No obstante, como Weber señala, hay que diferenciar a quienes viven de la política, de quienes viven para la política; pues, si la **responsabilidad** es posible en la política, es gracias a esta distinción.

En general, la responsabilidad, se define como ser capaz de responder por los actos propios, ante quien sea necesario. En el área política, es lograr que un gobernante responda por las decisiones tomadas durante su ejercicio público, bajo la premisa de ser todo acto político, un acto público, susceptible de valoración social.

Vivir para política, como veremos, es substancialmente opuesto al vivir de la política: “... *aquel que vive para la política [dice Weber] hace de ello su vida en el sentido íntimo, se solaza simplemente en el ejercicio del poder conserva o mantiene su equilibrio y la tranquilidad en su conciencia por haber dado un sentido a su vida al haberla puesto al servicio de algo.*”¹⁴⁸

En suma, vivir para la política es entregarse por entero a una causa, ideal o no, que tiene como único cometido el servicio a los otros. El político de profesión, desde luego, no fue visualizado por Maquiavelo en la dimensión en que lo hiciera Weber, pues suspende su análisis, ahí donde el político debiera comenzar a dar razones para legitimar la búsqueda del bien común. Su agudo sentido, no alcanzó a vislumbrar toda una generación de políticos “profesionales” que se solazan en la impunidad del poder social; más aún, que sin amor a su patria la destruye, teniendo bajo su mano *el Príncipe*.

Vivir para la política, evidentemente hubiera sido para Maquiavelo la forma correcta de preservar el bien público, ya que, siempre se manifestó contrario a hacer del poder político una forma de enriquecimiento personal. Sin duda, compartiría con Weber, la idea de ser muy burdo vivir de la política sin más.¹⁴⁹ Recordemos, que si alguien se negó a resolver su situación económica, a fin de esperar una empresa en donde pudiera servir a su

¹⁴⁸ Weber, M. *El político y el científico*. P.14

¹⁴⁹ Weber, M *Ibid.* p. 14

patria, fue Maquiavelo;¹⁵⁰ incluso, escribir la historia de Florencia la acepta, en la seguridad de ser emulo de los antiguos romanos al reseñar las hazañas de su patria.

Desde luego, vivir **para** la política no es algo sencillo, implica dejar a un lado el egoísmo que todo ser humano tiene por naturaleza; Maquiavelo, confió siempre en que los hombres podían reconocer en el sacrificio a la patria el máximo valor cívico, y humano. Aún cuando, en la práctica cotidiana, quienes viven **para** la política obtienen mayor o menor grado de dominio, dependiendo de sus capacidades, el compromiso que subyace es el mismo: el logro del bienestar general.

En Florencia, un Secretario, lo mismo que un jefe de Estado personificaban el poder político de la sociedad, por ello, el éxito del sistema en general se centró en sus cualidades, o defectos. Weber, haciendo un claro paradigma del príncipe maquiaveliano, explica los aciertos políticos de un individuo, a partir del carisma. Específicamente, en su texto sobre el político y el científico, demuestra cómo una figura de elevadas virtudes, y probada empatía con su pueblo, puede ser contundente al mando de una nación; de ahí que Maquiavelo, y Weber compartan la idea de ser el caudillo, un hombre virtuoso que refleja en toda su dimensión la vocación política.¹⁵¹

En *La política como vocación*, Weber, se aboca al estudio expreso del caudillo; recordemos que la legitimidad de un figura como ésta viene de la creencia en su carisma, no en una legalidad, o en un proceso racionalizado. El caudillo, a diferencia de un servidor público común, está obligado a empeñar su vida en el ejercicio del poder, y a ello se llama vocación política. Entre el caudillo, y los gobernados hay más que un tácito convenio de intereses: “...es la entrega total de los sometidos al carisma. En esto estriba, en su más alto significado, el concepto de vocación ...Tal figura [se considera] predestinado a ser guía de los hombres en quienes la obediencia no se debe precisamente a la costumbre o norma legal establecida sino a la fe puesta en él.”¹⁵² De no ser, un triste simulador, dice Weber, un caudillo vive efectivamente para su obra.

¹⁵⁰ Es así que relata a F. Vettori “En cuanto a volver la cara a la fortuna quiero que tengáis de estos afanes míos este gusto: que los he soportado tan francamente que yo mismo me quiero por ello, y paréceme que soy mejor de lo que creía, y si place a los patronos nuestros dejarme sin tierra, yo estimares en mucho... y si no les place, viviré como naci pobre, que aprendía antes a pasar trabajos que a gozar.”

¹⁵¹ Weber, M. Ibid. p.22

¹⁵² Weber, M. p.24

El caudillo, al entrar a la política responde a un sentimiento interno, de hecho, él no se pertenece a sí mismo, sino a su obra, vive para entregarse a su vocación. Vocación que le obliga a asumir las consecuencias de sus actos de gobierno, ya que, quienes le han apoyado necesitan renovar la fe que en él continuamente. En suma, un caudillo, está atado a sus actos en sentido extenso, debiendo tomar la responsabilidad de todo cuanto hace: *Tal es precisamente el precio que paga el caudillo por la dirección.*¹⁵³

Al cuerpo administrativo, por su parte, le toca tener la clara conciencia de ser solamente los brazos ejecutores del jefe de Estado, aliados del caudillo, y nada más; a los hombres de segundo plano, corresponde actuar como si las ordenes que realizan provinieran de sus convicciones, desde luego, la negación del yo es inevitable. Este sería el precio a pagar de quienes participan en la política sin responder a un llamado interno.

El príncipe maquiaveliano, no es aventurado afirmar, contiene la esencia del caudillo, el carisma y la fe del pueblo. Podemos, decir ahora, Maquiavelo, sin sostener conceptualmente la responsabilidad política, delinea un príncipe cuya supervivencia depende, ciento por ciento, de las consecuencias de sus actos de gobierno; es decir, nuestro autor, crea un hombre de Estado, para quien, la política debe ser principio y fin en un sentido vital. Asimismo, la política termina siendo una práctica, en donde los subordinados esperan, no sólo un gobierno fuerte, eficiente o progresista, sino benéfico.

Weber, y Maquiavelo, coinciden en entender a la política como un espacio de expresión de los deseos, y las pasiones humanas; por lo tanto, todos esperan a su manera la satisfacción de sus anhelos. Weber, se pregunta entonces, si la política esta introyectada en lo más íntimo del ser humano, y su papel es vital ¿qué cualidades debe tener quien pretende participar en las altas esferas del poder, en donde el Estado es dirigido?

Si Maquiavelo, tuviera que responder a este planteamiento, diría, siendo los seres humanos ambiciosos e insaciables en sus deseos, deberá ser el hombre de Estado un ser virtuoso. Weber, responde, si el poder crea en el ser humano la idea de ser omnipotente, al dirigir los acontecimientos sociales, debemos pensar que desde la política no se puede delimitar a quienes la vivifican. " *En este punto llegamos al plano de la ética, ya que a esta le corresponde determinar la categoría de hombre que se requiere para ser merecedor*

¹⁵³ Ibid. p. 25

del derecho a poner la mano de la rueda de la historia.”¹⁵⁴ Tal deslinde, se justifica al estar la política cotidiana plagada de seres humanos que hacen del poder político un medio para sus fines, ocasionalmente compatibles con la mayoría.

Las cualidades ideales del político, en un nivel ético, son tres elementales: pasión, sentido de responsabilidad y mesura. Respecto a la pasión, dirá Weber, en política es la vehemencia con la cual se persigue una causa, es la entrega total del ser humano a una tarea. Sin embargo, debe cuidarse de no caer en una exacerbación inútil, que desgaste su ímpetu, y disminuya su ánimo sin mayor trascendencia.

Maquiavelo, sin haber sido un hombre de Estado, se entrega con pasión a los asuntos de su Ciudad; de hecho, este sentimiento le lleva a imaginar un príncipe cuya vida es servir a la patria. La pasión, sin embargo, le impide siendo Secretario aceptar su ilusoria visión de los hombres del poder, más tarde, habrá de escribir su desilusión sobre las formas en que muchos logran los primeros lugares en la política:

*“Esta vuestra carta me ha asustado más de la cuerda [sic] y duelome de cualquier opinión que tengáis que me altere, no por mi que me he hecho ya a no volver a desear cosa alguna con pasión sino por vos. Os ruego que imitéis a los demás, que con importunidad y astucia, más que con genio y prudencia, se hacen un lugar.”*¹⁵⁵

Asimismo, percibe como grave error el ser vehemente para quien desea colocarse en las altas esferas del poder; Savonarola, llamado con ironía “el profeta desarmado” es claro ejemplo de un hombre a quien la pasión sin control, le impide vislumbrar la toma del poder, y el uso de la fuerza como elementos legítimos de la asociación política

La pasión política, en sentido constructivo, lleva a los hombres del poder a reflexionar sobre la magnitud de su encomienda; obligándolos a justificar con objetividad sus metas políticas, sólo así puede tener la seguridad de no ser un apasionado e ingenuo político cuyas ideas mueran en el vacío. Un político, debe saber “... conservar la distancia con los hombres y las cosas. De lo contrario, si no sabe “guardar distancia” se comete uno de los pecados mortales de todo político. [la lucha sin sentido]”¹⁵⁶

¹⁵⁴ Ibid. p. 28

¹⁵⁵ Maquiavelo, N. *Epistolario*. p.80

¹⁵⁶ Weber, M. p.47

La responsabilidad, del político nace cuando se ve precisado a responder sobre la naturaleza de sus actos; es decir, la medida, tercera cualidad del político, le lleva a buscar un punto medio entre la ardiente pasión de los ideales y el frío cálculo político. Distanciarse de la empresa política, dejar a un lado los sentimentalismos, ser realista es un ejercicio complejo para quien decide el destino de una sociedad; sin embargo, no hay alternativa, la supervivencia política demanda la medida racional de los actos.

Es la medida, la que impide a un político buscar el poder por el poder mismo; pues, la vanidad de muchos hombres corrompe el proyecto al cual un día se entregaron respondiendo a un llamado interno. Maquiavelo, recordemos, aconseja al príncipe tener especial cuidado de los halagadores, y de sus consejos al ser a menudo aduladores ambiciosos del poder.¹⁵⁷

En consecuencia, un hombre de Estado debe fortalecerse continuamente, y estar convencido en plenitud de su labor; debe ser consciente de su compromiso, y sopesar la dimensión de sus acciones “... nunca debe dejar de existir la fe en algo de lo contrario si falta, cualquier éxito político inclusive así sea en apariencia el más sólido, lo cual es absolutamente justo, lleva en sí la maldición de la futilidad.”¹⁵⁸ De otro modo, el político se enfrenta a la mediocridad y al fracaso de una misión estéril, develando su ilegitimidad que, a menudo, se manifiesta con violencia.

Hemos enunciado ya, las cualidades de un político, ahora intentemos adentrarnos en sus actos, y sus valores. El político, a ciencia cierta, debe elegir los valores sobre los cuales habrá de asentar sus decisiones; pero ¿qué criterio se necesita para la elección de los mismos? ¿basta la razón de un individuo para ser considerada adecuada? Villoro, propone un criterio general para la acción política: “... considerar la acción en su contexto histórico, [pues] la decisión no es racional si sólo se basa en la elección en abstracto de los valores por realizar...”¹⁵⁹

Agrega, al respecto, deben evaluarse diversas áreas del acto político: Primero, tener conocimiento de la oportunidad; Segundo, conocer las consecuencias inmediatas en términos racionales y predecibles; por lo tanto, Villoro como Weber saben la importancia

¹⁵⁷ Maquiavelo, N. *Princ.* Cap. VI p.315

¹⁵⁸ Weber, N. *Ibid.* p. 47

¹⁵⁹ Villoro, L. “Fines y medios” p.33

de juzgar el acto político en su integridad, no sólo desde el agente, sino desde los receptores “... *por que [la moral política] juzga sobre actos en que el individuo se compromete con acontecimientos históricos que en gran medida lo rebasan, porque, éste afecta a una colectividad histórica.*”¹⁶⁰

En consecuencia, los actos públicos son en sí mismos de carácter colectivos, por ello, el compromiso de quien los realiza culmina con la responsabilidad. De hecho, en las relaciones políticas, se presupone que alguien deberá arrogarse las consecuencias de las decisiones de gobierno.

Para Weber, a nivel político deben reconocerse dos sistemas éticos, la ética de la convicción y la ética de la responsabilidad. En la primera, las consecuencias de un acto político no forman parte del mismo, los resultados son considerados ajenos al hecho en sí. En la ética de la convicción, el político, sólo responde por sus “ideales” no por sus actos propiamente. Por lo mismo, un líder sindical, de añejas convicciones nunca aceptará que la miseria de los trabajadores se debe en gran medida a sus errores políticos; sin duda, ocultará su ineficiencia culpando al sistema económico, eludiendo su responsabilidad. Recordemos que, morir por un ideal, apasionarse hasta el absurdo no significan entrega responsable a un proyecto, ni facilitan el camino hacia el bienestar general.

En suma, no sólo, hay una enorme diferencia entre quienes viven de, o para la política, sino entre los que actúan por convicción, y quienes lo hacen con responsabilidad. A estos segundos, podemos exigirles la previsión de las consecuencias de su actuar, y en ello hay una insondable diferencia, de forma y fondo.¹⁶¹ Podemos asegurar que obligar a los políticos a asumir los costos de sus acciones, disminuiría el número de quienes pervierten la función social del poder político.

Los actos responsables, no deben ser confundidos con actos bondadosos; cuando hablamos de etificar a la política lo único que esperamos es acotar su espacio, a través de la responsabilidad. Sólo así, el uso de la fuerza puede ser legitimada, más allá de un ámbito jurídico o administrativo. Por paradójico que parezca, la política en sí misma guarda su reivindicación ética, en aquellas acciones límites de Razón de Estado; es ahí donde el político ve en entre dicho su legitimación, orillado a reponsabilizarse de sus

¹⁶⁰ Viloro, L. Ibid. p.33

decisiones de gobierno. Finalmente, debemos insistir, un acto político no se ennoblece al lado de la responsabilidad, pero si se legitima en alto grado al no ser un acto anónimo de quien ejerce el poder.

En conclusión, quien haga política “... no importando cual sea el fin, de acuerdo con sus necesidades políticas, queda condenado a responder por las consecuencias que de ello se deriven, y cae esta condena de forma muy especial sobre quien luce por su fe.”¹⁶² Por que son los hombres de fe quienes, a menudo, soslayan el alcance de sus acciones, al considerarlas “puras” per se; sin embargo, es ahí donde el fanatismo, y la intolerancia encuentran campo fértil.

Ahora podemos, afirmar los actos políticos deben ser sopesados con justicia desde un ángulo racional, sentimental y moral; pues, los actos humanos encierran la pasión del hombre, y sus esperanzas. Nos equivocamos, entonces, cuando pensamos en privilegiar sólo un aspecto humano, lo político. Más aún cuando hacemos de la política una ciencia de aciertos y errores, como si todo lo humano fuera mensurable.

Maquiavelo, sin haber elaborado un amplio análisis del acto político, nos proporciona las guías suficientes para afirmar que la prudencia de un hombre de Estado se muestra cuando éste es capaz de prever las repercusiones de sus actos, en un amplio sentido. Asimismo, permite entender la Razón de Estado, más allá de su utilidad pragmática, pues el príncipe necesita en actos extraordinarios legitimar su poder. Siendo la legitimación una figura política de evidentes tintes morales, al asentarse sobre una creencia compartida en algo o alguien.

La obra de Maquiavelo, junto a Weber, y Villoro recupera su aire clásico; es decir, su integridad, en donde el ciudadano, la política, y la Ciudad son un trinomio esencial. Al mismo tiempo, la política y la moral recrean sus ancestrales lazos, desde la responsabilidad. Dicha lectura, hace a la política maquiaveliana menos moderna, y más humana.

¹⁶¹ Ibid. p. 35

¹⁶² Weber, M. Ibid.p. 56

MAQUIAVELO ANTE EL FIN DE MILENIO

La responsabilidad, como criterio político de acción, reconcilia a la disciplina política con su pasado moral. La etificación de la política, simplemente la hace volver sobre sus pasos, para retomar aquello que perdiera, su valores cívico-morales. Cicerón, tan admirado por Maquiavelo, recuerda en sus textos, la tendencia natural del hombre a la búsqueda del bien común. Ya que: *“... le fue dada por naturaleza al género humano una necesidad tan grande de virtud y tan grande de amor a defender la salvación común, que esa fuerza ha vencido todos los halagos del placer y el odio.”*¹⁶³

Maquiavelo, en términos semejantes comparte este sentimiento político; en variadas ocasiones incita al soberano a cumplir el fin supremo del Estado, y lamenta que no haya un líder de altas virtudes capaz de restaurar la salud pública de la Ciudad. Expresa, continuamente la envidiable posición de los hombres de Estado, al ser quienes deben dar grandeza a la patria; teniendo frente así la decisión de ser legendarios gobernantes, o repudiados traidores. Por ello afirma: *“... consideren aquellos quienes el cielo a puesto en condiciones de realizar tales obras, que ante sí tienen dos vías una les ofrece seguridad en esta vida, fama y gloria después de la muerte; otra les hará vivir en continua angustia y, muertos, les cubrirá de sempiterna infamia.”*¹⁶⁴

La prudencia política, hemos dicho, para Maquiavelo significa prever los actos, puesto que, un político no debe esperar que las cosas sucedan sin más; por otra parte, la fortuna, en su devenir puede favorecer ciertas acciones o contrariarlas. Siendo la necesidad quien determina al político para elegir el rumbo final de sus acciones, en donde nosotros encontramos la responsabilidad.

Usar la fuerza, romper el orden, transgredir la moral vigente son para Maquiavelo justificables en pro del bien público; sin embargo, él mismo nos recuerda lo pernicioso que es para un Estado tener por gobernante a un hombre ambicioso, que sólo piensa en sí mismo. Siendo la prudencia, el rasgo definitorio de un verdadero hombre de Estado, llamado a realizar el bien de la patria.

¹⁶³ Cicerón, *De la república* Lib. I.

¹⁶⁴ Maquiavelo, N. Disc. Lib. I. Cap. XI p. 82

Prudencia y responsabilidad, nos revelan los márgenes éticos de la acción política, para Maquiavelo, no es suficiente tener el poder, es preciso demostrar capacidad, inteligencia, conocimiento de los asuntos de la Ciudad. La responsabilidad del príncipe estriba en ser quien deba lograr el bienestar de los súbditos, la prudencia debe manifestarse a través de sus acciones.

La responsabilidad, después de todo, en su significado básico sólo es asumir las consecuencias de los actos; Maquiavelo, en este sentido predico con el ejemplo, aceptando la condena de sus acciones públicas; más aún, escribe el príncipe en un afán desesperado por dar salud política a Florencia. Afirmar la amoralidad política del mundo contemporáneo, a partir de la obra maquiaveliana, sin ser un absurdo, es engañoso. Maquiavelo, bien pudo enseñarnos el análisis político de la realidad, a través de deducciones; sin embargo, también nos mostró como en el juego político la realidad se diluye frente a la fortuna, y se convierte en incertidumbre.

El fin de milenio, sin duda, tendrá que revalorar a Maquiavelo, no sólo para restituir la riqueza de su pensamiento, sino para bien de la política. La política requiere hoy, algo más que, métodos de análisis, necesita asirse a un contenido que sólo pueden darle sus actores.

CONCLUSIÓN

“ La ética no se ocupa de cómo alimentarse mejor o de cuál es la manera más recomendable de protegerse del frío ni de qué hay que hacer para vedear un río sin ahogarse, cuestiones todas ellas sin duda importantes para sobrevivir en determinadas circunstancias; lo que a la ética le interesa, lo que constituye su especificidad, es cómo vivir bien la vida humana, la vida que transcurre entre humanos”.

Ética para Amador. F. Savater

Maquiavelo, como pudimos observar es un escritor cuya figura ha sido acrecentada más por el paso de los siglos, que por el conocimiento de su obra. Sin embargo, su mérito radica en haber creado una forma de acercamiento a la política, será quien por vez primera haga un verdadero análisis político. Maquiavelo enlaza en su estudio experiencia, historia y realidad, pese a ello la pasión cívica se cuela en su obra.

El interés de Maquiavelo termina inclinándose hacia la búsqueda de una renovación política de Florencia, esa así como encuentra en el uso de la fuerza un instrumento favorable a esta tarea. Sin embargo, también descubre que la Razón de Estado es una espada de dos filos, como Meinecke pensaba; puesto que usar la fuerza contra los subordinados termina involucrando la legitimidad de quien gobierna.

Más aún, podemos decir le compromete moralmente ante quienes le entregaron el poder de la sociedad, confiando el bien público en su manos. En consecuencia, la responsabilidad política encuentra su espacio cuando el hombre de Estado se ve obligado a

dar razones de sus actos, a sabiendas de ser cada una de sus decisiones de repercusiones colectivas.

Por ello, un político habrá de serlo por vocación, sólo a los políticos de vocación corresponde el compromiso y la entrega al servicio público. Como Weber afirma *"...únicamente quien está seguro de no doblegarse cuando, desde su punto de vista el mundo se muestra demasiado necio o demasiado abyecto para aquello que él está ofreciéndole; únicamente quien, ante todas estas adversidades, es capaz de oponer un "sin embargo"; únicamente un hombre constituido de esta suerte podrá demostrar su "vocación" para la política."*¹⁶⁵

Es esta vocación política la que debe ser replanteada en nuestro días, la tarea política no puede equipararse a una labor administrativa o institucional es y ha sido históricamente el área donde se vierten los anhelos de una sociedad. Maquiavelo, a su manera fue un hombre de vocación política, su obra es un largo "sin embargo" que se opone a aceptar a un gobierno incapaz de unificar a los deseos de quienes viven bajo su cobijo.

En conclusión, Maquiavelo nos permite en una lectura amplia la etificación política. La responsabilidad como criterio político nos permite detener a quienes han hecho de la política un espacio públicamente privado.

¹⁶⁵ Weber, M *El científico y el político*. p. 60

Bibliografía

Antología del Renacimiento a la Ilustración.

(Sección obras de Historia) México; UNAM; 1979

Buchhein, Hans. *Política y poder.*

México; Grijalbo, 1978.

Baron. H. *En busca del Renacimiento cívico florentino.*

México; F.C.E, 1992.

Berlin, I. *Contra la corriente: ensayos sobre las ideas.*

México, F.C.E. 1986.

Bobbio, Bovero. *Origen y fundamentos del poder político.*

México; Grijalbo, 1985.

Bobbio, N. *Formas de gobierno*

México; F.C.E, 1983.

Cassirer, E. *El mito del Estado.*

México; F.C.E; 1982.

Chabod, F. *Escritos sobre Maquiavelo.*

México, F.C. E. 1987.

Chevallier, J. *El decorado y las circunstancias.*

(en Los grandes textos políticos) Madrid; Aguilar, 1969.

Cicerón, T. *De la república*. (vers, Julio Prieto)
II F Centro de Estudios Clásicos; UNAM, 1984.

Córdova, A. *Sociedad y Estado moderno*.
México; Alianza. 1987.

Córdova, A. "Lo bueno y lo malo en política"
en Nexos/Abril 1996.

Gutiérrez, G. *¿El fin justifica los medios? o el consenso de lo imposible*.
en Diálogos sobre filosofía política UNAM, 1995.

Heller, Agnes. *El hombre del Renacimiento*.
Madrid; Antrhopos, 1980.

Lechner, Hinkelamemert, Cohn. *¿Qué es el realismo?*
Buenos, Aires; Catálogos Editora, 1977.

Maquiavelo, N. *El Príncipe, Discurso sobre la primera década de Tito Livio*.
(trd. Luis Navarro) en Obras políticas; La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1971.

Mayer, J. *Trayectoria del pensamiento político*.
México; F.C.E, 1978.

Meinecke, E. *La idea de la Razón de Estado en la Edad Moderna*.
Madrid, Centro de estudios Constitucionales, 1983.

Parel, A. *The political calculus: Essays on Machiavelli philosophy*.
Canada; Oxford Press, 1972

Reyes, Heróles J. En busca de la Razón de Estado.
en Cuadernos de Teoría Política. Núm. 1.

Skinner, Quentin. *Fundamentos del pensamiento político moderno*. Vols. I y II
México, F.C.E. 1987.

Weber, M. *Economía y sociedad*.
México; F.C.E, 1989

Weber, M *El científico y el político*.
México, Premia Editora, 1988.